

Argentina \$ 9

puentes

año 2 - número 7 - julio 2002



Caetano, Moulián y Yankelevich: El futuro de las democracias en América Latina. A 20 años de Malvinas:

Escriben Luis Alberto Romero y Roberto Herrscher. Las ciudades y el olvido, por Estela Schindel.

los puentes de la memoria

América Latina. Pasado, presente.

Parados sobre este instante presente, sombrío y doloroso, el pasado y el futuro se nos presentan como materia indisoluble. ¿Qué pasó que pueda ayudarnos a vislumbrar qué pasará?

Las raíces de este caos y esta desolación se hunden irremediabilmente en nuestra historia reciente. Los modelos de construcción política, los paradigmas económicos, los proyectos democráticos latinoamericanos, están hoy en cuestión.

La crisis histórica que atraviesa la Argentina parece haber sepultado nuestro sistema de creencias y valores y ha ensanchado la sensación de abismo al pensar el futuro. Ha impactado tanto en las instituciones públicas como en nuestra vida privada.

También ha sido un llamado al pensamiento y la acción, que debe debatirse entre la perplejidad de la observación y el imperativo de encontrar explicaciones y posibles caminos de salida.

¿Cuáles son las raíces de la crisis? ¿Se explica centralmente por un conjunto de condiciones externas impuestas al conjunto social? O por el contrario las claves están en las acciones desplegadas por los actores de cada una de las sociedades. ¿Quiénes son los responsables? ¿Cuánto de herencia tiene nuestro torturado presente? ¿Qué ha impedido encontrar otros modelos de desarrollo que incluyan a la mayoría de la ciudadanía? ¿Por qué la sensación de que todo viene dado y no hay mucho por hacer? Resignación, ira: ¿Dos caras de la impotencia?

En el desafío de pensarnos quisimos marcar nuestra elección. Pensar Argentina desde las encrucijadas que vive hoy Latinoamérica. Pensar Argentina y su crisis en clave comparada con otras experiencias latinoamericanas. Pensar Argentina desde esas distintas formas de indagación y provocación intelectual: el arte, las ciencias humanas, la política.

Las democracias conquistadas luego de la pesadilla del autoritarismo prometieron mucho y han cumplido con poco. En algunos casos, los avances en libertades civiles han sido reconocibles, pero en pocos han logrado frenar el proceso de exclusión y marginación social ya presentes. En la mayoría de los casos, es imposible dejar de pensar que las herencias éticas y morales no asumidas han terminado socavando a las instituciones.

Con problemas y tragedias compartidas, las distintas sociedades que componen la constelación de América Latina, han intentado diferentes caminos y en el presente las alternativas existen. La gama de contrastes, puntos de inflexión, obstáculos comunes y singulares, deben ser revisados y pensados en un mismo espacio.

La construcción de una memoria común tal vez sea el punto para retomar la construcción de expectativas de futuro compartidas. Este presente que parece perpetuo, puede restituirse al tiempo de la historia, indagando en el pasado, recuperándolo como la herencia imprescindible de nuestros posibles mañanas.

sumario

5. Sumario **6.** Una pregunta insoslayable, por Luis Alberto Romero **10.** La guerra, una espina clavada, por Roberto Herrscher **20.** Luz roja en América Latina, por Ana Cacopardo y Alejandra Correa **26.** Las ciudades y el olvido, por Estela Schindel **34.** El mapa de la memoria, por Diego Díaz **40.** “Aprender es reconstruir la historia”, por Pablo Gianera **44.** Cuando la escuela da la palabra, por Sandra Raggio **47.** Los docentes piensan el pasado, por Carlos Gassmann **48.** Autos brillantes, negocios sucios, por Silvina Frieria **54.** “Hoy sabemos mucho más”, por Marta Vedio y Lucas Miguel **55.** Una reflexión sobre la sociedad, por Hilda Sábato **58.** La voluntad democrática, por Miguel Dalmaroni **62.** Biblioteca **64.** Comisión por la Memoria **67.** Dossier de Historia de las Madres de Plaza de Mayo, por Victoria Ginzberg.



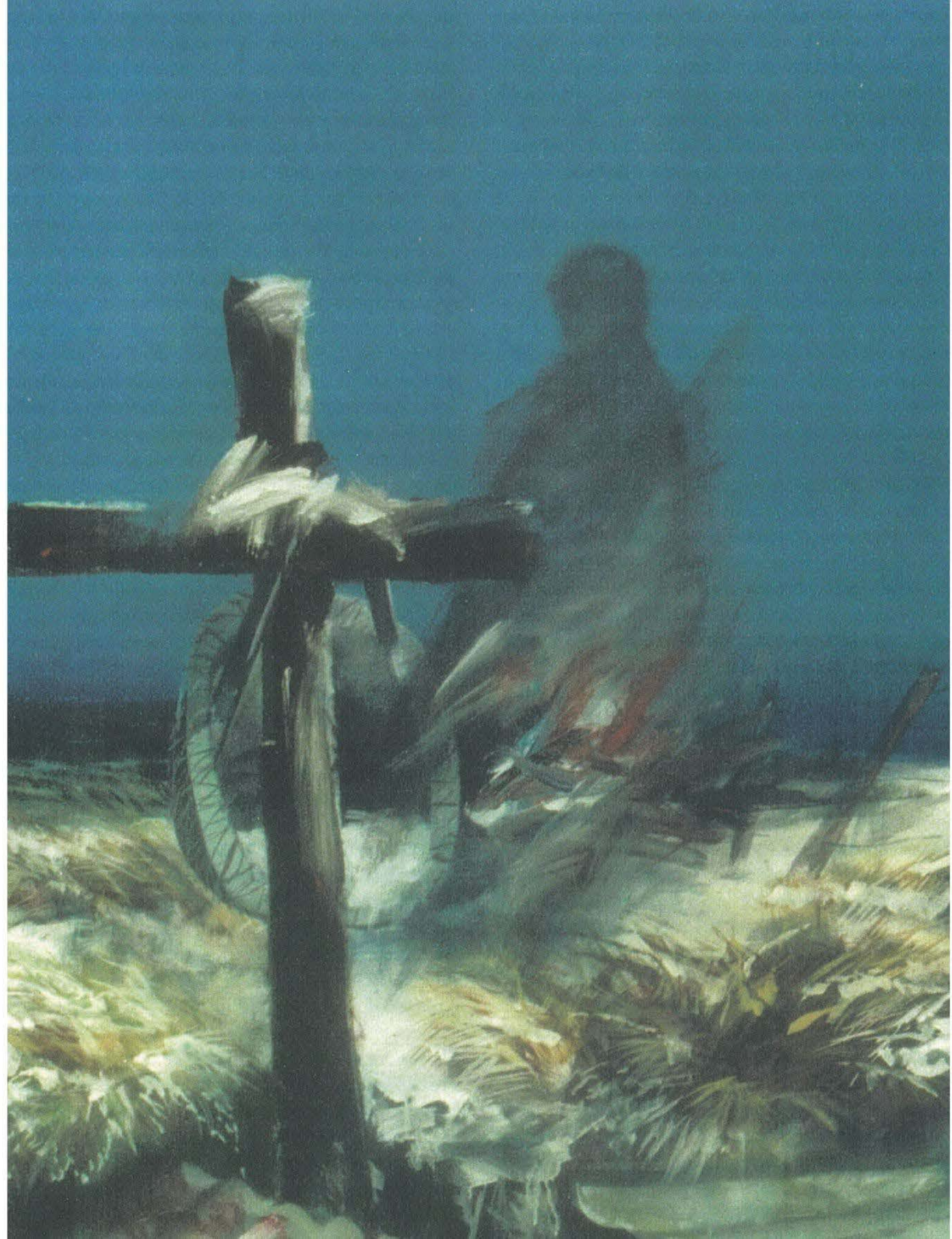
Malvinas, veinte años después

Una pregunta insoslayable

por Luis Alberto Romero

ilustraciones Miguel Alsugaray

En junio de 1982, la sociedad argentina, casi sin excepciones, se unió para condenar a los militares derrotados en Malvinas. Fue un clamor generalizado que arrasó con el "Proceso" y abrió las puertas a la democracia. ¿Por qué los condenábamos exactamente? ¿Por habernos embarcado en una guerra o simplemente por haberla perdido? Dicho de otra manera: ¿Qué habríamos pensado de los militares si ganaban o simplemente llegaban a una transacción honrosa? Por distintos motivos, la sociedad argentina ha preferido no plantearse esta pregunta. Para el autor de esta nota, pronto será insoslayable hacerlo.



A principios de 1982, el fracaso de la dictadura militar era evidente: desbarranque económico, diferencias internas violentas e inocultables y una oleada contestataria que pronto sería inmanejable. Una guerra victoriosa, la reconquista de la parte irredenta de nuestro territorio, les pareció la mágica solución para todos los problemas.

Para quienes ya habían sacrificado a 30.000 argentinos, una cuota más de sangre parecía irrelevante. Mucho menos les importó estropear varias décadas de esfuerzos diplomáticos del Estado encaminados, tanto a lograr el reconocimiento internacional de los derechos, como a establecer con los isleños relaciones de una calidad tal que la cuestión de la soberanía perdiera relevancia. Sobre todo, los militares sabían que este proyecto expresaba anhelos ocultos de la sociedad argentina. Como la lámpara de Aladino, bastaba frotarla un poco para que la reivindicación por las Islas brotara con fuerza y llevara a la gran mayoría a alinearse detrás de quien les prometiera su recuperación.

El enano nacionalista

A lo largo de un siglo, muchas generaciones fueron educadas bajo la consigna: “las Malvinas son argentinas”. Todo mapa debía incluirlas, tan destacadas que quedaban fuera de escala, junto con el Sector Antártico, otro territorio que reclamábamos, con derechos más que hipotéticos. Ese mapa expresa, mejor que cualquier otra cosa, la destilada esencia de nuestro nacionalismo.

Desde principios del siglo XX, nuestra sociedad estuvo a la búsqueda de una identidad nacional, esencial e indubitable, basada en rasgos incontrastables. Como ha mostrado Lilia Ana Bertoni, no se concebía una nación potente que no tuviera una nacionalidad esencial y homogénea. Pero los recursos que ofrecía el arsenal discursivo y simbólico del mundo occidental resultaban inadecuados: la raza no era homogénea, en parte por la fuerte inmigración; la lengua no nos distinguía de nuestros vecinos; la historia nos dividía más de lo que nos unía; la religión —pues éramos una nación católica— dejaba fuera demasiada gente. Cuáles eran esos rasgos, y quién tenía la autoridad legítima para definirlos, fue el tema de nuestras mayores controversias y desencuentros, algo paradójico en esta búsqueda de la unidad.

Lo único sólido era el territorio: los argentinos éramos quienes habitábamos un territorio que siempre fue argentino: su fuerza identitaria era tan grande que se proyectaba inclusive al pasado prehispánico. Así, podíamos hablar de indígenas argentinos, ya fueran quechuas o araucanos, quienes no debían ser confundidos con los mismos quechuas o araucanos bolivianos o chilenos. Mientras el Estado, a lo largo del siglo XIX, fue definiendo sus fronteras, se consolidó esta convicción de que la tierra por la que disputábamos era esencialmente argentina, que la identidad nacional residía en la posesión de toda esa tierra, y que la pérdida de un fragmento, por pequeño que fuera —por ejemplo los hielos continentales— ponía en cues-

tión toda nuestra identidad.

Las Islas Malvinas fueron y son nuestra Argentina irredenta, el lugar donde afirmar la fuerza de nuestra identidad. Pero, además, son el recipiente de otro rasgo de nuestro nacionalismo: la paranoia. La Argentina, tierra de promisión, tiene asegurado un destino de grandeza; durante un siglo, los argentinos nos educamos arrullados por esa soberbia perspectiva. Pero la grandeza no llega y las frustraciones se acumulan. No es nuestra culpa; nunca lo es. Sin duda, oscuros intereses se conjuran para impedimos ser lo que debemos ser. La oscuridad de las fuerzas siniestras asegura la plasticidad de este discurso paranoico que, a lo largo de las décadas, se centra en nuevos objetos, sin abandonar totalmente los anteriores, hasta asentarse, en su penúltima formulación, en la “subversión apátrida”. Inglaterra, la “pérfida Albion”, siempre tuvo un papel privilegiado entre los conjurados. La invasora de 1806; la usurpadora de las islas en 1833; la que dividió a Hispanoamérica en veinte naciones y clausuró el proyecto de unidad hispanoamericana; la inspiradora de los designios políticos de Itamaraty. Luego, la potencia protestante, dispuesta a corroer la nación católica con ejércitos de misioneros. Finalmente, Gran Bretaña, la potencia imperialista que explotó largamente nuestra economía.

El “imperialismo” constituyó un elemento ideológico importante. A través del revisionismo historiográfico sirvió para articular los tradicionales discursos de la derecha con los nuevos de la izquierda. La solidez de esta configuración argumental, hondamente arraigada en el sentido común, es notable: persiste más allá de que en el siglo XX el imperialismo cambió notoriamente de foco e Inglaterra ha quedado en un borde; es tan fuerte como para conmover a quienes, por razones económicas o culturales, mantienen cálidos y estrechos vínculos con Gran Bretaña, como era el caso, en 1982, del canciller Costa Méndez.

Recuperar las Islas, las “hermanitas perdidas”, y arrebatárse-las a los ingleses resumía ese vigoroso filón de cultura nacionalista, presente en las más variadas vertientes políticas. El 2 de abril los militares dieron un golpe, de éxito fácil y futuro incierto, y la sociedad entera se trastornó. Los argentinos creyeron todo lo que decía una torpe prensa oficial, y contra todo razonamiento sensato, se convencieron de que ganaban la guerra, aun después de que la evidencia de la derrota ya no podía disimularse. Pero lo más asombroso fue la convicción generalizada de que esa victoria iniciaba el camino de la regeneración nacional, cualquiera que ésta fuese, pues el sentimiento común alojaba sin conflicto proyectos y utopías diferentes. Los argentinos tuvieron a la vez gestos sublimes de desprendimiento y solidaridad, y terribles actitudes de prepotencia e intolerancia. En ese clima de euforia, Galtieri se dio el lujo de salir al balcón de Perón y recibir una aclamación, algo “cachadora” es cierto, pero aclamación al fin. Pocos días después, esa misma multitud, más enfervorizada aún, impidió a los militares considerar la salida —la única medianamente honorable—

que proponía el Secretario de Estado norteamericano. Las pasiones nacionalistas, como el hechicero de la fábula, una vez despertadas son ingobernables y rechazan cualquier alternativa que no sea la victoria total, sin condiciones. Cuando ya no les quedaba otra posibilidad que seguir adelante, se evidenció la absoluta irresponsabilidad profesional de los militares, tanto los que decidieron como los que no les impidieron hacerlo. Al final, un triste grupo de soldados bisoños, sin entrenamiento ni equipo, con jefes ineptos, terminó atrapado, con pena y sin gloria, en una trampa sin salida.

A la inevitable rendición siguió la catarata de reproches de quienes, tardíamente, se hacían cargo de la situación desastrosa. Los periodistas cambiaron rápidamente sus consignas y comenzaron a revelar los datos de la ineptitud militar. El “destape” no se detuvo allí, y los temas de la represión, hasta entonces tabúes, comenzaron a aflorar: las torturas, los desaparecidos, los campos de exterminio. La catarata de recriminaciones logró lo que hasta entonces la tibia oposición no había conseguido: el derrumbe del régimen militar, convertido en responsable de todo. Ciertamente, lo merecía. Pero allí comenzó la ambigüedad: ¿Cuántos eran los que repudiaban la guerra y la violencia por principio? Creo que pocos. ¿Cuántos habrían justificado, en nombre de la victoria, los crímenes anteriores? Me temo que muchos.

La ambigüedad de la democracia

Quienes querían construir la democracia —sería impropio hablar de reconstrucción— no contaban con mucho: ni una tradición democrática sólida y arraigada que recuperar, ni un pasado inmediato de lucha heroica contra los militares. El capital de confianza inicial —indispensable para sostener un sistema que es pura convención— fue el repudio al Proceso. Cuanto más horrorosa era su imagen, más fe rodeaba a la nueva democracia. No era hora de hacer distinciones que dividieran, sino de sumar a los pocos creyentes viejos con la multitud de nuevos conversos. Fue un trabajo exitoso: en poco tiempo, menos de un año, se conformó una fe cívica militante y potente. Quienes habían voceado que los argentinos eran “derechos y humanos” se embanderaron tras la defensa de los derechos humanos, y el nacionalismo paranoico y soberbio se trasmutó en religión cívica, liberal y tolerante.

El “enano nacionalista” pareció erradicado: en esos años resolvimos casi todos los conflictos de límites, y un plebiscito referido al Beagle marcó la derrota del integrismo nacionalista. En su estilo —no lo admiro— el canciller Di Tella retomó el rumbo de las buenas relaciones con los isleños, pintándoles las ventajas de la asociación. La relación de los argentinos con su nación, hasta entonces custodiada y usufructuada por los militares, se hizo más convivial: los héroes se humanizaron, sin desmedro para sus méritos, mientras Jairo mostraba que las canciones patrióticas podían cantarse sin clarines y tambores, y que contenían la invitación a integrar una nación plural, tolerante y societal: la “nación” era “la gente”.

Sin embargo, el equívoco señalado seguía sin resolverse. Los gobiernos democráticos no quisieron conmemorar el 2 de abril, demasiado unido a Galtieri y, sin atreverse a pensar que el 15 de junio podía ser el símbolo del nuevo contrato político, optaron por una fecha neutra (y móvil, como celebración de segunda importancia), que conmemoraba un anodino “Día de las Malvinas”. Claramente, había una historia no saldada: ¿Queríamos una guerra triunfal, o detestábamos la guerra por principio?

Los viejos fantasmas

Veinte años después, los viejos fantasmas quieren volver. La conmemoración del 2 de abril de 2002 iba a ser importante, y aunque sus protagonistas debieron ser los ex combatientes, primeras víctimas del último sacrificio militar, en el ambiente flotó una cierta reivindicación de la “gesta heroica”. En esos días, la Fuerza Aérea celebró su “bautismo de fuego”, una forma de recordar que la aviación militar tuvo un desempeño superior al de las otras armas. Había en los eslóganes algo de “victoria moral”, tan característico del nacionalismo soberbio y paranoico; éste también afloró en las palabras del Presidente y del Canciller, quienes afirmaban que de un modo u otro las Malvinas volverían a ser nuestras.

Palabras, nada más. Pero hoy las cosas ya no son como en 1984. La democracia cruje por todas partes y el pacto asociativo, fundado en la pluralidad y los derechos, está en cuestión. Es posible que aparezcan propuestas mesiánicas y que alguien vuelva a frotar la lámpara y convocar al “enano nacionalista”. La pregunta se replanteará: ¿qué hicimos exactamente en 1982? Se trata de una típica cuestión de memoria y política: no la “verdad” sino una reconstrucción artificial, interesada y útil. Escribir la historia. Me parece importante que sea planteada en términos precisos, que subrayen las diferentes opciones políticas y cívicas implicadas en el pasado que elijamos. Podemos decir que en 1982 reprochamos a los militares por embarcarse en una guerra. Ello significará que estamos preparados para encarar ésta y otras cuestiones territoriales como problemas entre partes: cada una alega derechos que deben ser escuchados, discutidos racionalmente, negociados y sometidos a una instancia neutral. Significará también que somos capaces de extender a esa cuestión los criterios democráticos con los que constituimos nuestra comunidad política: a casi doscientos años de su instalación, le corresponde a los habitantes de las islas decidir qué quieren hacer. Una solución de este tipo, que articula una respuesta al sentido de nuestros actos pasados, una declaración de principios en el presente y un proyecto para el futuro, significará la afirmación de la democracia. Podemos, en cambio, reprocharle a nuestros militares que no hayan ganado la guerra, o que la hayan emprendido sin haberse preparado adecuadamente. En ese caso, estaremos prontos a escuchar a quien nos prometa emprender nuevamente la guerra y ganarla, y también a quien nos proponga resolver, con criterios similares, la encrucijada en que hoy vivimos. No es, me parece, una opción trivial ni inocente. ■

La guerra, una espina clavada

por Roberto Herrscher
ilustraciones Miguel Alsugaray

Glorificar la guerra para sobrevivir o un olvido tranquilizador: los ex combatientes de Malvinas y la sociedad argentina oscilan entre ambos extremos. Seguir los pasos de esta construcción del pasado con relación a la guerra permite arribar a las formas en que la sociedad definió significados socialmente aceptados sobre lo sucedido en 1982.

Hay dos clases de ex combatientes de la Guerra de Malvinas: los que recuerdan cada año la gesta heroica, celebran y sueñan con volver, y los que padecen en silencio y olvidan. Horacio Benítez es de los que recuerdan. Cada día. Siempre. En el último combate en el Monte Langdon le dispararon en la cabeza. Lo dieron por muerto. El sargento que lo estaba tirando a la fosa común lo apretó contra su pecho para darle el último adiós y lo oyó respirar. Cuando lo entrevisté para un artículo de *Página 12*, Horacio dirigía una cooperativa de ex combatientes en la calle Agüero, en el centro de Buenos Aires. Detrás de su escritorio había un almanaque. En el almanaque, los cartones estaban amarillentos y ajados, porque hacía años que no los cambiaba: marcaban, todos los días, el 2 de abril.

Glorificar la guerra para sobrevivir. ¿Cómo, si no, se puede sobreponer Horacio cada día al sufrimiento y la muerte que

lo atacó cuando tenía 18 años?

Pablo, en cambio, es de los que olvidan. Cada año, alguno de los que estuvo conmigo en la guerra se encarga de llamar a todos para la reunión en una pizzería del barrio de Congreso. La última vez que estuve, hace unos ocho años, el organizador contó que llamó, como siempre, a Pablo, esperando que le diera una excusa para no venir. Un compromiso, una reunión de trabajo, una cena con los suegros. Esta vez atendió la esposa. “¿Malvinas? ¿Pablo estuvo en Malvinas?”, contó que había gritado la esposa. Ella, simplemente, no sabía que él había estado en la guerra. Borrar. Ocultar. Es otra forma de sobrevivir. En Argentina es común. Muchos no soportan ir por la calle con la conciencia de estar caminando sobre 30.000 desaparecidos. Yo no pertenezco a ninguno de los dos grupos. A 20 años de la guerra, sigo dándole vueltas al tema: Tengo la



Primera nevada en Pampa Azul. Acrílico sobre tela de Miguel Alsugaray.

impresión de que todo lo que hago —estudiar, escribir, enseñar, hablar del pasado con mi esposa y mi hijo— sale de esa experiencia y de las preguntas que me dejó. Pero es una posición incómoda. Ni glorifico la guerra ni la olvido. La guerra es una espina que sigo teniendo clavada.

Nuestros recuerdos definen quiénes somos hoy. Somos la guerra que recordamos, a 20 años de distancia. El manto de neblina está detrás de nuestros ojos.

El 2 de abril de 1982, la sociedad argentina en su casi totalidad se volcó a apoyar el proyecto de la Guerra de Malvinas del gobierno del General Leopoldo Fortunato Galtieri. Los medios de comunicación, con sus propias voces y también como difusores de los mensajes de casi todos los sectores sociales (económicos, políticos, religiosos, deportivos, artísticos, profesionales, de colectividades de inmigrantes), entraron a difundir “en cadena” el mensaje de

la necesidad de la guerra y la consecuente unión nacional en pos del esfuerzo bélico.

El 14 de junio la Argentina perdió esa guerra. A partir de la catástrofe nacional de la derrota, se produjeron interesantes replanteamientos en la construcción que realizó cada uno de estos mismos sectores. Los medios, en particular, fueron elaborando el recuerdo de la Guerra.

En primer lugar, en el contexto de la apertura de la memoria del horror de la dictadura militar y como capítulo subsidiario al principal —la realidad de los campos de concentración y los 30.000 desaparecidos—, se publicó mucho (libros de investigación histórica, memorias de los protagonistas, investigaciones periodísticas) sobre lo que “realmente” había pasado en la guerra. Al conocer las condiciones desastrosas en que se desarrolló la guerra, la sociedad argentina fue (en parte inconscientemente) cam-

biando el recuerdo de lo que cada uno sabía en el momento de la guerra y la manera en que había reaccionado.

El recuerdo de la guerra que existe en Argentina en este momento es una construcción posterior a la guerra misma. Esa construcción es deliberada en el caso de los medios de comunicación, que ocultan su propia participación, y por parte de los mandos militares y políticos, que inventan descaradamente una guerra que nunca existió como ellos la cuentan hoy. En muchos otros sectores de la sociedad, se mezclan la necesidad de construir un pasado a la medida de su idea sobre el presente y, por otra parte, la continuidad de aquellas construcciones que gozan de lo que Pierre Bourdieu llama “poder simbólico” para crear el significado socialmente aceptado de un hecho. En este caso, un hecho del pasado común de los argentinos.

Si bien “quienes olvidan el pasado están condenados a repetirlo”, tal como dice la sentencia, no cualquier recuerdo es mejor que el olvido. Y el recuerdo que hay en Argentina hoy de la Guerra de Malvinas (el que difundirán los medios en el 20^º aniversario del comienzo de la guerra) es nocivo para la construcción de la democracia del país.

Por eso debería llamar a este trabajo “Mal vino”. Porque la conocida afición a la bebida de Galtieri ha dado como resultado una versión de la historia: hoy existe la noción general, y tranquilizadora, de que Malvinas fue la aventura de un militar borracho y que todos los demás fuimos víctimas. Bajo supuestos semejantes se construyó la memoria del nazismo en gran parte de Europa, del franquismo en España, de las dictaduras militares en América Latina: personajes diabólicos que dominaron y engañaron a un pueblo entero. Todos fuimos víctimas.

Sin embargo, si no entendemos cómo una parte sustancial de cada sociedad fue mucho más que víctima, fue cómplice de esas dictaduras y de esas guerras, estaremos condenados a repetir los crímenes del pasado.

Memoria colectiva

Un requisito para empezar a hablar de una sociedad que construye, destruye o modifica un recuerdo común es partir de un marco teórico donde existe el concepto de “memoria colectiva”. ¿Recuerdan las sociedades, los grupos y las instituciones? El primer autor que trató sistemáticamente el tema de la memoria como proceso colectivo de una sociedad fue Maurice Halbwachs (1950). En su clásico *La mémoire collective*, destaca los componentes esenciales que diferencian a la memoria colectiva de la memoria individual, por un lado, y de la memoria histórica por otro.

Para Halbwachs, la memoria colectiva está indisolublemente unida a la necesidad de una comunidad afectiva con el grupo con el cual compartimos dicha memoria. “No es suficiente reconstruir pieza a pieza la imagen de un hecho pasado para obtener un recuerdo. Esta reconstrucción debe operarse a partir de ideas o nociones comunes que se

encuentran en nuestro espíritu tanto como en el de otros, de modo que ellos se sientan parte y continúen sintiéndose parte de una misma sociedad. Sólo así podremos comprender que un recuerdo haya podido ser a la vez reconocido y reconstruido.

Es interesante detenerse especialmente en la forma en que Halbwachs hace depender los recuerdos de las nociones comunes previas y de la forma en que el grupo se va quedando con ciertos hechos de su existencia común (el material de la memoria colectiva), mientras que va desechando otros, que pasan al olvido o se convierten en recuerdos individuales. La memoria colectiva requiere un esfuerzo, es una tarea de la sociedad, y en su construcción se transforma a la vez en una causa y una consecuencia de la continuidad de la identidad colectiva.

Este carácter de creación de la memoria colectiva se entiende mejor si se la compara con la memoria histórica. En el prefacio de *La mémoire collective*, Jean Duvignaud define con claridad la diferencia que hace Halbwachs entre memoria histórica y memoria colectiva. “La ‘memoria histórica’, por una parte, supone la reconstrucción de hechos pasados por el presente de la vida social, y su proyección sobre un pasado que reinventa; la ‘memoria colectiva’, por otra parte, es la que recompone mágicamente el pasado. Entre estas dos direcciones de la conciencia colectiva e individual se desarrollan las diversas formas de la memoria donde las formas cambian siguiendo las miradas que ellas implican”.

Más que recuerdo, la memoria colectiva es “recomposición mágica” de un pasado. Ese pasado construido no sólo depende del punto de vista del grupo. Forma y conforma ese punto de vista.

De ambas distinciones parte Halbwachs para definir su concepto de memoria colectiva: “...podemos hablar de memoria colectiva cuando evocamos un hecho que tuvo lugar en la vida de nuestro grupo y que vemos, y aún estamos viendo en el momento en que lo recordamos, desde el punto de vista de nuestro grupo.”

Cada grupo crea su propio tiempo, espacio e historia colectivos, postula Halbwachs, y la pertenencia al grupo se define en parte por compartir este pasado, el significado de este pasado definido en común, y el tiempo y espacio presentes que se derivan del pasado común.

Los artículos de la compilación *Memoria compartida*. La naturaleza social del recuerdo y del olvido (Middleton y Edwards, 1992) parten de estas definiciones de Halbwachs, que se basaban principalmente en la formación de recuerdos comunes en grupos pequeños o colectivos cuyos miembros se conocen personalmente. Los autores de *Memoria compartida* estudian la validez de estas premisas en sociedades que comprenden un país entero, y se detienen en el papel del poder y la ideología en la formación de memorias nacionales.

Tres de estos textos avanzan en la construcción de un método para estudiar la influencia de diversos factores en la for-

“Por la forma en que descoloca toda la actividad política, social y económica, por la forma en que conmueve la vida personal de la mayoría de los habitantes y obliga a cada uno a tomar decisiones que definirán su posición en la comunidad por décadas, una guerra es el fenómeno colectivo por excelencia.”

mación de personajes e instituciones cuya existencia y significado son importantes para mantener la cohesión nacional. Pueden ser héroes del pasado, como Abraham Lincoln; líderes recientes, como Ronald Reagan; o personas que representan a instituciones actuales, como la familia real británica. En los tres casos, los medios de comunicación, el sistema educativo, el arte (películas, novelas, canciones) y los discursos del poder político penetran en la vida individual y familiar de los miembros de esas sociedades.

A su vez, los que quieren verse como miembros de pleno derecho en esas sociedades unen sus recuerdos personales, individuales, a la memoria colectiva, de modo que el Lincoln que los congresistas ordenaron sentar en mármol con ademán de Moisés moderno se mezcla en la memoria de la familia norteamericana con la emoción de visitar dicho monumento todos juntos, unidos por la misma emoción.

De la misma manera, la excepcionalidad que los medios adosan a la familia real británica se ve reforzada en una familia “tipo” de clase media inglesa por el recuerdo del momento en que la madre vio personalmente al príncipe Carlos. Es la profecía que se auto-realiza. Los medios pintan al príncipe como una persona excepcional y cuentan historias de gente que lo ha visto en persona y sintió esa excepcionalidad. Cuando la madre de la familia lo ve, siente lo que los medios le pronosticaron que sentiría, lo cual viene a confirmar lo que habían dicho.

En el tercer artículo de esta serie, hay una “mano ideológica” dirigiendo el sentido del recuerdo. Hoy los ciudadanos norteamericanos creen recordar que Ronald Reagan era muy popular en su primer mandato, pese a que las encuestas de opinión de la época decían en números claros lo contrario. Los mismos medios que encargaron esas encuestas a principios de los ochenta se dedicaron en los años posteriores al gobierno de Reagan a fabricar una realidad distinta. ¿Por qué querían hacerlo? Porque esa popularidad inexistente iba a tono con la propia complacencia y satisfacción de los dueños de esos medios con las políticas de Reagan. Les hubiera gustado que fuera muy popular. Por lo tanto deciden recordar (y con ellos, sus lectores) que lo fue. En su artículo “La construcción social del recuerdo y el olvido”, John Schotter concluye que la relación entre instituciones sociales y recuerdo se basa en una sentencia clara

y tajante: “Si los hechos no encajan en el marco aportado por nuestras instituciones sociales —aquellas en las que hemos sido socializados— entonces no se recuerdan.”

La gran fuerza de la memoria colectiva estriba en que no se percibe como ajena a los procesos psicológicos internos de cada “recordante”. Al adosar recuerdos personales con recuerdos sociales de hechos que prácticamente ningún miembro de la sociedad presencié, queda el recuerdo unido con fuerza a dos elementos: el recuerdo efectivamente personal y el hecho de que los otros miembros de la sociedad, con la que el “recordante” se identifica, tienen el mismo recuerdo.

Pero los recuerdos no son estáticos ni relegados al departamento mental del pasado. Actúan sobre el presente e impregnan la forma en que una sociedad se percibe a sí misma y cada miembro se construye como persona. ¿Cómo puede ser mentira un hecho en base al cual forjé mi personalidad? Hay hechos del pasado que no podemos cuestionar, a riesgo de perder pie en las aguas del presente. Son los recuerdos que nos hacen ser quienes hoy somos.

Memorias de guerra: los combatientes y la épica de la camaradería

Si con otros eventos de la vida social es necesario explicar qué los hace importantes y dignos de ser materia de memorias colectivas, con una guerra contra otro país esto no es necesario. Por la forma en que descoloca toda la actividad política, social y económica, por la forma en que conmueve la vida personal de la mayoría de los habitantes y obliga a cada uno a tomar decisiones que definirán su posición en la comunidad por décadas, una guerra es el fenómeno colectivo por excelencia.

La memoria de cada país se construye en buena medida por el recuerdo de sus guerras, ganadas y perdidas. Al sintetizar meses o años de sufrimiento y muerte con las expresiones “nosotros ganamos” o “nosotros perdimos”, no sólo se recuerda el triunfo o la derrota. Se define el “nosotros”. En ninguna experiencia como en una guerra luchada y sufrida colectivamente se cimientan las bases de la identidad común: somos los que ganamos o perdimos aquella guerra. El que peleó a nuestro lado es de los nuestros.

En el mundo de hoy, aun antes de disparar el primer tiro, en cada guerra se lucha por el poder del sentido, y la munición en esa batalla es en gran medida la memoria personal de los participantes.

Paul Fussell trabajó sobre la construcción de la memoria de los combatientes británicos en las dos guerras mundiales (*The Great War and Modern Memory* y *Wartime*, 1975 y 1989) y desentrañó los temas básicos que se repiten en relatos, libros de recuerdos, entrevistas y anécdotas pasadas de padres a hijos. “Todo el que recuerde una guerra de primera mano sabe que sus imágenes permanecen en la memoria con especial viveza... porque el entrenamiento militar es básicamente entrenar el sentido de alerta. Y uno recuerda porque en

el frente los bien conocidos mecanismos de la psicología de crisis trabajan para asignarle mayor importancia a cosas normalmente triviales, como una flor o las muescas en un rifle o ‘el olor de ron y sangre’. Cuando un hombre imagina que cada momento es el anterior al último, observa y atesora detalles sensoriales por su valor en sí mismos.”

Si se me permite meterme personalmente en este punto, yo, que soy un ex combatiente de Malvinas, recuerdo los sucesos de la guerra como si hubieran sido en colores duros y brillantes y mi vida anterior en blanco y negro.

“Revisitar estos momentos transformados en vívidas memorias por estas varias razones,” continúa Fussell, “se vuelve una obligación moral... (para los sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial) visitar los campos de batalla para ejercitar la memoria se vuelve un poderoso ritual, tanto como la obligación de visitar los cementerios. De los silenciosos campos de Vimy y Saurchey, Reginald Farrar dice: ‘Me atraen y aferran como imanes: nunca tengo suficiente’. ‘Todavía me asomo al pasado’, dice (H.M.) Tomlinson, ‘a la vieja línea del frente, donde ahora hay sólo silencio y cardos. Me gusta; es una fase de mi locura’.”

¿Para qué recordar los recuerdos de los soldados? Para ellos (nosotros, los veteranos), porque no hay otro remedio. Los recuerdos vuelven. Siempre. Pero a los muchos millones que no estuvieron ahí, ¿qué les dicen los relatos de guerra?, ¿qué buscan en esas memorias tristes, extremas, secas?

Sé por qué cuento historias de la Guerra de Malvinas (me perdonarán que me vuelva a meter; como diría Fussell: no lo puedo evitar). Contamos esas historias porque si no, explotaríamos. Pero ¿por qué nos escuchan? Tal vez fuera mejor el vacío que me hacían en los meses posteriores a la vuelta. Estaba en una reunión y alguien me hacía una pregunta. En vez de contestar y pasar a otro tema, empezaba a contar. A los diez minutos los que habían hecho la pregunta empezaban a emigrar hacia la mesa de los saladitos. Si era un bar, se iban. A la media hora, quedaba solo junto a mi novia de entonces, que había vivido la guerra conmigo. Salíamos al frío de la calle y seguía contando.

En inglés hay un dicho de una horrorosa elegancia para estos casos: “Es más de lo que quería saber”. Los preguntones querían que les contara la guerra que se habían imaginado. La que yo viví era demasiado para una reunión sabatina.

En esas experiencias frustrantes del ‘82 y el ‘83, llegué a una conclusión, que ahora aplico a todos los temas y todas las relaciones: son muy pocos los que preguntan para que les contemos algo nuevo. Casi todas las preguntas tienen como función apropiarse de historias para reforzar las propias ideas. Es para ellos una anécdota más para ilustrar las nociones sobre las que el preguntador estructura su vida y su visión del mundo.

Construcción simbólica del ex combatiente

Nos escuchan, entonces, porque quieren historias concretas

“Un elemento básico de la memoria colectiva de una guerra es la pureza de las intenciones y el comportamiento de nuestro país, ejemplificado y demostrado por la nobleza de los soldados.”

que les confirmen sus ideas anteriores. Y pocas son tan fuertes como la razón de nuestro bando en una guerra pasada. Un elemento básico de la memoria colectiva de una guerra es la pureza de las intenciones y el comportamiento de nuestro país, ejemplificado y demostrado por la nobleza de nuestros soldados. Los soldados representan lo mejor de la sociedad, los jóvenes idealistas que se sacrifican por todos. Del frente, la “memoria colectiva” quiere historias que nos confirmen que hubo penurias, dolor y hambre, pero que el soldado (el “soldado desconocido” que representa a la sociedad) se portó como un héroe.

Desde el mismo día en que terminó la Guerra de Malvinas, comenzaron las críticas a la conducción de los comandantes y la conducta de los oficiales. Los militares y la derecha militarista salió inmediatamente a contrarrestar esta visión con sus propias historias y anécdotas. Pero ambos grupos coincidieron siempre en un valor esencial: el coraje y la camaradería entre los soldados. Es un elemento que atraviesa todos los libros de esta primera época, desde libros críticos como *Los chicos de la guerra* (1983) a otros escritos desde la “imparcialidad científica”, como *Malvinas hoy: herencia de un conflicto* (1989) hasta llegar a las apologías de los militares (*Comandos en acción*, 1986; 1093 *Triputantes*, 1992; *Malvinas: La defensa de Puerto Argentino*, 1987).

Pese a las evidentes diferencias de enfoque, evaluación de la guerra, premisas y conclusiones, los personajes y las historias de soldados muestran a muchachos provistos de las virtudes que los autores consideran como consustanciales a su concepción de la colectividad. Los militaristas muestran a muchachos abnegados, obedientes e imbuidos de fervor patriótico. Los progresistas nos ven como buenos chicos con capacidad de sacrificio y pensamiento crítico, dispuestos a morir por la patria pero no por los sátrapas de nuestros oficiales y su dictadura. En el momento de cambio e incertidumbre que siguió a la rendición, todos buscaban los valores perdidos y los adosaban a unos adolescentes muertos de frío, desesperados por un cigarrillo y, en su mayoría, hastiados de representar los papeles simbólicos que nos adosaban sin consultarnos.

Este carácter simbólico de los ex combatientes en el recuerdo de la guerra se construye todavía hoy, con historias de coraje y camaradería que florecen en los diarios cada tanto, especialmente en las fechas alusivas (2 de abril; 10 de abril; 14 de junio), pero pueden aparecer en cualquier momento. Malvinas siempre es noticia.



Otoño en el portón del 7º (Malvinas). Acrílico sobre tela de Miguel Alzugaray.

¿Qué historias, qué anécdotas se cuentan más? Habría que hacer un estudio exhaustivo. No hay en Argentina un ex combatiente que acapare la mitad de los perfiles periodísticos, como Simon Weston, el oficial de marina inglés cuyo cuerpo quedó quemado e irreconocible en el incendio del buque de transportes *Sir Glamoran*. Por un relevamiento informal y por las anécdotas que se repiten en los libros de memorias de mayor tirada, parece ser que las historias de arrojo desinteresado son predominantes.

La ‘comunidad imaginada’ en la guerra de Malvinas, de María Isabel Menéndez, es un estudio antropológico enmarcado en la escuela de Benedict Anderson, que define a las sociedades como comunidades cuyos miembros comparten imaginaciones comunes sobre sí mismos como grupo. La primera mitad del libro está dedicado a los ex combatientes, sus ideas sobre la nacionalidad y la forma en que éstas se conformaron o cambiaron en su experiencia en las islas. La segunda parte se refiere a la forma en que dos diarios argentinos apelaron a la formación del espíritu nacional durante la guerra.

Para los soldados que entrevistó Menéndez, Malvinas fue el descubrimiento de su identidad como argentinos. Sus muestras más fuertes de emoción se produjeron frente a la bandera: indecible alegría al verla ondear en las islas, desolación cuando fue arriada y reemplazada por la británica. Estos son algunos testimonios:

“Yo, la noción de pertenencia la tuve cuando pisé la isla, no antes. Sabía que era mi territorio, pero no comprendía en profundidad lo que era saber que pertenecés, eso lo pueden tener los ex combatientes únicamente... Ahí pude comprender lo que significa la extensión territorial y la relación de pertenencia al territorio, a mí me interesa defender eso y lo siento mío... Teníamos que ir a pelear porque esa tierra es nuestra y la teníamos que recuperar. Era sí o sí.” Hay algo absoluto, puro, limpio, en los testimonios de estos soldados. Son la patria personalizada. El pueblo en armas transformándose en reserva moral de la nación, mientras políticos, empresarios y famosos de la televisión medran en la corrupción y la banalidad.

Ahora, Menéndez: “Todos los informantes hablaron de ‘emoción’ y ‘orgullo’ al cantar el himno o ver la bandera izada en aquel territorio. Algunos recordaron que antes de estar en Malvinas cantaban el himno por obligación y que ahora ‘casi gritaban las últimas estrofas’.” Aquellas que dicen: “Coronados de gloria vivamos/ o juremos con gloria morir.”

“La memoria de los otros”: la retaguardia y la épica de la unidad

Pero el ideal de las Malvinas no parte de la experiencia de los soldados, ni siquiera de la de estos soldados cuidadosamente seleccionados. Esta es la idea que figura en el epígrafe en L-



La camisa de Juan (ofrenda silvestre). Acrílico sobre tela de Miguel Alzuagaray.

la introducción del libro de María Isabel Menéndez: “Malvinas es lo que creen y piensan los millones que nunca pisaron la turba porosa ni sintieron ese endemoniado viento, siempre del mismo lado, ni respiraron esa mezcla de olor a pólvora de afuera, suciedad del propio cuerpo y miedo de más adentro.” Fue tomado de un artículo publicado en Clarín el 12 de junio de 1992, en un suplemento de los 10 años de la guerra, firmado por el ex combatiente Roberto Herrscher.

En ese mismo artículo, de dos páginas enteras, expreso ideas muy distintas a las de “todos los informantes” de Menéndez: que hubiera ex combatientes que no comparten su emoción y orgullo al cantar “o juremos con gloria morir” no entraba en su esquema. No la acuso de no leer el resto de mi artículo. Simplemente no lo “vio”. Como dice Schotter, lo que no encaja en nuestros esquemas mentales, no se recuerda. Un país en guerra es un país monolítico, donde expresar una idea contraria a la debida es transformarse en un traidor, un autoexcluido, un paria. La guerra crea la idea de “todos juntos luchando por la misma causa”, el fin de las diferencias, las luchas internas y los desencuentros. Este fue el guión de la Guerra de Malvinas en Argentina: por fin, después de décadas de conflictos internos, estamos unidos. Tenemos una causa común en donde todos coincidimos, y el que no coincide es porque no es uno de los nuestros. Malvinas es cuando estuvimos unidos y todo era posible.

Malvinas surgió como un bálsamo que curó de improviso la herida espiritual de la nación. Ni los fascistas llamaban a los comunistas vendidos al oro de Moscú, ni los comunistas tildaban a los fascistas de lustrabotas del imperio norteamericano. Capital e interior abandonaron su guerra por el modelo económico. Adoradores y enemigos del cadáver de Eva Perón dejaron de lado el tironeo de la muerte: Malvinas nos unió a todos. “Cada uno en lo suyo, defendiendo lo nuestro”, decía la propaganda oficial. El recuerdo de “nuestras” Malvinas es la creación de un pasado mítico cuando, por primera y única vez en nuestra historia, estuvimos unidos.

Dice Halbwachs: “Durante el curso de mi vida, el grupo nacional del que formo parte fue el teatro de un cierto número de hechos de los que digo que me acuerdo, pero no los conozco más que por los periódicos o por los relatos de quienes estuvieron directamente involucrados. Estos hechos ocupan un lugar en la memoria de la nación. Pero no asistí a ellos personalmente. Cuando los evoco, estoy obligado a remitirme enteramente a la memoria de los otros, que no viene a completar o fortalecer la mía, sino que es la fuente única de lo que yo repito.”

Cada comunidad construye un teatro de supuestos recuerdos, pero cuando actúa siguiendo esos recuerdos falsos o ajenos, los hace propios. Malvinas fue principalmente y para cada argentino (menos los 10.000 que estuvimos allí), el

recuerdo de su propia reacción al conocer hechos que después se revelaron carentes de toda verdad. El ciudadano se alborozó al leer en el diario que “Hundimos al Invencible”, el portaaviones británico. Siente orgullo nacional. Somos capaces de hacer algo bien, de ganarle, cual astuto David de la geopolítica, a un enorme y torpe Goliath imperialista. Al terminar la guerra, quedó patente que ninguna bomba había siquiera rozado al Invencible. Quedan, descontextualizados y en busca de historias que confirmen tan nobles sentimientos, el orgullo y el alborozo, intactos.

Construcción del anhelo de Malvinas: “Bajo un manto de neblina...”

En la primaria nos enseñan la Marcha de las Malvinas: “Bajo un manto de neblina/ no las hemos de olvidar./ Las Malvinas Argentinas,/ clama el viento y ruge el mar.” Varios académicos y opinadores han destacado la riqueza de la metáfora del manto de neblina. Antes de la “reconquista” era un anhelo lejano de algo poco conocido pero añorado. Un Santo Grial difuso que había que recuperar para ser felices. Malvinas era un anhelo, el depósito de los sueños de liberación que ni siquiera podíamos soñar en nuestra tierra (continental). Durante la contienda, la falta evidente de información fidedigna cambió el sentido del “manto de neblina”. Se recibían comunicados crípticos que había que decodificar y, de vez en cuando, alguno recibía un chisme o escuchaba las noticias de la BBC y cobraba conciencia de que en el mismo momento, en otro lugar, se estaba contando una guerra muy distinta. La semióloga Lucrecia Escudero, discípula de Umberto Eco, trató exhaustivamente los cruces de símbolos y códigos en la información periodística que se publicó durante la contienda (Malvinas. El gran relato. 1996). En War and Peace News (1985), el Glasgow University Media Group analiza y constata que lo mismo estaba ocurriendo en Gran Bretaña: Malvinas fue una guerra contada por los militares, con el apoyo entusiasta de los periodistas.

Al terminar la contienda, el énfasis en Argentina pasó del “manto de neblina” a la siguiente estrofa: “No las hemos de olvidar”. ¿Qué es lo que no hemos de olvidar? Esto cantábamos miles de veces en las manifestaciones por el fin de la dictadura, y después por el castigo a los generales: “Militicos (militares)/ muy mal paridos/ ¿qué es lo que han hecho con los desaparecidos?/ La deuda externa,/ la corrupción/son la peor mierda que ha tenido la nación./ ¿Qué pasó con las Malvinas?/ Esos chicos ya no están./ No debemos olvidarlos/ y por eso hay que luchar”. Transcribo entero este verso popular porque rescata el espíritu de una época y el contexto en el que se entendía de 1983 a 1989 el significado de Malvinas. Era un crimen más de la dictadura. Pero todavía era la época de las preguntas. ¿Qué pasó con las Malvinas? El anhelo es de saber, de enterarse. Estaba puesto en los detalles de la guerra y la negociación secreta, porque eso fue la guerra, no el apoyo de la ciudadanía.

Saber es enterarnos cómo y hasta qué punto nos engañaron. La nueva información, recorrer el “manto de neblina”, nos sirve para ahondar en la construcción de un nosotros pasado, víctimas engañadas. Apoyamos la guerra porque no sabíamos. Veinte años después, resulta obvio. Hoy cualquier argentino entrevistado por la televisión en la calle lo dirá: pasó lo que pasó. Por eso es importante la reinención de la Guerra de Malvinas en estos años. Ahora creemos que sabemos qué pasó. Y creemos que con eso resolvimos el misterio de Malvinas.

Los militares: recordar para justificarse

Uno de los más conspicuos historiadores militares argentinos, el General José Teófilo Goyret, resumió las razones que alientan a las más de cien memorias que oficiales de las tres fuerzas publicaron desde mediados de 1982 y que siguen sacando prestigiosas casas editoriales: “Estos aportes —versiones de lo visto, oído, sufrido, imaginado, soñado, apreciado y resuelto por los respectivos autores— no constituyen la verdad histórica y de la más profunda y prudente crítica, pero sin ellos la reconstrucción historiográfica sería imposible,” apunta Goyret. “Las historietas con las que algunos han pretendido reemplazarla han sido fuertemente negativas en sus efectos psicosociales, informando maliciosamente a la opinión pública nacional y extranjera, desprestigiando irresponsablemente a las instituciones militares y potenciando, y a veces creando, factores de desaliento y de anomia sociales. Estas publicaciones han servido para exaltar inmerecidamente, promocionando algunas actuaciones, o para denigrar a comandantes y jefes, las más de las veces sin fundamentos ni medida, fabulando hechos y dichos, estando, en general, regidos sus juicios y narraciones por pasiones innobles o por objetivos ideológicos.”

Es la primera página de la introducción a Malvinas: La defensa de Puerto Argentino, del General Oscar Jofre y el Coronel Félix Aguiar, y ya estamos en plena guerra por el significado de la memoria y la autoridad para conformar la memoria colectiva. El libro es de 1987, punto de inflexión en la valoración de la dictadura militar, sus acciones y personajes. En los cuatro primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín, salieron a la luz informes, testimonios e investigaciones sobre la represión, la dirección criminal de la guerra, la corrupción, las alianzas de los militares con importantes sectores de la sociedad civil. En 1985, los comandantes de las Juntas Militares fueron juzgados y condenados por 9.000 desapariciones, asesinatos, torturas y robos. En 1987, el Teniente Coronel Aldo Rico se alzó y atrincheró en Campo de Mayo exigiendo que los militares de menor graduación no fueran juzgados, Alfonsín lo llamó “héroe de Malvinas” y desde entonces terminaron los juicios.

En ese año empezaron también a bajar las críticas a los crímenes de la dictadura y la visión absolutamente negativa de las Fuerzas Armadas. Cuando Goyret habla de informaciones maliciosas que desprestigian irresponsablemente a las ins-

tituciones militares se refiere a todas las notas sobre el Proceso de Reorganización Nacional.

Sobre Malvinas, las historias centrales que circulaban por aquellos años eran las memorias de soldados heroicos que siguieron peleando mientras sus oficiales salían corriendo montaña abajo; de los marineros que murieron en el Belgrano mientras sus oficiales acaparaban los puestos en los botes salvavidas; de los que sufrían hambre mientras sus oficiales se atiborraban de dulces; de los que tuvieron que amputarles los pies porque la falta de calzado adecuado les producía congelamiento y gangrena; de los que habían sido estaqueados en las heladas noches de Malvinas por robar comida que los oficiales acaparaban. Personalmente, vi bajar en Malvinas una docena de cocinas de campaña destinadas a los soldados en el monte. Las cocinas funcionaban con leña. En las Malvinas no hay árboles. Las cocinas de las casas funcionan con turba, de la que está cubierto el suelo. La turba es una mezcla de carbón a medio carbonizar, tierra y pasto. Las cocinas no sirvieron.

El golpe del que los militares argentinos todavía no se recuperaron llegó exactamente un mes después del fin de la guerra. La revista Gente lo anunció así en su tapa del 15 de julio: “¿Cómo pudo suceder que un chocolate con una carta adentro, enviado por un chico de 7 años a nuestros soldados en plena guerra, fuera vendido días atrás en un quiosco de Comodoro Rivadavia?” Militares lucrando con los chocolates que los chicos argentinos enviaban a sus soldados. Cualquier argentino de más de 30 años se acuerda todavía del chocolate. Las protestas destempladas del general Goyret no hacen mella en ese símbolo de ineptitud y corrupción militar. Pero ahí siguen publicando los generales y coroneles. Sus detallados informes militares se acumulan, intentando hacernos creer que tienen “mala prensa” porque perdieron, aunque en el combate lo hayan hecho divinamente. El último párrafo del libro del general Jofre y el coronel Aguiar sintetiza perfectamente esta idea. “Corría el año 1815” arrancan sorprendentemente los oficiales, al terminar su relato de la vuelta de Malvinas, el comienzo de “un período de expectativas, incomprensiones y engaños.” “Corría el año 1815, pocas horas antes de la batalla de Waterloo, el general Wellington le dijo a otro oficial que lo acompañaba, resumiendo una expectativa: ‘Si mañana no ganamos, que Dios nos ampare porque nadie más lo hará.’ Horas más tarde, en medio de esa batalla, el mariscal Ney le gritó a un camarada: ‘¡No aflojes, no aflojes, porque si regresamos, Francia nos despellejará vivos!’.”

Cuando estábamos prisioneros de los ingleses, una semana sin luz, sin agua y sin calefacción, el general Jofre hizo traer suero del hospital de Puerto Argentino para afeitarse. Sus hombres tenían sed. Yo lo vi.

Cada 2 de abril con el mismo pantalón

Para la mayor parte de la población, los ex combatientes viven en los trenes y colectivos, donde piden dinero a cambio de

una revista que siempre dice lo mismo y lloran el olvido y el desdén de sus compatriotas. Son molestas visitas desde un tiempo remoto. En una época de pequeñas miserias personales y grandes pícaros dominando la escena política, estos dinosaurios irrumpen para hablar de grandes héroes y grandes traidores. Pocos los escuchan.

Pero hay un día al año en que los ex combatientes entran en los noticieros de televisión y el público empieza a recordar un lejano sonido colectivo y personal. Es el 2 de abril. Para María Isabel Menéndez, estas celebraciones son fiestas de la identidad común. En 1997 recogió este testimonio, escuchado en FM Ecológica: “Hoy es un día especial, hoy se conmemora el hecho histórico en sí y a la vez se recuerda con mucho cariño y con mucho dolor a nuestros 649 compañeros que quedaron en el campo de batalla, como así también a los que volvieron y lamentablemente no están entre nosotros. Esto es lo que nosotros sentimos, lo que nos mantiene vivos y, bueno, seguimos trabajando en esta digna causa, que es una causa del pueblo, sin banderías políticas...” Así describe Menéndez el ritual repetido cada año: “Comienza con la entonación del Himno Nacional y el izamiento de la Bandera Nacional consagrando el espacio. Luego los discursos reavivan los recuerdos sobre los que no están, los que quedaron en las islas, sobre los ‘héroes’ y los ‘mártires’. Se invoca la autoridad de los leales y se hostiga a los ‘traidores’ de la causa Malvinas. El conflicto entre lo que fue la dirección de la guerra y los soldados se pone de manifiesto. Los soldados muestran abiertamente su enfrentamiento con lo que fue la conducción del conflicto, los militares que integraban la Tercera Junta del Proceso. Esto aparece reiteradamente en los discursos de los ex combatientes. La necesidad de diferenciarse está presente, porque también sufrieron la percepción social de verse mezclados de alguna forma con los militares, por distorsiones en la información y también, quizás, por la derrota sufrida.”

Ese mismo 2 de abril de 1997, un ex combatiente anónimo decía en FM Ecológica: “Algún día vamos a ser historia y no queremos que aparezca Galtieri en los manuales como un héroe; nosotros somos la historia viviente y vamos a tratar de duplicar todo lo que sabemos para que los jóvenes tengan la verdadera historia de cómo fue Malvinas.”

En la frase siguiente, Menéndez concluye: “Los tipos simbólicos a los que hicimos referencia —héroes, mártires, traidores—, generados por el drama épico de la guerra, siguen estando vigentes quince años después.”

Todos los elementos del “espíritu Malvinas” están presentes en este relato-análisis. Los ex combatientes que se ven a sí mismos como historia viva y como personificación de los valores nacionales frente a los “traidores” que los enviaron a pelear. La búsqueda desesperada de separar la acción del soldado de la decisión del general. Y el interés didáctico por aleccionar a los jóvenes y entrar en los libros de historia.

Esta guerra heroica y virtuosa de los soldados separada de la guerra miserable y sucia de los generales resulta aún más

irreal y mitológica que las mentiras que contaron los comandantes para justificarse.

El día que volvimos a las Malvinas

En agosto de 1998, por fin los argentinos pudimos volver a Malvinas. En el primer vuelo iba un ex combatiente, el corresponsal de la CBS en Argentina, Edgardo Esteban. Me pegué a las noticias de ese viaje esperando responder a muchas preguntas. Esperaba que Esteban me representara en las islas, que en su viaje pudiera yo también volver y cuestionarme qué significó esa guerra y qué nos dice Malvinas hoy. Pero Esteban fue como personaje. Lloró en el cementerio ante las cámaras, jugó al fútbol con los isleños, recogió el sable de un oficial y la chapita identificatoria de un soldado, hizo declaraciones sobre la emoción de volver. Como conocedor de la lógica periodística, se aprovisionó de imágenes para aparecer en las portadas de los diarios cada día de la visita.

Pese a lo evidentemente armado y mentiroso de la historia que se contaba, ese viaje fue portada cada día en Argentina, y fue protagonista de noticieros y tertulias de radio y televisión. Malvinas nos apasiona, nos perturba, no nos deja. Dicen que las situaciones límite ayudan a conocerse. El que ha estado en peligro de muerte o a cargo de una decisión vital, se conoce mejor que quien nunca enfrentó estas situaciones. Se conoce de una vez y para siempre.

Quiero creer que vuelvo a Malvinas no sólo por mi vinculación personal con las islas y con la guerra, sino porque realmente al hablar de Malvinas, al ahondar en sus historias, sus símbolos y sus memorias digo algo de la Argentina y los argentinos, de la ciudadanía global del siglo XXI, del nacionalismo, del poder, de la memoria y del olvido como procesos sociales. ¿Qué Malvinas recordarán las generaciones que nacieron después de 1982? La justificación de esta pregunta es doble: tiene que ver con cuál recuerdo de la guerra se ajusta más a “la realidad”, pero también con el tema de la construcción social del recuerdo que está en la base de estas páginas. Cada recuerdo de Malvinas tiene que ver con un tipo de país, de sociedad, de organización política y de lugar en el mundo de los argentinos.

Conclusión personal (dedicada a Juan Carlos Zangani)

Para terminar, quisiera contarles que tenía un amigo. Se llamaba Juan Carlos Zangani. Era pelirrojo, gordito, buen compañero y un gran conversador. En el período de instrucción, en Puerto Belgrano, no me volví loco en gran parte gracias a Juanca. Juanca era un oasis de humor, de cordura, de falta de solemnidad en una época gris y dura. El servicio militar enseñaba a obedecer y callar. Juanca siempre tenía un comentario irónico y me lo regalaba en un susurro, a riesgo del castigo usual: pasarse toda la noche haciendo flexiones en el patio de maniobras.

Juanca fue destinado al Crucero General Belgrano. Después

SOBRE UN TERRITORIO DESOLADO

Las obras de estas páginas pertenecen al artista plástico Miguel Alzugaray, nacido en 1934 en Gualeguay, Entre Ríos, y quien actualmente

reside en La Plata. Las imágenes que rescata para referirse a la Guerra

de Malvinas acentúan el silencio y la ausencia: una cruz sacudida por el viento, una prenda hecha jirones, las rejas de un Regimiento al que han

ido a llorar los padres y las madres, a golpear con preguntas y furia por paraderos y razones. Restos con los que el artista construye su relato de lo

sucedido, donde los colores no hacen más que delinear un alardecer encendido sobre un territorio desolado. A lo largo de su obra, Alzugaray buscó

reflejar hechos, personajes y paisajes de la realidad nacional. En estas páginas muestra sus propias emociones sobre la Guerra de Malvinas y

encuentra una forma de decir lo no dicho.



de la instrucción no lo volví a ver. A la semana de volver de Malvinas, otro amigo de la instrucción me dijo que otro compañero, que había sobrevivido al hundimiento del Belgrano, le había traído noticias de Juanca. Que mientras sonaban las sirenas y todos se peleaban por subirse a los botes salvavidas, a él lo habían visto deambulando por cubierta, perdido, hablando solo. No saltó. No corrió. Hoy su nombre aparece en una placa negra con un mapa de las Malvinas enfrente de la Escuela de Mecánica de la Armada.

Como todo lo que escribo sobre el tema desde entonces, espero que estas páginas hagan un poco menos inútil la muerte de Juan Carlos Zangani, que tenía 18 años en 1982. O al menos, eso quisiera creer cuando apague la luz en mi cama esta noche. ■

Roberto Herrscher es ex combatiente, director académico del Master de Periodismo de la Universidad de Barcelona, docente de la Fundación Nuevo Periodismo y corresponsal de diversos medios.

Las democracias bajo la lupa

Luz roja en América Latina

por Ana Cacopardo y Alejandra Correa

En esta entrevista, Tomás Moulián –Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS-Chile-, Gerardo Caetano –historiador de la Universidad de la República, de Uruguay– y Pablo Yankelevich –Doctor en Estudios Latinoamericanos, argentino radicado en México–, analizan la situación actual de las democracias latinoamericanas. Entre otros temas, se refieren a las consecuencias de la profundización del modelo neo-liberal, las nuevas formas de resistencia civil, el rol de la oposición y el peligro de la instauración de nuevas formas de dictadura. Anticipan, de esta forma, el eje de discusión que planteará el III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva, organizado por la Comisión por la Memoria, que se llevará a cabo en el próximo mes de setiembre.

—¿Cuál es el estado de salud de las democracias latinoamericanas, en la actualidad?

Tomás Moulián: En Chile, no reunimos las mínimas reglas de lo que sería una democracia representativa, por aquello que algunos han llamado “enclaves autoritarios”; o sea, el sistema político que crea Augusto Pinochet y que está presente en la Constitución de 1980, por la cual tenemos una democracia protegida. Lo principal en este sistema no es sólo que en el Senado hay legisladores vitalicios, sino que tenemos un sistema presidencial —muy diferente al parlamentario— donde rige el sistema binominal que excluye a las minorías, y sobre todo la imposibilidad política de cambiar esta Constitución porque se requiere de altísimo quórum. De esta forma, el sistema electoral se encarga de que nunca se produzca una diferencia suficiente entre ganadores y perdedores, como para dar lugar a tal reforma. Entonces, hay un sistema constitucional rígido que podríamos llamar “democracia semi-representativa” que produce efectos políticos devastadores porque el supuesto de este sistema constitucional es que los fines están consensuados, cosa que no es así. Obviamente, el retraimiento de la política de algunos sectores o la búsqueda de formas de hacer política en un espacio distinto del que tiene el Estado, se impone. Por lo tanto, hay una erosión de la política y un desplazamiento de la política hacia la micropolítica, un fenómeno interesante que manifiesta una crisis de representación muy fuerte. Lo que ocurre a nivel del Estado no tiene nada que ver con las nuevas formas de hacer política que están sur-



La pregunta sobre el futuro. En Uruguay, se abre un interrogante con el Frente Amplio y sus posibilidades de gobernar.

giendo en la sociedad. En este punto, tendríamos que hablar de una democracia sumamente precaria o semidemocracia. Por otro lado, hay una izquierda que no es capaz de estar de una nueva forma y que cae, como en Chile y otros países ha sucedido, en el apoyo irrestricto a Chávez en Venezuela o a las FARC en Colombia. Es una izquierda que no logra pensar el problema de hacer política en las nuevas condiciones del siglo XXI, con el derrumbe de los socialismos y con esta globalización tan brutal que reduce mucho los márgenes de transformación en las sociedades.

Gerardo Caetano: En un marco más general, se podría decir que en América Latina salimos de las dictaduras de la seguridad nacional con una gran euforia democratizadora que, con la perspectiva del tiempo, vemos que tuvo mucho de frivolidad. Toda transición tiene una explosión de demandas que luego se desinflan. La democracia no es tan épica como las transiciones. Pero ya, en los modelos de salida, estaban implícitos ciertos problemas que minaban el arraigo de las nuevas democracias. En ese sentido, los años transcurridos nos revelan hoy una América Latina muy distinta. Ya no es la preocupación que teníamos hace 5 ó 10 años, donde se avisaba el fenómeno del descaecimiento de la legitimidad de muchas experiencias democráticas y se comenzaba a ver una reacción antipolítica y democracias de baja calidad. Es decir, lo que O'Donnell llamó “democracias delegativas”, o inciertas. Ahora, la profundización de los problemas es mayor: tenemos 15 ó 20 años de experiencias democráticas que, lejos

de haber contrarrestado las tendencias de exclusión muy duras de las dictaduras de la seguridad nacional, las han profundizado y con algunos fenómenos de injusticia social inéditos en América Latina. El caso argentino es un buen ejemplo de eso, pero no es el único. Además tenemos, tal como indican las encuestas de opinión, un descenso muy fuerte de la adhesión de la ciudadanía a los valores democráticos y una profunda insatisfacción respecto de las instituciones democráticas —partidos, parlamento, etc—. El tiempo del decisionismo, muy marcado en los noventa, con hiper-presidencialismos que lo iban a resolver todo, se cayó y ahora las constituciones establecidas para aquel marco —donde le daban 5, 6 ó 7 años a los presidentes— hoy se plantean como un horizonte inabarcable. Que Chávez después de lo que sucedió en abril tenga por delante un período hasta el 10 de diciembre del 2007, o que De la Rúa en diciembre se planteaba que tenía dos años más, es impensable. El tiempo de las democracias se ha restringido mucho y aquellos períodos estaban pensados para democracias que ya no se corresponden con las que tenemos en la actualidad.

Pablo Yankelevich: Para responder, me ubico desde la excepción que es México, porque mientras el resto de las democracias latinoamericanas van a cumplir sus primeros 15 ó 18 años, la mexicana acaba de nacer. Desde el 2001 se puede hablar de un período absolutamente novedoso e ingenioso en la historia de México. De tal manera que pondría una distancia por el tiempo que lleva y además por las experiencias

acumuladas en lo sucedido en América Latina en esta degradación del horizonte democrático. Lo que los colegas dicen no me parece aplicable al caso mexicano. Independientemente de que en el último año de gobierno de Fox sus niveles de credibilidad han caído significativamente, no ha sucedido lo mismo con la confianza en el sistema político. Hoy por primera vez en México hay una absoluta y total libertad de expresión; la prensa puede decir lo que quiera, se acabó la línea gubernamental, cuestión que hasta no hace mucho era impensable. Ahora, la democracia mexicana se encuentra ante problemas que bastardean cualquier orden democrático. La semana pasada salió a la luz, por ejemplo, un informe de Naciones Unidas en torno al estado de la justicia mexicana, donde hay niveles de corrupción muy severos. Además, hay cuestiones en la agenda mexicana que no se encuentran en otros países latinoamericanos, como es el problema del narcotráfico y la corrupción que éste genera, un detonador de un problema que, en principio, no tiene solución. Por otra parte, la manera en que está instalada la violencia en esta sociedad, diaria y cotidianamente, es aterradora comparada con lo que está sucediendo en otros países de América Latina. Es decir, mientras en México no se visualiza ese grado de deterioro del sistema político que hoy viven algunas democracias latinoamericanas, el nivel de deterioro social es uno de los más patéticos de América Latina. No hay que olvidar que México tiene una ventaja sobre el resto de América Latina: está muy lejos de Dios, pero muy cerca de los Estados Unidos.

Gerardo Caetano: Sartori habla de que el mayor peligro para las democracias hoy es la “confusión democrática”. Es decir, pasan por llamarse experiencias democráticas a cosas que no lo son. Aquí marcaría una fuerte tentación que es la de fuga antipolítica y la fuga populista, que pueden combinarse perfectamente. Lo veo marcadamente en Venezuela: la experiencia chavista y, sobre todo, la euforia que en algunos sectores latinoamericanos ha provocado —como una suerte de adhesión irrestricta— es extremadamente peligrosa, porque el hecho de que alguien pueda creer que el gobierno chavista es un gobierno progresista o de izquierda está revelando una tremenda confusión de algunas izquierdas latinoamericanas. La constitución bolivariana es una constitución anti-democrática, con esos dos poderes extras —el electoral y el moral— que llevan a un ejercicio de funciones casi policíacas y la presencia de una figura autoritaria que controla los medios, que asfixia a los otros actores sociales y demás.

—¿Podría pensarse que América Latina está en el umbral de un ciclo de dictaduras de nuevo cuño?

Gerardo Caetano: Un elemento importante a tener en cuenta es el nuevo marco de América Latina en el mundo, y en particular respecto de la política exterior norteamericana. Después del 11 de septiembre tenemos un contexto planetario muy diferente y, sobre todo, una política exterior que hacia América Latina es muy clara. Lo que temíamos se ha pro-

bado mucho más rápido de lo que suponíamos: el gobierno norteamericano estaba implicado directamente en la intentona golpista de Venezuela. Es decir, si tenemos una política exterior norteamericana agresiva que en América Latina no tiene contestaciones vigorosas y, por otro lado, tenemos multitudes que una y otra vez son burladas por las propuestas políticas, vamos a encontrar —como el caso venezolano— una convergencia maldita. Es decir, una conspiración de los intereses dominantes de siempre, sumados a un intervencionismo encubierto —pero cada vez menos— de los EE.UU. y a una “legitimación” de masas que son fácilmente manipulables y que tienden a respaldar momentáneamente experiencias autoritarias. Por eso creo que hay que poner luz roja en América Latina, porque ya no sólo estamos hablando de democracias de baja calidad, sino que podemos estar ingresando en una coyuntura donde se den golpes de Estado clásicos, bajo técnicas nuevas e incluso con apoyo popular y con autoritarismos de nuevo cuño. Otro dato es que los ejércitos que habían perdido mucho poder, finalmente vemos que no son tan pasivos y que en coyunturas de desfortalecimiento de los gobiernos, en medio de movilizaciones populares fuertemente teñidas de antipolítica, pueden ser actores decisivos. En Venezuela estuvieron a un paso de serlo, en un sentido u otro.

Tomás Moulián: Creo que, en este tema, hay que articular cuidadosamente lo particular y lo general. No quisiera caer en los mismos defectos de los años 70 y 80 de suponer que las transformaciones económicas neoliberales necesitaban de dictaduras, de estados fuertes y desmovilizadores. Hay que tomar en cuenta el panorama general, pero creo que lo que hoy presenciamos en América Latina es una lucha entre sectores que quieren reducir la democracia a un puro simulacro y otros sectores que buscan, de diversas maneras, el abrir espacios para la democracia. En el caso de Chile, lo más probable es que ocurra una experiencia de populismo neoconservador, que no es la dictadura. De esta forma, se volvería sobre los pasos de la transición, ya que la transición no ha podido cambiar las instituciones fundamentales de la dictadura para buscar sistemas más inteligentes en el modelo que ellos mismos organizaron. Este proceso tiene, evidentemente, todos los peligros de los populismos neo-conservadores y va a resentir la vida social y cultural de Chile fuertemente.

Gerardo Caetano: Coincido en la necesidad de no hablar generalizando lineamientos para toda América Latina. Hay muchas situaciones. Los tiempos de Centroamérica son muy diferentes a los del Cono Sur o Cono Norte sudamericano. Sin embargo, creo que tenemos que pensar internacionalmente estos temas porque, efectivamente, la lógica de los peligros que están enfrentando las democracias en América Latina son transnacionales. Por un lado, es una política exterior norteamericana que ya no veo tan claramente unida a la consolidación de la democracia o al respeto a los Derechos Humanos. Nosotros, hace algunos años, decíamos que la alternativa a las experiencias autoritarias está vetada entre otras cosas,



Argentina. El 2001 trajo nuevas reglas de juego

porque EEUU no está apoyando este tipo de experiencias. Bueno, yo hoy abriría una duda. Después del 11 de septiembre, y con la designación del personal del actual gobierno norteamericano hacia América Latina, con Otto Raig al frente, no estaría tan seguro de ello. Por eso, creo que es importantísimo, por ejemplo, ante el caso venezolano, el pronunciamiento del Grupo de Río que, reunido en Costa Rica y cuando había vacilaciones y el gobierno de la OEA estaba a un paso de dar el reconocimiento y lo había dado el gobierno colombiano y la Unión Europea, de un gobierno absolutamente ilegítimo, el Grupo de Río con el liderazgo de Brasil y México, hace un importante pronunciamiento, incluso exigiendo a la OEA la aplicación de un instrumento muy importante que fue firmado en Perú el mismo 11 de septiembre del 2001, que es el Acta Democrática Interamericana, pensada en un contexto y que hoy, en este nuevo contexto, puede ser un instrumento de enorme trascendencia ya que quita cualquier posibilidad a una intentona golpista.

—¿Cómo se articula el modelo económico en la precarización de las actuales democracias latinoamericanas? ¿El modelo neoliberal se ha naturalizado en la gente?

Tomás Moulián: En América Latina, en general, uno se enfrenta a un escenario desalentador en la medida en que, por ejemplo, EE.UU. propone que una junta de sabios intervenga la Argentina para decidir sobre su política económica. Eso refleja el debilitamiento del sistema económico internacional y lo que sus diferentes órganos imponen a las democracias nacionales. Y esto en América Latina ocurre en todas partes. Tenemos que articular lo particular para poder analizarlo. A partir de ahí, son evidentes las restricciones que el sistema capitalista actual coloca a la posibilidad de una democracia real, es decir, con posibilidades de equidad. Las diferencias entre países están dadas por la profundidad de la crisis del modelo neoliberal. En Argentina es muy fuerte; pero en México y en Chile no es fuerte. En Chile no lo es porque hay una gobernabilidad económica perfecta, aunque existe una pésima distribución de ingresos, ésta no tiene efectos políticos. En la actualidad, hay tal diversificación del capitalismo internacional que los márgenes de maniobra de los estados naciones han bajado

significativamente. Hoy estamos aprendiendo de una crisis que ninguno de los estados periféricos puede manejar, pero que tampoco los estados centrales. Un modelo cuya ideología se resquebraja en la mayor parte de los países, pero que tiene una sobrevida y es apoyado por el capitalismo internacional que todavía no se ha dado cuenta de que con este tipo de globalización se puede llegar a situaciones parecidas a la crisis del año 29, pero de otro modo: una secuencia de crisis catastróficas que se van desplazando de país en país.

Pablo Yankelevich: Con respecto a la naturalización del modelo en la gente, a mí me quedan algunos interrogantes. Por ejemplo, en la Argentina, con el tema de las privatizaciones, no entiendo cómo la gente se tragó el sapo de que este proceso iba a llevar al crecimiento. Cómo no se generaron políticas de resistencia mucho antes de que se llegara a la situación que se vive actualmente, como el caso de Aerolíneas. En Uruguay, en cambio, la gente votó y se resistió exitosamente a las privatizaciones. ¿Por qué en la Argentina no fue así? Ha sido una falta de sentido común increíble. En este sentido, creo que hay un proceso que es la absoluta licuación de identidad política de la Argentina, de absoluta pérdida de todos los referentes. Que Menem pensara en privatizar todo, tal cual lo privatizó, hubiese sido impensable en México. Si hablamos de la identidad del movimiento peronista, que es justamente esta centralidad del aparato estatal, me pregunto qué pasó.

Gerardo Caetano: En todos los plebiscitos que se hicieron en Uruguay sobre el Estado, siempre ganó el Estado. La ley de empresas públicas del '92 era una ley hipermoderada y, sin embargo, fue rechazada por el 72 por ciento del electorado. Para tratar de entender qué pasó en Argentina creo que un dato interesante es que en América Latina, en muchos de los países en que las propuestas de ajuste liberales más salvajes funcionaron, estaban hechas por movimientos populistas tradicionales que, además, fueron elegidos con otro mandato—como Perú o Argentina—. De hecho, en Uruguay, hay quienes dicen que esta resistencia persistente va a terminar cuando la izquierda sea gobierno porque en un primer momento la izquierda va a desarrollar un modelo que va a entrar en crisis y va a tener enfrentamientos muy grandes y, en este contexto, la izquierda es la única capaz de liderar un ajuste liberal duro que no sea resistido popularmente. Yo no estoy pronosticando que esto vaya a ocurrir así. Quiero decir que ya hay empresarios en el Uruguay que apuestan a ello. Y esto es una estampa de América Latina porque creo que el modelo ultra-liberal ha perdido legitimidad en las grandes masas latinoamericanas. Que ese sentido común imperante hace 10 ó 15 años se ha agrietado. En algunos casos más, en otros menos.

Tomás Moulián: En Chile, nada...

Gerardo Caetano: Pero en Uruguay sí, en Argentina mucho, en Brasil también, en Costa Rica... Es decir que hay un agotamiento visible del modelo. Por otra parte, veo un modelo que a nivel internacional no está funcionando. No corren buenos tiempos para el Fondo Monetario ni para el Banco Mundial, ↵

que reciben críticas muy fuertes, no sólo de los países más débiles. Ahora, el modelo tiene una sobrevida vinculada con otro tema: la falta de ideas efectivas y rigurosas del otro lado. Esto sucede justamente porque muchos gobiernos que surgen con el mandato de construir una alternativa, rápidamente ingresan en un desgobierno y en una incapacidad para administrar mínimamente cosas elementales, como el caso argentino, claro. Al gobierno de la Alianza, con De la Rúa, se le pedía poco. No se le pedía ni siquiera un cambio de modelo. Se le pedía menos corrupción, prolijidad, más políticas sociales y un modelo democrático. La disolución, en sólo dos años, fue impresionante. Duhalde, al asumir, dice: “Surjo porque el modelo se cayó y con el mandato de traer otro modelo”. A los diez días ya estaba diciendo que el problema no era el modelo, el problema es “más modelo”, es decir, que no se llevó el modelo hasta el final. Entonces, así se erosiona la legitimidad, se erosiona el pensamiento único —no sólo en América Latina, sino también en el mundo—; pero el modelo tiene una sobrevida porque faltan ideas nuevas, porque quienes deberían construir alternativas —y no sólo estoy pensando en los partidos de izquierda, sino también en los intelectuales y otros sectores— no están efectivamente construyéndolo. En lo que insistiría es en que no creo que esto pueda construirse desde los países en solitario. El Mercosur está en su peor momento. Uruguay sale a negociar por sí mismo acuerdos bilaterales con EEUU o México, cuando Brasil está peleando mercados en China y buscando una negociación diferente con EEUU...

Tomás Moulián: Lo que sucede es que la política de EE.UU. es no acceder a firmar con el Mercosur, ni propiciar este tipo de coaliciones: quiere firmar con países solos.

Gerardo Caetano: Pero la Unión Europea sí quiere. Y ¿cómo se ubica mejor América Latina en una lógica democrática? En un mundo multipolar, por lo cual tiene que buscar negociaciones inter-bloques.

—¿Cómo se inscriben en las democracias latinoamericanas las nuevas tendencias hacia la despolitización y, a la vez, a la fragmentación de los reclamos políticos?

Gerardo Caetano: Este es uno de los fenómenos que comienzan a perfilarse en América Latina. Es el auge de lo que podríamos llamar -aun con problemas- la “anti-política”; Es decir, un desencanto creciente en la ciudadanía con respecto a lo que la política pensada tradicionalmente, puede y debe hacer en nuestra sociedad. Una abdicación que, en algunos casos, lleva a un suicidio del Estado, una abdicación de las funciones clásicas de los parlamentos, un descaecimiento acelerado de los partidos. Hay un texto póstumo de Bourdieu que iba a leer en Porto Alegre que justamente denunciaba en América Latina “la política de la despolitización”. Nosotros hemos vivido en los últimos años esa política. Y sabemos que esta política de la despolitización debilita las construcciones democráticas. En cuanto a los fenómenos de micro-política que están surgiendo, muchas veces como fruto del desencanto y tienen en su seno

“Uno de los fenómenos que comienza a perfilarse en América Latina es el auge de lo que podríamos llamar —aun con problemas— la anti-política. Es decir, un desencanto creciente en la ciudadanía con respecto a lo que la política, pensada tradicionalmente, debe hacer en nuestra sociedad.”

elementos importantes, creo que por sí solos no son una respuesta pertinente y no tenemos que esperar a que llegue de allí una alternativa democratizadora para América Latina. Algunas veces, incluso, son manipulados para llevar adelante objetivos muy contrapuestos. No quiero con esto, desestimar esta experiencia. Por el contrario, creo que hay allí elementos nuevos que tienen que ser resignificados en una lógica de reforzamiento de la democracia. Pero creo que por sí solos no dan respuestas, que deben ser complementados con una reconstrucción institucional. No me imagino una democracia sin partidos, ni sin un parlamento sólido. No hablemos para toda América Latina; hay situaciones distintas y los casos nacionales efectivamente marcan matices, pero hay una problemática general para América Latina que es la crisis de la política tradicional, hay experiencias de micropolítica desde donde no creo que puedan surgir modelos democráticos alternativos. Sí pueden surgir elementos muy importantes que, sumados a una reinención institucional más tradicional, se hagan cargo de nuevos partidos, de regulaciones anti-corrupción, de reformas del Estado que no abduquen de él sino que lo legitimen.

Tomás Moulián: Hoy, en Chile, es muy poco lo que se puede hacer en el espacio del Estado. Pero las posibilidades están en ese otro espacio de la política que es la política desde la sociedad, la micro-política, los experimentos, las nuevas formas de crear... En fin, lo que podríamos llamar “la resistencia”, diferenciándola de la oposición, y que es la posibilidad de crear en un escenario empantanado —desde el punto de vista de los cambios políticos desde el Estado— dando posibilidades a las políticas de base que vayan transformando la vida cotidiana, donde uno pone entre paréntesis la posibilidad de conseguir poder en el Estado y vuelque sus esfuerzos —mucho menos épicos y visibles, pero más jugosos— de hacer política desde la base. En Argentina, por ejemplo, que el trueque se haya generalizado es un dato significativo como resistencia. Tengo la visión de una travesía muy difícil donde hay que redefinir la política para conseguir mayor rendimiento en el trabajo político de la base. Obviamente que la pura micropolítica sólo genera cambios a muy largo plazo cuando se dan escenarios de articulación. Es por eso que habría que apuntar a estas políticas de rearticulación de los sistemas políticos latinoamericanos. Porque no hay democracia sin partidos, pero los partidos tienen que tomar nuevas formas para poder asumir

la crisis de legitimidad que han cargado sobre sus espaldas. —¿Existe hoy una tensión entre los nuevos movimientos de resistencia y la oposición política tradicional? ¿Qué fenómenos se dan en este proceso en que la resistencia ocupa espacios que han sido dejados de lado por la oposición política?

Tomás Moulián: En algunos países sí y en otros no. La experiencia de Brasil, por ejemplo, es totalmente diferente a la de Chile. El Partido de los Trabajadores brasileño tiene de todo en su interior, hasta una centro-derecha, y sigue siendo alternativa de poder y hay por lo tanto una política anti-neoliberal que hace una presión muy fuerte en el Estado. En Chile, en cambio, no la hay. Entonces, habría que llegar a que la hubiera y ésa es la política de la oposición, a la que yo distingo de la política de la resistencia. En Chile, un reordenamiento del mapa político que signifique que la derecha gobierne, va a producir un reforzamiento de una izquierda que hoy está en posiciones de centro-derecha, hacia lugares de oposición y va a generar la posibilidad de articularla. Pero es allí donde se puede generar un espacio de lucha clara, entre políticas de resistencia y oposición. Porque hoy existe un Partido Socialista que está en el gobierno de Lago y que no puede hacer aprobar ni siquiera una reforma tibia del programa de salud, o de la educación superior que en Chile es toda arancelada en cantidades que llegan a los 300 dólares por mes en universidades públicas.

Pablo Yankelevich: No creo que lo mejor que le pudiera pasar a la izquierda chilena sería ser oposición por un rato, porque no me parece que haya que bajarse del poder y pasarse a la oposición como única forma desde donde generar imaginación. El lugar de la oposición es uno de los lugares más cómodos. Así se vio en México, donde sí hay un experto en oposición, ése es Cárdenas... hasta que llegó al gobierno. Por otra parte, el zapatismo como oposición no ha alcanzado una dimensión nacional, ha sensibilizado y demás, pero sigue estando enclaustrado en una región. El propio problema de la Ley Indígena, finalmente aprobada, tiene que ver precisamente con esta heterogeneidad de reivindicaciones indígenas que no son contenidas por el zapatismo. La película se está dirimiendo en los espacios tradicionales; pero tomando hechos y modos absolutamente novedosos para la política mexicana.

Tomás Moulián: Lo que opino de la izquierda chilena es porque creo que, en Chile, la Concertación es experta en gobernar, pero no experta en lograr cambios y esto deteriora la reserva moral que tenía tradicionalmente la Concertación. En este momento, hay un drama para la izquierda-izquierda que no logra encarnar el cambio porque nadie la escucha. Entonces, ¿dónde ve la gente la posibilidad de un cambio?: en la derecha. Y éste no es un proceso que uno desea, pero todo indica que va a venir de todos modos. Ahí se va a reproducir un reordenamiento político que genere una izquierda en la oposición. La izquierda chilena está acostumbrada a gobernar y resuelve un problema: garantiza un mínimo de democracia, con todos los defectos que tiene la democracia chilena. Igual-

mente, es una coalición que no ha sido capaz de avanzar en respuestas que desarticulen el modelo neoliberal en forma gradual y teniendo en cuenta el neoliberalismo tan profundo que existe en Chile. Entonces, hoy sucede que el imaginario de cambio de la gente está encarnado por la derecha que crece en los sectores populares más pobres. Y el resultado inesperado del triunfo de la derecha en Chile puede ser un enriquecimiento de la izquierda que hoy día está en la Concertación. Es decir, una recuperación de la vocación política, una discusión seria sobre lo que se plantea la sociedad chilena, la discusión de esta idea que hoy es feroz en Chile y que dice que la política tiene que ser técnica, como si decidir comprar aviones fuera una decisión técnica; cuando en verdad decidir comprar aviones es decidir gastar menos en salud. Esa idea que hay en Chile, que tienen que primar en las decisiones políticas los criterios técnicos, atenta contra la democracia.

Gerardo Caetano: En América Latina, hemos sido ganados muchas veces por el cortoplacismo, muy típico de las políticas liberales, pero también de las políticas de la despolitización. Una fuerza progresista que quiere contrarrestar la tendencia negativa tiene que pensar muy responsablemente. El Frente Amplio, en el Uruguay, en la última elección tuvo un 40 por ciento de votos. Es decir, es la primera fuerza política del país y hoy tiene una capacidad de veto sobre cualquier iniciativa privatizadora. Las encuestas de opinión, en el marco de un descaecimiento muy fuerte del gobierno actual, lleva al Frente a una situación de poder pelear en ballottage la obtención del gobierno. Sin embargo, hoy no tiene una real alternativa de gobierno, no tiene un gabinete en las sombras. Sigue vinculado a una lógica de resistencia que, en algunos aspectos es bueno, pero que no basta, teniendo en cuenta que está en el umbral de un posible ejercicio del gobierno. Entonces, debe construir nuevas ideas porque va a llegar al poder y, tras el momento épico y la euforia, llegará una enorme desilusión. Y la política democrática sufre mucho con las desilusiones, aún más cuando las desilusiones se suman, como sucede en Argentina, donde todos los que han tenido el ejercicio del gobierno han desilusionado. Eso es muy grave para un país porque la rotación es la vida de la democracia.

—¿Los movimientos antiglobalización y los foros sociales no se visualizan como una opción donde la resistencia pueda articularse hacia una oposición?

Tomás Moulián: Yo creo que son movimientos de protesta y resistencia y que con eso no alcanza.

Gerardo Caetano: Estoy de acuerdo. Esto debe ser el germen de otra cosa, no se debe quedar en la pura lógica de la resistencia. Yo no creo en ese después del “que se vayan todos”. Desconfío de lo que viene después. Creo que es un grito legítimo de desencanto frente a una estafa continuada, pero el después no es el vacío porque siempre hay alguien que viene a ocupar ese vacío. Y por experiencia sabemos que son autoritarios. ■

Cómo la historia marca el espacio urbano

Las ciudades y el olvido

¿De qué forma la última dictadura argentina y la lucha de los organismos de Derechos Humanos quedó inscripta en el espacio público? La autora de este ensayo señala que en la Argentina, existe una deuda de las ciudades con sus muertos. Tal es así que hay escasos rastros de la violencia política de los años 70. Analiza el caso del Parque de la Memoria de Buenos Aires.

por Estela Schindel

fotos Ana Paula Far Puharre, Alejo Garganta Bermúdez, Alfredo Srur y Sergio Pirola, de la muestra "Paisajes de la memoria".



Banco de física. Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de La Plata.

Las ciudades humanas están hechas de olvido y sólo una memoria alerta y respetuosa puede conjurar las capas de indolencia que los años y las guerras depositan sobre ellas. Un cuento breve de Cristina Peri Rossi señala esa verdad y presenta a un centinela imaginario que atesora los despojos de un antiguo combate —un fusil oxidado, la quijada de un muerto— y custodia en solitario el predio donde la batalla ha tenido lugar. Al modo de esos guerreros japoneses que nunca se rindieron y décadas más tarde seguían en las selvas combatiendo todavía la Segunda Guerra Mundial, el vigía del relato asume una causa largamente perdida: sabe que el terreno que cuida será apropiado y reconvertido un día. Ve a lo lejos a los transeúntes acudir a los centros de compras, indolentes, pero continúa con su tarea. El centinela, concluye el relato, “no confía en la memoria de los vivos y sabe que los museos están vacíos”.

El cuento de la autora uruguaya puede leerse como una reflexión acerca de la memoria del horror en las sociedades latinoamericanas posdictatoriales y como una forma de entender las claves que anudan pasado y paisaje. Alude a la correspondencia íntima que existe entre la historia de un pueblo y su inscripción en el espacio, a los modos en que el texto urbano interpela a los paseantes y a la disposición de éstos a dejarse conmover por él. Hecho humano y cultural, el paisaje —o país sabio, pays sage— es también expresión del sistema de valores dominante en una sociedad. Si, como escribe Bronislaw Baczko, “entre otras cosas, toda ciudad es una proyección de los imaginarios sociales sobre el espacio”, en la topografía urbana puede leerse, como en un texto, la historia e identidad que dan forma a una nación. Quien perciba, junto a Borges, que la ciudad “es como un plano de mis humillaciones y fracasos” hallará más difícil reconstruir el mapa social de esa emoción, puesto que: ¿Cómo se inscribe el sufrimiento en plural en las ciudades? ¿Cómo se recuerda colectivamente el dolor? ¿Qué hacen los pueblos con su historia y cómo queda escrita ésta en la piel de la ciudad?

Las transformaciones culturales y técnicas operadas en las grandes urbes que privilegian el tránsito fluido y privatizan el terreno común, reducen el margen que las ciudades de hoy ofrecen para una relación sensible y comprometida del espacio: ámbitos anónimos para el tránsito rápido donde es difícil reconocer las huellas de la historia. El espacio como función del tiempo, distancia a ser sorteada velozmente y no ya terreno abierto a la aventura, el encuentro o el recuerdo del dolor. Como escribe Richard Sennett, “una experiencia sensible y comprometida de la ciudad, abierta a la memoria, es opuesta al mandato de la circulación”.

En Argentina, donde una tradición de ocupación política del espacio público había dado lugar en décadas anteriores a una concepción casi teatral de la ciudad como escenario de la política, la dictadura militar primero y la administración menemista después promovieron transformaciones que llevaron a

una creciente privatización del espacio público y a una pérdida de los referentes identificatorios en él. Entre la proliferación de centros comerciales privados, el retraimiento del centro hacia los barrios y las modificaciones en las costumbres impuestas por décadas de recesión económica, apenas queda espacio para preguntar por la deuda que las ciudades aún mantienen con sus muertos, los desaparecidos y su martirio carente de anclaje material. En la cartografía de Buenos Aires, veinte años más tarde, resulta casi imposible reconstruir el drama de la violencia política de la década del '70.

Bajo el asfalto, la sangre

¿Qué huellas deja la represión clandestina en la ciudad? La respuesta es esquiva si se recuerda que, justamente, el rasgo propio del régimen de desaparición de personas en Argentina fue su calidad solapada, nocturna, ilegal. A diferencia del caso chileno, donde el Estadio Nacional de Santiago daba localización geográfica y simbólica central a la masacre, o de la práctica de confinar a los grupos excluidos o perseguidos en ghettos, como bajo el régimen nacionalsocialista alemán o en la Sudáfrica del Apartheid, la dictadura argentina definió a su “enemigo interno” como un mal difuso y ubicuo, de localización incierta, que por lo tanto debía ser identificado secretamente entre la población. Mal metafísico y pregnante, su extirpación debía ser encomendada al especialista paramilitar, un “técnico” amparado en la impunidad del estado de sitio y una supuesta “expertise” que justificaría las acciones clandestinas. El régimen de desaparición distó así tanto de las convenciones que pautan toda guerra abierta como de la aplicación de castigos ejemplares para espectáculo y escarnio público durante las sociedades de soberanía que describiera Michel Foucault. Se trató en cambio de operaciones solapadas, aun si ocurren a pleno día y ante testigos; intervenciones arbitrarias, irrupciones brutales en la cadencia urbana que obturan toda posibilidad de organizarse en una narración lógica que le confiera sentido.

Entre otros efectos, esta forma represiva tiene como consecuencia el no dejar huellas visibles en la ciudad. Como la picana eléctrica, que empleada con pericia no deja marcas en la víctima, la desaparición no debía producir huellas en la piel de la ciudad. Centros de detención y tortura disimulados en la topografía cotidiana, vecinos que oyen gritos pero quedan paralizados por el miedo, una muerte aséptica y sin cadáveres que apenas deja entrever la aplicación de la violencia. ¿Qué huellas dejaría semejante régimen de terror? En una esquina del barrio porteño de Barracas los vecinos escuchan cada año, hacia fines de marzo, el eco de un grito idéntico al que se oyó una noche de ese mes en 1978, cuando secuestraron allí a un muchacho sin que nadie se asomara a mirar. Al acercarse el aniversario, el fantasma del alarido regresa, al modo de las almas en pena, a una ciudad acosada por espectros, que son las ánimas de los muertos y en los vivos la mala conciencia o el dolor. Como ese grito, hay

una presencia latente, un trauma irresuelto, incorporado a la geografía de Buenos Aires y la posibilidad de percibirla yace en la conciencia de sus habitantes. La cáscara urbana supo ensordecir estos llamados con sus corazas de aluminio y betón y erigió desde entonces nuevos rascacielos. El legado de la dictadura en el paisaje se plasmó en autopistas, estadios de fútbol, plazas de cemento: una caparazón dura sobre la carne de la ciudad. Un espacio público reducido para una sociedad atomizada: viviendas demolidas para trazar vías de circulación rápida y parques sin verde, cruzados por desniveles y sembrados de hormigón, para desalentar al paseante y prevenir la movilización.

¿Cuánto cambió Buenos Aires desde entonces? Las continuidades sutiles revelan más que las rupturas notorias y se adivinan en forma inquietante y secreta. A diferencia de esas fotos de las ciudades europeas de posguerra destruidas por las bombas, donde las ruinas dan cuenta del desastre pero también de su final, no hay nada en la Buenos Aires de hoy que permita pensarla muy distinta a aquella que amparó el terror. Como para asegurar la neutralización de todo recuerdo y todo símbolo, la voluntad de borrar las huellas del crimen se consumó en la práctica extrema de arrojar los prisioneros al río, licuación literal de la oposición, disolución del “enemigo” en ese símbolo ambiguo de la identidad colectiva que es, desde entonces, el Río de la Plata.

La memoria confinada

La construcción en la costanera norte, junto al río, de un “Parque de la Memoria” en recuerdo de los desaparecidos invita a reflexionar sobre los usos e inscripciones de la memoria en el paisaje urbano. Impulsado por varios organismos de derechos humanos y sectores del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, el proyecto responde tanto a la necesidad privada de los familiares de poseer un sitio donde rendir homenaje a los muertos sin tumba, como al interés público de establecer un recuerdo institucional. Aunque hay mojones aislados de memoria pública en puntos diversos de la capital y las provincias, el Parque se concibe como un homenaje centralizado donde por primera vez se expongan los nombres de los “desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado entre 1970 y 1983”. La propuesta arquitectónica elegida contempla un paseo público con una colina artificial y una gran grieta abierta en forma de zigzag, entre el camino de acceso y el río, bordeada por murales de granito negro sobre los que se inscribirán los nombres de las víctimas. En un segundo concurso se convocó a artistas que diseñaran esculturas para el Parque, entre las que se seleccionaron catorce que ya se han comenzado a construir.

Más allá de las diferencias en los aspectos políticos e institucionales del proyecto —como la efectivamente paradójica participación del Estado— que enfrentaron a los organizadores del Parque con el ala más intransigente del movimiento de derechos humanos, otras dificultades surgidas durante

su ejecución atañen a la complejidad que entraña la desaparición, esquivar a la hora de asimilarse a formas convencionales de recordación. Aunque el grupo impulsor del proyecto, reunido en la Comisión Pro Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, declaró la intención de mantener la especificidad de la figura del desaparecido, de no clausurar su condición abierta e irresuelta, y pidió expresamente que la hendidura que atraviesa el parque se asemeje a una “herida abierta” y no a una “cicatriz”, una serie de complicaciones técnicas informan sobre la dificultad de administrar públicamente su recuerdo y encontrar un consenso mínimo acerca de la definición de las víctimas. ¿Quién es exactamente un desaparecido? ¿Cómo considerar a las víctimas del terrorismo estatal cuyos cadáveres fueron encontrados? ¿Y cómo incluir a los asesinados por el Estado antes de la dictadura militar? La Comisión Pro Monumento resolvió emplear a un especialista que se ocupa de confeccionar y “depurar” las listas existentes y dejar sitio para agregar nombres que se agreguen en el futuro, reconociendo la paradoja de erigir un monumento a víctimas cuyo número y condición no está confirmada, y continuar mientras definiendo el objeto mismo que se pretende homenajear.

Estos percances técnicos muestran en última instancia el absurdo que amenaza a todo monumento, en su afán definitivo y postrer. ¿Cómo plasmar en la contundencia del mármol una historia que aún sigue escribiéndose? ¿Y cómo no reconocer a la vez la legitimidad del reclamo de quienes, a un cuarto de siglo de los hechos, aspiran al módico consuelo de una tumba, un memorial?

Los monumentos, explica James Young, tienen algo categórico, unívoco, casi autoritario y por eso paradójico —además de ineficaz— a la hora de postularse como señales en contra de regímenes que ostentaron esos mismos rasgos. Por eso, agrega, surgen formas memoriales alternativas, que en el caso del holocausto encarnan en lo que él llama “anti-monumento”: obras que antes que representar dan cuenta de la imposibilidad de hacerlo, propuestas abiertas que explicitan el vacío y no objetos definitivos que lo sellan. La tragedia argentina de los desaparecidos también supone un desafío a las formas conocidas de monumentalización de la memoria y postula la necesidad de hallar nuevos lenguajes, de imaginar quizás obras más dinámicas, menos rígidas y permanentes, que remitan al núcleo irreductible de la pregunta: ¿cómo se recuerda a un desaparecido?.

Escultura y memoria

Las respuestas a esta pregunta que se desprenden de las propuestas escultóricas para el Parque de la Memoria hablan tanto de la enorme necesidad de hallar lenguajes para comunicar ese dolor como de la precariedad estética de esa búsqueda; como si la tragedia aún doliera demasiado como para poder ser representada y abstraída. Algunas obras evidencian desinteligencias o malentendidos con el llamado a concurso y repi-



Interior de la casa Nono Lizaso. En Munro, funcionó como sede de la Juventud peronista y fue cerrada en el '76.

ten propuestas ya contempladas en el diseño del Parque, como construcciones y muros donde inscribir nombres, y en general exponen una pluralidad de interpretaciones, también acerca de quiénes y cómo deben ser homenajeados en el Parque. Hay dedicatorias tanto a los desaparecidos como a los exiliados, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo o los niños nacidos en cautiverio; las propuestas que contemplan la inscripción de nombres o la inclusión alegórica de cifras demuestran otra vez la multiplicidad de lecturas y fijan la cantidad de desaparecidos ya en 9.000, en 20.000 o en 30.000.

Mientras las propuestas llegadas del extranjero tienden a ideas más abstractas y generales sobre temas como la libertad, la memoria y la justicia, en muchas esculturas de argentinos se percibe una falta de mediación entre la emoción y su puesta en volumen. Obras que tienden a valorizar la espontaneidad del sentimiento por sobre la rigurosidad técnica y conceptual, lo cual antes que el juicio estético merece la reflexión acerca de la dimensión del daño inflingido a la sociedad y la dificultad de los artistas de dar expresión a semejante monto de indignación y dolor. Esto se lee también en las memorias descriptivas que acompañan las propuestas, donde numerosos artistas comentan su trabajo aludiendo a sus historias privadas, en una primera persona que dice menos sobre la escultura que debería explicar que sobre la necesidad de catarsis de los individuos que la crearon. Otros proyectos adoptan posiciones enfáticas y declamativas, en una fuerte tendencia

asertiva, verbal. Se hace evidente en el texto lo que la pieza artística debería sugerir, dando lugar a una sobreabundancia de inscripciones y mensajes y aun a la mera corporeización de textos, en ingenua literalidad, como la misma puesta en volumen de la palabra “memoria”.

Los motivos más frecuentes en las esculturas propuestas son reproducciones de figuras o siluetas humanas. Cuerpos, enteros o mutilados, en actitud de retorcerse, emerger de ruinas, flotar, proyectarse hacia arriba; desgarrados, flotantes, suplicados o en torsión: un figurativismo crispado como si hubiera una urgencia inagotable por dar cuerpo a esas ausencias, por reproducir plásticamente lo irrepresentable del horror. Otras tantas esculturas evocan cadenas, celdas, rejas, formas que recrean de modo previsible la tensión entre libertad y encierro. Puertas, ventanas, manos y puentes se repiten asimismo en permanente gesto de reencontro, de conexión entre dos mundos o dos condiciones, de reunión en un punto entre la vida y la muerte. Hay numerosos volúmenes con aires clásicos, columnas, pirámides, cubos y esferas; muchas obras incluyen de algún modo luces, llamas, juegos de agua, reflejos o espejos —“para indicar que cada uno de nosotros pudo ser también uno de ellos”— y otros rasgos que interpelan o incorporan la naturaleza del lugar en forma de árboles o efectos sonoros causados por el viento. Numerosos proyectos componen formas múltiples, elementos que se repiten, destacando no sólo la condi-

ción plural de los desaparecidos sino también los valores sociales colectivos que encarnaron. La mayoría de las obras de artistas argentinos, además, involucran de algún modo al río cercano, y explicitan la relación con él.

Mientras numerosas propuestas tienden a la grandilocuencia, el recurso a motivos previsibles o alegorías torpes, ganan aquellas donde el gesto rotundo y la ansiedad declamativa ceden espacio al recogimiento o la contemplación silenciosa, al homenaje sobrio, abierto al misterio. Es el efecto que logra la propuesta de una huella de luz que continúa sobre el río la línea del camino donde se inscribirían los nombres y forma con boyas luminosas una cruz, repitiendo sobre el agua la forma celeste de la cruz del sur. Así, la tumba imposible no es restituida sino señalada en silencio y el símbolo religioso se aúna con un fuerte signo de identidad compartida como la constelación austral. "Pensamos en una brújula disponible en la noche de nuestro hemisferio", dicen sus autores, que como otros artistas cuyas propuestas remedan la aguja imantada, los puntos cardinales o relojes de sol aluden a un tiempo de desorientación política y moral.

Un amparo en el seno de la nación

Dos motivos se repiten con elocuente insistencia en las esculturas presentadas al concurso: vientres maternos y casas. Son sorprendentemente numerosas las figuras de madres embarazadas o parturientas, con los vientres ahuecados o vacíos, en gesto de protección, despojo o desesperación. También variaciones sobre el motivo de la "Pietà" y hasta puestas en volumen de úteros y nacimientos. Alusiones quizás imprescindibles a las dos formas en que la maternidad cobró un valor especial en la tragedia de los desaparecidos: la lucha de las madres de desaparecidos y el robo de hijos de desaparecidos dados en adopción a familias ajenas. Estas referencias son evidentes y acaso ineludibles en la evocación de los crímenes de la dictadura. Sin embargo, puede conjeturarse que hay algo más en esa insistencia en el vientre y la casa, del orden del deseo primario, casi infantil, de albergar y contención. Las propuestas con forma de casas, habitaciones o recintos son múltiples y están sobrerrepresentadas entre los proyectos ganadores. Como si esta figura recurrente, que invoca también una canción reciente del rockero Fito Páez ("Argentina/la casa desaparecida") hablara por la añoranza del amparo que el Estado aún niega a sus ciudadanos, el cobijo que debe a los desaparecidos —y a los vivos— en el seno de lo nacional. En el extremo, la asociación hogar-madre-útero convierte a las figuras maternas en nuevas expresiones del ansia de protección y pertenencia, donde la figura femenina es madre/patria que reúne y protege a sus hijos/ciudadanos. Si el Estado, devenido terrorista, no veló por sus hijos sino que los aniquiló, una "madre" absoluta debiera reparar el daño y restaurar ese vínculo quebrado. El reclamo por la memoria de los desaparecidos, es también uno por el cobijo de su destino al

amparo de lo nacional.

La política de desaparición lo fue también de exclusión, de ruptura: un método represivo destinado a inhibir, reprimir o quebrar lazos sociales e interrumpir la transmisión de una memoria y cultura políticas. El régimen desaparecedor se propuso dejar a los desaparecidos por fuera del relato de la nación destruyendo sus vidas y apostando a la imposibilidad del recuerdo por la ausencia de cadáver: excluidos de los sistemas culturales de inscripción de la muerte los desaparecidos lo serían también de la conciencia colectiva. La voluntad disruptiva del proceso militar, sin embargo, produjo efectos paradójicos. Los desaparecidos se constituyen hoy, lejos de aquella intención, como un dato central de la identidad colectiva argentina, reintegrados a la visibilidad y el debate públicos y objeto de una considerable producción artística e intelectual. Lo que resultó "excluido", como efecto no deseado de la dictadura militar, fue la conciencia misma de nación, que la herencia de la dictadura obligó a revisar. Un malestar aún no curado aqueja desde entonces la relación de los argentinos con sus "símbolos patrios", íconos ambiguos de pertenencia y terror. Los desaparecidos regresan de la noche y niebla genocida y ocupan el ágora iluminado de la plaza, pero ya no hay un imaginario compartido al que puedan integrarse. Lo excluido regresa con la fuerza del trauma, pero la nación de la que surgieron es ahora el lugar de una pregunta abierta, de una herida que habita donde antes era posible imaginar una identidad nacional.

Icono y símbolo en la memoria de los desaparecidos

Ante los efectos destructivos del dolor y su resistencia intrínseca al lenguaje, afirma Elaine Scarry, la imaginación y la creación, que habilitan un "reenvío" simbólico a un objeto del mundo visible, adquieren consecuencias políticas y morales. Si el dolor es un momento previo al lenguaje, a la capacidad de simbolización y objetivación; es tarea de la cultura dar un marco de comprensión simbólica que imagine y reponga el lenguaje que el dolor destruye. Esta dificultad de objetivar y nombrar el dolor se amplifica por los rasgos siniestros, extraños a la civilización, propios de la desaparición. Las acciones de resistencia y memoria del movimiento de derechos humanos, sin embargo, fueron dando lugar a nuevos modos de representación a la medida de la especificidad de esa figura. Así como se habla de "antimonumento" como una respuesta de artistas alemanes a la especificidad del recuerdo del Holocausto, éstas son las creaciones que la sociedad argentina se fue dando para elaborar el trauma de los desaparecidos. Memoriales activos o rituales colectivos, las rondas de las Madres de Plaza de Mayo, como los "escraches", son documentos vivos que hablan de un estado de alerta en la memoria y a la vez generaron sus propios lenguajes. Una rica producción simbólica fue pautando y ritualizando la evocación de los ausentes y creando modos alternativos de honrar su



Mural del Hospital Posadas que recuerda el pasado. En el lugar funcionó un Centro Clandestino de Detención.

memoria. Hubo obras de artistas plásticos y eventos impulsados por esas organizaciones que abordaron el tema de la desaparición "materializando" esas faltas por medios plásticos. Pero sobre todo, hubo una creatividad espontánea en las agrupaciones de derechos humanos, que nació orientada por las necesidades concretas de la práctica, como los pañuelos blancos de las Madres, empleados originalmente para reconocerse entre ellas, o las rondas alrededor de la pirámide, surgidas de la orden policial "Circulen", que hoy establecen una tensión curiosa con las formas que en el Parque se quieren monumentalizar. Muchas obras propuestas para el Parque repiten, homenajean o remedan esos símbolos, en un gesto que los realza y a la vez los saca de contexto, petrificados, dando por sedimentada una práctica viva y neutralizando acaso su potencial político, puesto que esos símbolos no surgieron de un gesto exterior o posterior ni de la voluntad de operar políticamente a conciencia, sino de la urgencia de la acción. Las referencias a estos símbolos en las esculturas generan un efecto curioso, al superponerse con el uso continuado de esos elementos en la vida política. Hay artistas que proponen reconstruir una plaza con los pañuelos blancos impresos sobre ella, mientras en la Plaza de Mayo esos pañuelos están pintados en el piso y siguen vivos en las marchas que las Madres realizan cada jueves. Hay esculturas que reproducen los avisos recordatorios de desapareci-

dos que publica el diario *Página/12*, pequeños obituarios que conmemoran sus fechas de cumpleaños o secuestro y se instituyeron entre los familiares como efímeras pero eficaces "tumbas de papel". Otras obras del concurso citan el "siluetazo", que en los primeros años de democracia cubrió las paredes de la ciudad con siluetas de hombres y mujeres con nombres de desaparecidos e inscribía así literalmente sobre el paisaje urbano las presencias fantasmales de los ausentes. La presencia de estos íconos, transplantados al Parque como flores raras y fuera de su contexto original, difícilmente logrará la eficacia e impacto que la práctica otorga al símbolo original. Al mismo tiempo, es expresión de su sedimentación e incorporación de estos íconos al patrimonio colectivo; la ampliación de la base social del movimiento de derechos humanos y la creciente asunción de su agenda por otros actores políticos informan sobre la extensión de su herencia a sectores cada vez más amplios de la población, que aspiran legítimamente a hacerse cargo del tema y a apropiarse de los lenguajes y signos que lo nombran. Se trata en parte un proceso generacional, en el que los hijos de desaparecidos se integran al movimiento aportando su propia creatividad y rasgos característicos de la cultura juvenil.

Para una topografía cotidiana de la memoria

Uno de los motivos más conmovedores en el concurso

de esculturas, recurrente en muchas propuestas de artistas argentinos, es el tema del abrazo, la reunión, la voluntad de "no dejar solos" a los desaparecidos, la insistencia en reintegrarlos en el tejido social. Pero ¿cómo evitar que ese abrazo a los desaparecidos que también quiere ser el Parque produzca un efecto "ortopédico", exterior? ¿En qué consistiría, efectivamente, reponer la presencia de los desaparecidos en la trama urbana? ¿Representar repetidas veces un abrazo es abrazar? ¿El gesto de "reunir" a los ausentes no sería contradictorio con la confinación de la memoria en una esquina apartada de la ciudad? Devenido lugar de esparcimiento o visita instructiva, desvinculado de la vivencia cotidiana de la ciudad, el Parque invitaría a una actitud anecdótica y circunstancial con la memoria, relegada a un "parque temático" confortablemente lejano. Por decisión oficial, el Parque de la Memoria fue integrado a otros planes previos de memoriales, en una decisión que se ha criticado por "superponer memorias diversas de manera aleatoria, como si se quisiera arrumbar en un apéndice de la ciudad las diferentes tragedias que hablan tan dolorosamente de nuestra propia sociedad". La decisión reproduciría así en el mapa urbano la tendencia, que señaló Zygmunt Bauman para el caso del Holocausto, a enfatizar la condición excepcional del hecho que se quiere conmemorar, su calidad extrema y accidental, que impide verlo como parte y producto de la sociedad —de la ciudad— en que tuvo lugar. Como en el debate alemán por el Mahnmal, se plantea a la vez la tensión entre la construcción de un sitio privilegiado para el recuerdo mientras existen los lugares reales de la memoria, donde sucedió el horror, que en Argentina se encuentran esparcidos y disimulados por todo el territorio. Pero a diferencia del monumento berlinés, las esculturas no se hallan cerca del corazón político de la ciudad o de sitios de tránsito habituales.

El sentido que adquirirá el Parque de la Memoria, se ha dicho, será el que le confiera la población en la relación que entable con él y esos usos dirán si se limita a un apéndice memorístico escindido de la ciudad o si brinda un marco eficaz a los trabajos de memoria. Podría imaginarse, por ejemplo, la inmediata presencia de flores y velas en el lugar, parte a su vez de una tradición de homenajes espontáneos, como el que a pocos meses de sucedido el hecho ya se levanta en la esquina céntrica de Buenos Aires donde cayó uno de los muertos por la represión policial de diciembre del 2001. Como las revueltas durante las que el hecho tuvo lugar, el gesto habla de una voluntad de recuperación del espacio público que demuestra un ejercicio de la memoria alerta y constante. Nuevos y mejores dispositivos de homenaje resultarían inocuos si no se acompañan de una experiencia sensible y cotidiana del recuerdo.

Acaso la memoria, antes que afincarse en espacios memoriales prefijados, viva en la decisión de registrar las huellas del pasado en el paisaje urbano; de ser todos centinelas, alertas a los ecos del dolor. Por eso, una de las propuestas más emotivas entre los varios centenares de esculturas, aunque no aluda

"Si el dolor es un momento previo al lenguaje, a la capacidad de simbolización y objetivación; es tarea de la cultura dar un marco de comprensión simbólica que reponga el lenguaje que el dolor destruye."

figurativamente al encierro o la tortura, aunque no reproduzca ninguno de los símbolos ya reconocidos que hablan de los desaparecidos y aunque haya sido ignorada por el jurado, es una obra que reproduce unas baldosas de barrio reconociblemente porteñas y sobre ellas la huella de la planta desnuda de un pie. Sin estridencias ni alegorías grandilocuentes, sin simbologías ni mensajes evidentes, la propuesta alude al encallamiento voluntario de tantos ciudadanos y recuerda la escala humana de la percepción. Si la ciudad, como enseñó Martínez Estrada, se percibe a través de los sentidos y al tacto de la misma se llega por el pie, esa piel conecta con el fondo de humanidad que las baldosas sepultan y esa sensibilidad, bien entrenada, remite a la obligación de los hombres entre sí; en esa piel desnuda se expone la vulnerabilidad y el mandato ético recíproco que impone la condición humana. El filósofo Emmanuel Levinas ubica esa obligación primordial en la presencia del rostro, "su exposición derecha, sin defensa... la piel", pero la metonimia nos permite reconocerla en esa huella de pie, que señala así la dimensión humana del sufrimiento y nos recuerda nuestra consiguiente responsabilidad. ■

Estela Schindel es profesora de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales, de la UBA. Desde 1999, realiza su doctorado en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín sobre la representación y la memoria de los desaparecidos.

1. "El centinela". En Cosmoagónias, Editorial Laia, Barcelona, 1988.

2. La expresión es empleada por el arquitecto Rodolfo Livingston.

3. Baczkó 1991: 31

4. Ver Sennett 1997. Marc Augé emplea la expresión "*no-lugares*" para nombrar los sitios anónimos de circulación o paso con los que es difícil crear una relación afectiva o reconocer la historia (Los "*no lugares*". Gedisa, Barcelona, 1993). Paul Virilio también se refiere a la degradación de la experiencia del espacio por la cultura de la velocidad. Ver por ejemplo *La velocidad de liberación*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1997.

5. Una de las obras presentadas al concurso para un Monumento a los judíos asesinados de Europa, o Mahnmal, a construirse en Berlín, lleva hasta el extremo esta contradicción y propone que en lugar de erigir un monumento se consagre como tal a un tramo de la autopista circular que recorre la ciudad. Este sector estaría empedrado obligando a los automovilistas a reducir la marcha y confrontarse así con una experiencia directa de la memoria.

6. Según el testimonio de un vecino: "Fue desgarrador, un grito atroz, interminable. Pero no se asomó nadie. Yo tampoco, y me arrepiento". La leyenda es referida en el artículo "Misteriosa Buenos Aires" publicado en la revista VIVA del diario Clarín el 26/4/1998 e interesa menos por su eventual veracidad que por su calidad de síntoma, de malestar. Expresa al mismo tiempo

cómo la tragedia de los desaparecidos ingresa lentamente al fondo de leyendas y rumores populares.

7. Por ejemplo, la llamada "Casa de los ciegos" en Rosario y la ex Mansión Seré, convertida ahora en una "Casa de la Memoria y de la Vida", o las placas y carteles con nombres de desaparecidos que pueden verse en facultades, colegios y sindicatos. Una plaza de Buenos Aires lleva el nombre del escritor desaparecido Rodolfo Walsh y una calle del nuevo barrio de Puerto Madero, junto al río, el de Azucena Villaflor de Devicenzi, fundadora de Madres de Plaza de Mayo y desaparecida ella también.

8. Andreas Huyssen relaciona la línea en zigzag de la "herida" que comunica a la colina con la orilla del río con la forma del Museo Judío de Berlín, de Daniel Libeskind y a sus muros para inscribir los nombres con el Veterans Vietnam Memorial de Washington. Este autor interpreta al parque como una variante local de la tendencia a espectacularizar o monumentalizar la memoria en todo el mundo. Ver Huyssen 2000.

9. Hebe de Bonafini, de Asociación Madres de Plaza de Mayo, lleva hasta el extremo una concepción absoluta, casi iconoclasta del desaparecido y repudia cualquier intento de homenaje que remede rituales funerarios o mortuorios: un desaparecido no es, no será nunca un "muerto" y el único homenaje válido consistiría en mantenerlos por siempre en esa condición. Según ella, gestos como los que propicia el Parque equivaldrían a "la muerte": "Después, la gente pondrá flores y velas. Eso es la muerte. Lo que nosotras decimos es que no hay que reconocer la muerte". "No creemos en el cementerio,... Si hay una tumba en donde están nuestros hijos, es el corazón y el vientre de donde salieron, lugar desde donde les hablamos todos los días." En "Vientres", testimonio de Hebe Bonafini en Gelman/La Madrid 1997:53-64.

10. La Comisión Pro-Monumento aclaró que el parque escultórico y el lugar de la memoria "no pretenden cerrar heridas que no pueden cerrarse ni suplantarse la verdad y la justicia" y que nunca podrán reparar la pérdida de los desaparecidos ya que "nada reemplazará el vacío social que dejó su ausencia" (Texto leído en el acto de inauguración del parque, el 24/3/99).

11. Ver Vecchioli, 2000. Finalmente, se optó por emplear la categoría genérica de "víctimas" e incluir en ella tanto a desaparecidos como a asesinados, pero no fusionar ambas listas "para no dejar que se pierda la figura del desaparecido". La recopilación de todos esos nombres, sin embargo, también se demostró problemática puesto que no hay información definitiva acerca de los caídos que el Parque aspira a homenajear, puesto que el Estado aún no ha respondido por los destinos individuales de cada desaparecido.

12. "A finished monument would, in effect, finish memory itself. A savvy new generation of artists in Germany brought their own profound suspicions to the monument. In their eyes, the didactic logic of monuments —their demagogical rigidity and certainty of history— continued to recall traits too closely associated with fascism itself". James E. Young, "To build a monument. Berlin's Holocaust memorial problem". En revista *Archis. Architecture, city, visual culture*. Rotterdam. 7/1998. Pp. 52-59. Ejemplo de "anti-monumento" sería por ejemplo la propuesta de Horst Hoheisel de destruir la Puerta de Brandemburgo en lugar de construir un Mahnmål.

13. Las 667 propuestas y sus memorias descriptivas se han reunido en el volumen *Escultura y Memoria*, Eudeba, Buenos Aires, 2000, editado por la Comisión Pro Monumento. Estas consideraciones parten de la observación de esos proyectos.

14. Varios proyectos, contemplan esta "monumentalización" de la palabra

"memoria", emergiendo de la tierra o en alguna otra forma alegórica. Otros proponen inscribir frases como "Nunca Más", poesías o fechas significativas.

15. Es la propuesta de Germán Botero, también ganadora, que compone una "huaca", elemento andino de diálogo entre vivos y muertos.

16. Multitud de columnas, piedras, estelas o ladrillos: son propuestas que tienen un aire de familia con el diseño de Peter Eisenmann finalmente aprobado para el Mahnmål de Berlín.

17. Es la interpretación acaso forzada pero sugerente que realiza Diana Taylor, para quien la dictadura pone en escena la representación de un gran drama edípico: el padre autoritario (los militares) vigilan y reprimen al hijo (la población) obligado hacia el padre (encarnado en la junta militar) y la madre (la Patria): "Their spectacle was organized somewhat along the lines of Oedipus Rex —in dramatic rather than psychoanalytic, terms.(...) In the new national family. Children, potential Oedipuses, became Highly suspect". (Taylor 1997: 88).

18. Piénsese en la imagen final de la película *Garage Olimpo*, de Marco Bechis, donde la toma del Río de la Plata sobrevolado por un avión militar, con fondo musical de "Aurora", condensa ese malestar y la dificultad de restituir una identidad nacional positiva en la Argentina postdictadura.

19. Según una encuesta publicada por el diario Clarín el 20/9/1998, para cuatro de cada diez personas el hecho político clave que define la identidad argentina es la última dictadura militar. Dos años más tarde, una encuesta del mismo diario informaba que tres de cada diez personas que dicen haber perdido el orgullo de ser argentinas fechan esa pérdida en 1976. "Cuando digo Patria". Suplemento Zona, 9/7/2000.

20. Scarry 1985: 5-6.

21. Según el artista alemán Horst Hoheisel es superfluo erigir un monumento u otras formas conmemorativas para los desaparecidos argentinos: "Ellos ya tienen el mejor monumento, son los avisos que publica Página/12". (Entrevista con Hoheisel, Berlín, Enero 2002).

22. Ver Gonzalez Bombal, 1987.

23. Ver Schindel, Estela, "Tumbas de papel", en Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación, N°57. CIESPAL. Quito, Ecuador. Marzo 1997.

24. Ver González Bombal: 1987.

25. Silvestri 2000: 21.

26. Así también se diluye el potencial de un proyecto como el de "carteles de la memoria", uno de los ganadores, que parodia la señalización vial con carteles alusivos a la dictadura y sus crímenes. Usados originalmente en el contexto de los "escraches" para indicar domicilios reales de ex represores o ex centros clandestinos de detención, quedan descontextualizados al agruparse ante la costa lejos de su referente real. El proyecto recuerda a la señalización de las Leyes de Nuremberg emplazada en el Bayerisches Viertel, en Berlín. Comparte con aquella el carácter lúdico y algo infantil de los carteles pero, en el caso berlinés se encuentran esparcidos sin explicación en la ciudad "real".

27. Huyssen 2000.

28. "Ante todo, hay la derecha misma del rostro, su exposición derecha, sin defensa. La piel del rostro es la que se mantiene más desnuda, más desprotegida... El rostro está expuesto, amenazado, como invitándonos a un acto de violencia. Al mismo tiempo, el rostro es lo que nos prohíbe matar." (...) "El 'no matarás' es la primera palabra del rostro". Levinas, Emmanuel. *Ética e Infinito*. Ed. Visor. Madrid. 1996.

Los memoriales en la provincia de Buenos Aires

El mapa de la memoria

Un relevamiento realizado por la Comisión por la Memoria en la provincia de Buenos Aires hace posible determinar que, a partir de 1983, diversos memoriales fueron generando una trama de símbolos que hoy delinean un relato sobre el pasado de la dictadura. Dejando sus marcas sobre el cuerpo de las ciudades, han logrado denunciar el terrorismo de Estado, exponer el dolor de las víctimas y descubrir los sentidos de la lucha.

por Diego Díaz
fotos Ana Paula Far Puharre, Alejo Garganta Bermúdez, Alfredo Srur y Sergio Pirola, de la muestra Paisajes de la memoria.



Memorial de la Facultad de Arquitectura de La Plata. Impulsado por un concurso, se inauguró en 1995.

Con la llegada de la democracia, y fundamentalmente a partir del '90, en las ciudades de la provincia de Buenos Aires surgieron sitios y memoriales en el espacio público, que recuerdan a las víctimas de la represión, repudian hechos o denuncian lugares. Todas estas formas de recordación logran colocar en el plano social un relato privado donde el testimonio se vuelve memoria pública.

Las marcas urbanas cristalizan, ponen en evidencia lo sucedido y desde allí interpelan a la memoria de todos. Es entonces cuando otros actores, otras generaciones, se involucran en los procesos de construcción de la memoria colectiva disparando preguntas sobre el pasado. En este sentido, las marcas de la memoria constituyen un punto importante en la formación y transmisión de identidades.

En un relevamiento realizado por la Comisión por la Memoria, se detectaron un centenar de marcas con las que se logra trazar un mapa particular donde cada punto es un memorial. Durante el trabajo se pudo determinar que la creación e instalación de las primeras marcas urbanas en relación a la última dictadura militar fueron promovidas, en su mayoría, por los afectados directos de la dictadura.

Posteriormente, la intensidad y masividad que estos fenómenos alcanzaron durante la década del '90 -sobre todo con la conmemoración de los 20 años del golpe de Estado-, hicieron que nuevos actores sociales se involucraran en la promoción de políticas de memoria: a partir de 1996, el clima de movilización se tradujo en hechos concretos y en distintas ciudades de la provincia se crearon marcas que dieron cuenta de una política de recuerdo diferente. Las placas, árboles y murales con nombres de desaparecidos, las fotos con sus rostros, acompañadas por frases que los reivindicaban desde su lugar de pertenencia (estudiantes, obreros, profesionales) los devolvían a su identidad.

En la ciudad de La Plata, esta nueva forma de recordar comenzó en 1995, cuando un grupo de ex alumnos de la Facultad de Arquitectura de la U.N.L.P. agrupados en lo que llamaron la "Comisión Recuerdo, Memoria y Compromiso", decidió homenajear a sus compañeros desaparecidos durante la última dictadura militar y organizó un concurso para instalar en el patio de la Facultad un monumento.

Apoyada por las autoridades de la institución y el Colegio de Arquitectos, la iniciativa tuvo una importante convocatoria, a la que se sumaron los hijos de las víctimas. El proyecto ganador fue conocido como "la espiral de la memoria". Se trata de un banco con forma de espiral, de 10 metros de diámetro, que se inicia sobre el nivel del suelo y termina 1,80 metros bajo la superficie. En todo el recorrido de la espiral aparecen los nombres de los desaparecidos grabados sobre pequeños trozos de granito negro. El acto de inauguración se realizó en septiembre de 1995. La experiencia se replicó en otras unidades académicas de la ciudad y dio como resultado una importante cantidad de marcas de memoria para homenajear a compañeros desaparecidos en el marco

de actos de conmemoración con amplia convocatoria.

El monumento de la Facultad de Arquitectura se convirtió en uno de los símbolos de las políticas contra el olvido a partir de la creación de marcas de memoria. Las nuevas generaciones que ingresan a la Universidad Nacional de La Plata encuentran como algo común que en las paredes de los pasillos de las Facultades u otros ámbitos institucionales, aparecen placas y pintadas que recuerdan a ex alumnos, docentes, y personal en general, secuestrados durante la dictadura militar. Además, estos espacios están acompañados por frases que reivindican la lucha de los desaparecidos y hacen eje en la búsqueda de la verdad, la necesidad de justicia y el compromiso con la memoria.

Es importante destacar que desde el Concejo Deliberante se realizó un importante trabajo de apoyo a este tipo de iniciativas. En 1996, por ejemplo, el reconocimiento oficial se plasmó en la ordenanza N° 8641, promovida por el edil Iván Maidana, que disponía la colocación de placas recordatorias en todos los lugares de la ciudad donde habían funcionado centros clandestinos de detención. Otras ordenanzas municipales se orientaron en el mismo sentido: en 1993 se dispuso la realización de un monumento en el cementerio local en memoria de los desaparecidos de La Plata, se dio nombre a distintas calles en homenaje a personas desaparecidas, se crearon espacios verdes como la Plazuela de la Noche de los Lápices y se colocaron placas en diversos ámbitos institucionales.

Por las rutas del recuerdo

La explosión pública de las marcas de memoria que se dio entre los años '94-'96, también tiene su correlato en los trabajos realizados en el interior de la provincia de Buenos Aires, donde existen centenares de marcas que han contribuido a desplegar en el espacio público relatos, memorias y sentidos sobre experiencias dolorosas vinculadas con el pasado reciente.

En la mayoría de los casos, las marcas fueron promovidas por grupos independientes de memoria y derechos humanos. Este dato da cuenta, hasta el momento, de que si bien muchas de las iniciativas tuvieron luego su correspondiente aval en los Concejos Deliberantes, no fueron los ámbitos oficiales los promotores de estas políticas de memoria. Incluso en algunas oportunidades se presentaron resistencias ante las posibles marcaciones o señalamientos de lugares de la ciudad.

Como una de las formas más comunes de conmemoración, aparecen las placas que recuerdan a personas desaparecidas. Promovidas generalmente por compañeros de trabajo, de estudio o de militancia, o por sindicatos e instituciones afectadas, estas placas ponen en evidencia la necesidad de recuperar la identidad de los desaparecidos. Esto se pone de manifiesto cuando los nombres son acompañados por leyendas que reivindican su lugar de pertenencia o por fotos de



MUNICIPALIDAD DE MORÓN HOMENAJE A LOS
DESAPARECIDOS (arriba). BASE NAVAL DE
MAR DEL PLATA, CENTRO CLANDESTINO DE
DETENCIÓN (abajo).

sus rostros. Es el caso de los ex alumnos de las Facultades de Ingeniería y Psicología de la Universidad de Mar del Plata y de un memorial en Chacabuco, donde los siete desaparecidos de esa ciudad son recordados con sus fotos correspondientes en una de las salas del edificio municipal.

Otra de las formas de recordación más habituales propicia la creación o intervención de espacios abiertos: desde la plantación de árboles hasta la realización de parques y plazas. En Bahía Blanca, por ejemplo, se crearon por ordenanza municipal El Bosque de la Memoria y la Plazoleta de los Lápices "María Clara Ciochini". En Lincoln, existe el Parque de la Memoria; en Chacabuco, siete pinos en el primer acceso a la ciudad recuerdan a los desaparecidos; lo mismo ocurrió en Mar del Plata, en el Parque Camet, donde se plantaron 300 árboles.

La memoria y los conflictos por resignificar el pasado reciente también entran en tensión en los nombres de calles y en otros espacios públicos. En este punto, los trabajos de marcas se orientaron en dos sentidos. Por un lado, se cambiaron nombres que hacían referencia a personajes vinculados con el autoritarismo. En Chascomús, miembros de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos local lograron quitar el nombre de Pedro E. Aramburu a la plaza principal de la ciudad. El mismo nombre llevaba en Necochea el puente que une esa ciudad con la localidad de Quequén y las gestiones de la Comisión por la Memoria Militante también consiguieron cambiarlo.

Por otro lado, en varias localidades, las formas de homenaje y conmemoración se tradujeron en la designación de distintos espacios con los nombres de personas desaparecidas. En Pergamino, una de las plazas secundarias lleva el nombre de Germán Abdala, y todas sus calles aledañas están nominadas con los demás nombres de desaparecidos del lugar. Lo mismo ocurre en una calle de Berazategui, que lleva el nombre del atleta desaparecido Miguel Venancio Sánchez. En Bahía Blanca, varias calles aluden a nombres de personas reconocidas, donde se destaca la del Dr. Mario Abel Amaya, quien fuera diputado entre 1973 y 1976.

Los monumentos y monolitos constituyen otra forma de recordación. Aunque siempre están acompañados por placas que aportan información adicional, generalmente se trata de obras cuyo significado se transmite directamente. En el barrio de San José, en Lomas de Zamora, se recuerda un fusilamiento de militantes conocido como "la matanza de

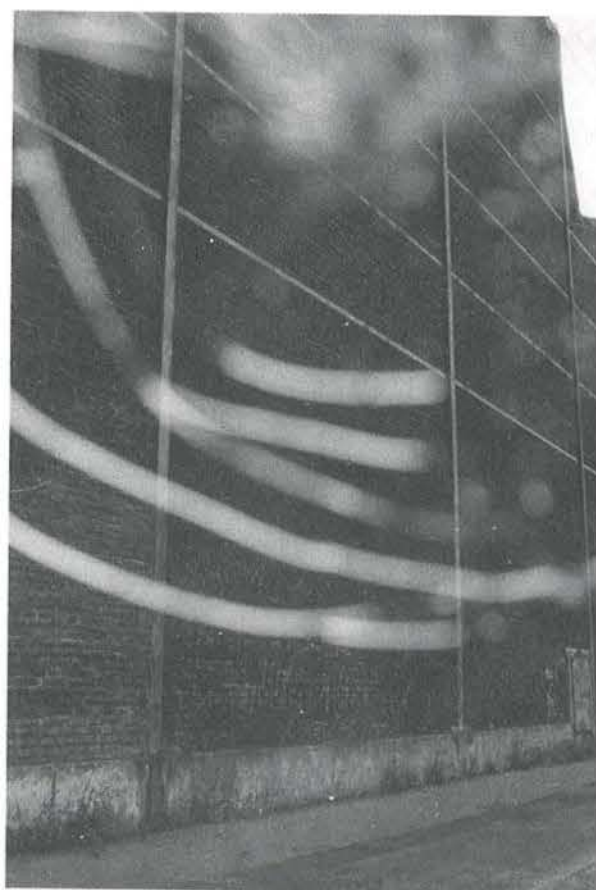
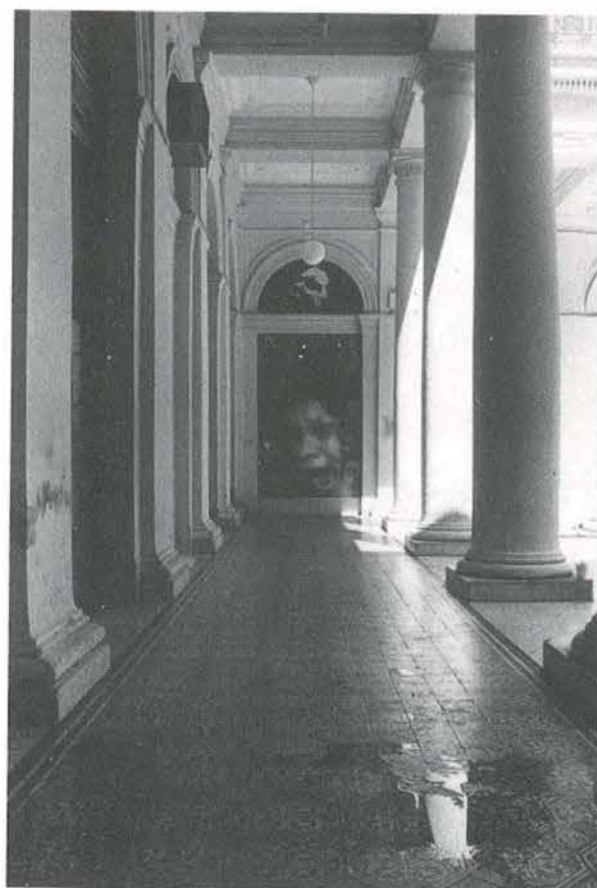
MURAL DEL RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA (arriba).
PAREDÓN DE UNA FÁBRICA EN AVELLANEDA QUE CONSERVA LOS IMPACTOS DE BALA (abajo).

Pasco" en un memorial instalado por los hijos de las víctimas. En Quilmes y Avellaneda, se construyeron monumentos en homenaje a la figura del "detenido-desaparecido". En San Pedro, el Foro por la Memoria instaló en una de las plazas de la ciudad un monolito que recuerda a los sampedrineros desaparecidos; en San Nicolás, cerca de la autopista, de la misma forma se rinde homenaje al obispo Ponce de León.

Resignificar los lugares

En todo el territorio provincial también aparecieron sitios que, aunque no están expresamente marcados, constituyen huellas de la dictadura militar por su significado histórico y por el sentido actual que los grupos sociales les otorgan. En este sentido, existen dos casos antagónicos. Por un lado, la Casa de la Memoria y la Resistencia "Jorge Nono Lizaso", en Vicente López. Abierta por primera vez en 1973, como Central de la Regional 1 de la Juventud Peronista, con el golpe de Estado de 1976 fue cerrada y muchos de los que allí militaban fueron secuestrados y desaparecidos. El lugar permaneció intacto hasta que en mayo del 2001, la Legislatura de la provincia de Buenos Aires lo declaró de utilidad pública y sujeta a expropiación, por ley 12.711. Aunque todavía no se ha efectuado, la ley dispone la donación del inmueble a la Comisión de la Memoria y la Resistencia Jorge "Nono" Lizaso. Por otro lado, recuperando el mismo sentido de huella del pasado, en San Fernando permanecen, abandonadas, las instalaciones del Astillero ASTRASA. El lugar es recordado como símbolo de la represión militar porque en la madrugada del 24 de marzo de 1976, con la complicidad de la empresa, la dictadura cobró sus primeras víctimas entre los trabajadores navales. Cada 24 de marzo se realizan marchas de repudio hasta el lugar.

Resulta interesante observar el trabajo de marcas realizado en torno a los lugares donde funcionaron centros clandestinos de detención. A diferencia de lo que ocurrió en la ciudad de La Plata, en el interior de la provincia las posibilidades de señalarlos quedó obstaculizada por distintos motivos, entre ellos porque la mayoría permanecen aún en manos de fuerzas militares. Sin embargo, existen excepciones. En Tandil, un grupo independiente de militantes por la memoria lograron instalar una roca en la puerta de "La Huerta" que denuncia los hechos ocurridos en el lugar. Lo mismo ocurrió en Olavarría con el Centro



"La explosión pública de las marcas de memoria que se dio entre los años 94-96 también tiene su correlato en los trabajos realizados en el interior de la provincia de Buenos Aires, donde existen centenares de marcas que han contribuido a desplegar en el espacio público relatos, memorias y sentidos sobre experiencias dolorosas vinculadas con el pasado reciente."

conocido como "Monte Peloni", donde un cartel sobre la ruta lo señala como "lugar del horror". En otras ciudades, como Mar del Plata, Bahía Blanca, Quilmes y Lomas de Zamora, existen puntos que aunque no fueron marcados tienen una significación social vinculada con el horror de la dictadura y los ciudadanos así lo recuerdan.

En otro extremo, se encuentra el caso de la Mansión Seré, en Morón. En este predio de cinco hectáreas funcionó durante los primeros años de la dictadura militar un Centro de detención y torturas a cargo de la Fuerza Aérea de Morón, bajo las órdenes del Brigadier Miguel Ángel Comes, con asistencia de la Policía Bonaerense de Castelar. El 24 de marzo de 1978, cuatro detenidos lograron escapar de allí. A partir de ese día, el lugar dejó de funcionar como lugar clandestino por "no reunir la condiciones de seguridad necesarias". Con el retorno de la democracia, el lugar fue cedido a la Municipalidad de Morón y actualmente allí funciona la Asociación "Seré por la Memoria y la Vida" y la Secretaría de Derechos Humanos del Municipio. Aunque las viejas edificaciones fueron demolidas, se conserva el portón original.

Por último, en los muros de las diversas localidades de la provincia, es común encontrar graffitis y pintadas con los nombres de los desaparecidos e imágenes que representan el horror, el recuerdo y la lucha. Los pañuelos blancos son quizá el símbolo más importante en estas marcas urbanas, por su presencia continua en distintas formas de conmemoración reivindicando el sentido social de la lucha por la verdad, la justicia y la memoria.

Aunque la búsqueda no ha terminado, fueron relevados un importante número de trabajos de memoria. Si bien muchos de los procesos se iniciaron después de 1996, la instalación de marcas como recordación de las víctimas, repudio al terrorismo de Estado y denuncia de lugares del horror, ha estado presente en las políticas contra el olvido como una forma constante de abordar el pasado reciente, interpelarlo, crearlo y recrearlo.

Las marcas del horror y la vida

Las formas y contenidos de las marcas de memoria se van transformando conforme al paso del tiempo. La modificación de las consignas de la lucha y la reivindicación generó,

EN BLANCO Y NEGRO

El 24 de marzo pasado, en un nuevo aniversario del Golpe de Estado, en la sede de la Comisión Provincial por la Memoria, se inauguró la muestra "Los paisajes de la memoria", un relevamiento fotográfico de las diversas marcas urbanas.

La exposición, compuesta por treinta tomas, es el resultado del trabajo de cinco fotógrafos que recorrieron distintos puntos de la provincia: Ana Paula Far Puharré, Diego Sandstede, Alejo Garganta Bermúdez, Alfredo Srur y Sergio Pirola. Algunas de ellas ilustran estas páginas y la tapa de Puentes.

La exposición puede visitarse en el Auditorium de la sede de la Comisión por la Memoria. Además, la misma muestra está itinerando por el interior de la provincia. Hasta el momento pudo verse en el municipio de Rojas, Azul, Marcos Paz y Necochea. En algunas ocasiones la muestra ha promovido nuevas iniciativas destinadas a generar otras marcas de memoria.

sobre todo a partir de la década del 90, un cambio importante en los actos y espacios de conmemoración.

Durante los años 80, con el retorno de la democracia, los familiares de la víctimas sintieron la necesidad de instalar públicamente el drama individual que habían vivido y mostrar que era colectivo. Los pocos trabajos de marcas de memoria que datan de esta época están atravesados por este sentido.

Las marcas de los últimos años, en cambio, promueven el recuerdo de los desaparecidos apelando a la reconstrucción de su identidad. Las víctimas aparecen individualizadas, caracterizadas, recordadas desde sus lugares de pertenencia social. Además, las placas, murales, parques, calles y monumentos promueven el sentido de la memoria y operan como espacios de transmisión y reapropiación de los hechos relacionados con la última dictadura militar.

Uniendo cada uno de estos puntos es posible detectar que las marcas del horror y las marcas de la vida conviven en los espacios urbanos dando lugar a una topografía de la memoria. Sin embargo, no son sólo símbolos sino materia que interpela a otros, y los pone en relación con un pasado común. Es así como las ciudades que tuvieron mayor cantidad de víctimas o estuvieron más próximas a centros clandestinos de detención son las que más han trabajado en la marcación de espacios de memoria. Este hecho no habla de una reacción frente al horror sino de una política de memoria contra el olvido: marcar las ciudades es parte de un ejercicio colectivo, de una práctica que hace eje en el recuerdo. ■

“Aprender es reconstruir la historia”

En su paso por Buenos Aires, Regina Wyrwoll y Annegret Ehmann, pedagogas del programa alemán “Aprender de la historia”, dialogaron con Puentes sobre las formas de transmitir el pasado.

por Pablo Gianera
foto Alejo Garganta Bermúdez

Surgido en Alemania, el programa “Aprender de la historia. Nazismo y Holocausto en la educación en Alemania” y su sitio en Internet, conforman la primera experiencia de este tipo en el mundo. El objetivo central que persigue es brindar un panorama de los diversos abordajes pedagógicos orientados a reflexionar sobre el pasado y crear un foro de comunicación para docentes y alumnos del mundo entero.

Para el lanzamiento del sitio en su versión española, estuvieron en Buenos Aires Regina Wyrwoll, directora del programa, y Annegret Ehmann, historiadora, especialista en pedagogía de la memoria y asesora del emprendimiento. En esa oportunidad, Puentes dialogó con ellas sobre los interrogantes que plantea la enseñanza de las experiencias traumáticas de la historia en la educación formal.

—¿Cómo puede definirse la pedagogía de la memoria?
Annegret Ehmann: Es una pregunta verdaderamente difícil. Por un lado, pienso en una formación informal que atraviesa a la sociedad, determinada por el discurso público y que tiene a veces una incidencia mayor que la educación formal. Lo que pasa en televisión, por ejemplo. O la querella de los historiadores, o cómo la sociedad tematiza determinadas fechas. Desde 1977 hubo en Alemania una sucesión de debates porque se cumplían cin-

cuenta años de algún acontecimiento relacionado con la guerra. A esto se sumó el debate público en torno al diseño de los memoriales y los intercambios entre los pares y las familias. Es decir, el universo de la educación no oficial a través de la cual se forman opiniones y posturas. De hecho, cuando en la escuela, en la educación formal, se tematizan estas cuestiones, en realidad los alumnos ya traen una serie de conocimientos y opiniones.

—¿Qué grado de institucionalización tiene, entonces, la pedagogía de la memoria en Alemania?

AE: En Alemania Federal, los impulsos más decisivos vinieron de la movilización ciudadana, de las ONGs, y de los artistas y escritores. La institucionalización es un proceso posterior. El Estado se ve ante la demanda de hacer algo y entonces lo hace. En Alemania Oriental, en cambio, el Estado bajó línea desde el comienzo, impuso una interpretación y un determinado ritual: las fiestas conmemorativas del antifascismo. La gente estaba obligada a participar de esas ceremonias y esto no estaba articulado con ningún discurso democrático. Muchos participaban por convicción, pero otros lo hacían meramente por coerción.

—¿Usted piensa entonces que la institucionalización pone en peligro a la pedagogía de la memoria?

AE: En esas formas impuestas, termina anquilosándose en



Regina Wyrwoll. Directora del proyecto Aprender de la historia.

un ritual. Y cuanto mayor es la discrepancia entre esta demanda moral y la realidad concreta de la sociedad, más se vacían y desvirtúan estos rituales y se transforman en puras formas. Es algo muy difícil de evitar, porque también en la otra versión, la de Alemania Federal, observamos fenómenos similares. Hay un panorama muy complejo de instituciones de la memoria: memoriales, programas educativos, el arte, determinados campos o áreas dedicados a esta cuestión. Sin embargo, la institucionalización y la repetición derivan en una especie de paralización. Un amigo mío que tiene un centro de la memoria en Inglaterra hizo un comentario muy interesante sobre el primer día de la conmemoración del Holocausto en Inglaterra. Había debates muy intensos porque una serie de agrupaciones que habían sido víctimas, querían participar del acto. Y había también un debate acerca de qué hacer en este ritual conmemorativo. Entonces él se imaginó cómo sería en el año 2045 cuando se conmemore el día del Holocausto. Uno va a mirar la agenda y dirá: “¡Ah, mañana es el día del Holocausto! ¿Qué hago?” Y uno tomará el primer poema que tenga a mano para hacer algo en clase, o se pondrá en el programa escolar: “véase planificación anterior”. Más o menos igual que para Navidad, cuando pasan en televisión siempre las mismas películas.

Regina Wyrwoll: Ése es el peligro si la mirada sólo se centra en el pasado, si la memoria no se pone en relación con fenómenos actuales con los que se pueden establecer contextos, lo que también presenta el riesgo de que se caiga en homologaciones superficiales.

—Sin embargo, ¿no es premeditada esa referencia a la memoria del pasado, esa pretensión de formalizar y regular el recuerdo en una fecha?

AE: La gente quiere tener la memoria fijada, en un lugar o en una fecha. Y la memoria se termina encapsulando.

RW: Pero en el sistema educativo alemán se resolvió de otra manera. En Alemania, la confrontación con la época dramática del nazismo, que constituye el punto central de la cultura de la memoria, el recuerdo de los crímenes del nazismo, del sistema autoritario, y de sus efectos hasta el presente, es un componente esencial de los currículos escolares.

—¿Qué se les puede responder a los intelectuales que sostienen que conocer el pasado no garantiza que la historia no se repita?

AE: Hay otra consigna que suele plantearse y que dice que sólo el trabajo y la reflexión sobre lo que pasó llevan a la liberación. Pero también esa consigna está mal enunciada. Lo que en realidad sucede es que hay continuamente nuevas generaciones que tienen que apropiarse de esa historia. En Alemania se usa recurrentemente un término muy problemático que es el de “elaboración”, casi en términos psicoanalíticos, y que termina siendo algo así como: hay una montaña, es necesario elaborarla, bajarla, y después ya no está. Pero es evidente que la cosa no termina allí. Es una experiencia que sigue estando presente y cada nueva generación tiene que apropiarse a su manera, encontrar sus propias interpretaciones y sacar sus propias conclusiones en función de su presente. Es por eso que la memoria no se manifiesta contemporáneamente a través de signos estáticos sino en el aprendizaje continuo y permanente. Y aprender es reconstruir la historia.

RW: Lo que observamos en Alemania, que es el país de las víctimas y de los victimarios, es una suerte de paralización de esos procesos. Tenemos por un lado una tendencia a una memoria representativa, que es la de los monumentos, y está por otro lado el trabajo de la memoria a través de los procesos constantes de reconstrucción, que es lo que se da en el sistema educativo. Por ejemplo, a mí me parece tremendo que se haya estado discutiendo durante diez años en torno al monumento conmemorativo de Berlín, donde salieron a la luz una gran cantidad de argumentos, de emociones y de posturas, y después todo eso quede congelado en un monumento de piedra. Cuando se inaugure ya será anacrónico. En realidad, los monumentos expresan las concepciones de quienes planificaron, decidieron e instalaron esos monumentos, y dicen muy poco del acontecimiento mismo.

—¿Qué diferencia advierten entre educación y transmisión?

AE: La transmisión es una comunicación monitoreada, conducida. En alemán se plantea además la cuestión de la

que para el término “educación” tenemos la palabra Bildung, que es formación, y Erziehung, que tiene más que ver con lo autoritario. Bildung da la idea de que uno se puede autoformar, posee una dimensión emancipatoria.

—¿Qué lugar ocupa en este debate la creación del proyecto “Aprender de la historia”?

RW: En los términos actuales, el proyecto “Aprender de la historia” constituye un intento, no de crear una instancia representativa de la memoria, sino de establecer una plataforma de comunicación internacional. Las experiencias educativas que se reflejan en el web site son auténticas porque fueron los docentes mismos quienes escribieron los textos. No tiene un carácter estadístico. Busca más bien ejemplos destacados de cómo se trabaja sobre esta temática en Alemania. Y aspira a generar a través de las propuestas interactivas un debate internacional entre docentes.

—¿El proyecto cuenta con apoyo oficial?

LA VERSIÓN EN ESPAÑOL

El sitio de Internet www.aprender-de-la-historia.de, que dispone ahora de una versión en español, consta de dos partes: una base de datos de más de seiscientas páginas y una sección en permanente actualización. La base de datos recoge proyectos escolares alemanes que se destacaron por su creatividad pedagógica y pone a disposición por primera vez en español documentos originales, imágenes e informaciones bibliográficas. Incluye además un glosario minucioso y distintos criterios de búsqueda para permitir que los alumnos realicen investigaciones a través de la red.

La sección de actualización recopila nuevos proyectos de alumnos dedicados a la temática del nazismo, el Holocausto y la xenofobia, e incluye asimismo una agenda de eventos y publicaciones. La edición de los contenidos para todo el ámbito hispanoparlante está a cargo de Silvia Fehrmann, quien fue además la iniciadora de la versión castellana del proyecto desde el Goethe-Institut Buenos Aires.

RW: No, es un proyecto del Goethe Institut. Hubo distintas fuentes de financiamiento. El centro del debate entre nosotros tuvo que ver con la manera de encontrar una sistematización que permitiera comunicar estas experiencias educativas. No está pensado —ni para Alemania, ni para Estados Unidos ni para el mundo hispano parlante— como una herramienta que los docentes puedan integrar en las clases, sino como una fuente de estímulos y sugerencias para los docentes. Lo que hicimos fue buscar experiencias educativas. Buscamos también en instituciones no escolares. En este momento hay veintiséis proyectos de escuelas y veintiséis proyectos de instituciones independientes, como ONGs, que se ocupan de la formación cívica, que hacen trabajos con jóvenes y fundaciones también independientes. El segundo debate que nos planteamos es quiénes son nuestros destinatarios. El campo es infinito, entonces decidimos acotar por la edad: los niños y adolescentes en edad escolar; en segundo lugar, definimos como destinatarios a los docentes, a los alumnos y, por último, a la opinión pública en general.

AE: Habría que agregar dos aspectos. La selección de los proyectos se hizo para dar cuenta del amplio espectro de temas que se trata en las escuelas en este contexto: eutanasia, el exterminio de los gitanos, los trabajos forzados, la ideología. Por otra parte, la idea no es proveer modelos de cómo dar clase, sino que se trata de experiencias reales que ya tuvieron lugar.

RW: Nosotros invitamos a los docentes a escribir sus propios informes sobre los proyectos. Los docentes debían consignar qué proyecto habían llevado adelante, cuándo, con qué objetivo, con qué recursos, con qué resultados y dónde. Les pedimos también que pusieran a nuestra disposición las imágenes que habían generado a partir de estos proyectos, como videos o exposiciones. La mitad de las imágenes que están en la base de datos son imágenes no profesionales generadas por el proceso de aprendizaje. Con todo este material, el consejo asesor extrajo las metodologías didácticas que se usaron en cada proyecto. Eso permitió sistematizar las metodologías: análisis de texto, análisis de películas, trabajo en archivos, preparar un viaje a un memorial, organizar un taller de escritura, jornadas en las escuelas. Cada proyecto tiene una descripción escrita por el docente, las actividades que se realizaron en la experiencia, los recursos y las imágenes. El sitio documenta todo el tiempo lo que se está haciendo. Es una mirada hacia la praxis concreta del trabajo de la memoria en las aulas de Alemania.

—¿Hay antecedentes de este proyecto?

AE: No. Por eso tardamos tanto en hacerlo. La mayoría de los productos educativos que conozco, generados en Estados Unidos o Israel, utilizan las nuevas tecnologías como si se tratara de un video, con narración lineal, con un principio y un final y no tienen ninguna relación con la praxis-educativa.

“El proyecto Aprender de la historia constituye un intento, no de crear una instancia representativa de la memoria, sino de establecer una plataforma de comunicación internacional. Las experiencias educativas que se reflejan en el web site son auténticas porque fueron los docentes mismos quienes escribieron los textos.”

Ofrecen materiales sobre el tema y después hay, en el mejor de los casos, un multiple choice sobre cuáles eran los problemas que tenía la gente en el gueto. Se da por sentado que el docente ya sabe cómo enfrentar temáticamente ese material. Lo que nosotros propusimos fue una mirada en el taller. Por eso, lo importante es que más allá de la documentación de estas experiencias, hay detrás un gran archivo con bibliografía, con direcciones de instituciones que trabajan en el campo, e incluso el e-mail de cada docente.

—¿Qué ventajas y desventajas encuentran en usar la reflexión teórica sobre el nazismo y sobre el Holocausto como matriz para otros casos de crímenes masivos?

AE: Si hablamos de la holocaust education que algunos llevan adelante en Estados Unidos o Israel, creo que aplicarla en otros casos resulta sumamente problemático porque los pedagogos sabemos que sólo tiene sentido hablar de estas experiencias traumáticas si se las contextualiza. Lo que uno observa en la holocaust education es, al contrario, una descontextualización y podría pensarse que se produce un efecto casi contraproducente. Otro costado problemático es que la holocaust education lleva a una suerte de jerarquización de las víctimas. Se funda en interpretar al Holocausto como el “mal absoluto”, sin reflexionar acerca de cómo se llegó a esa instancia, y se centra además en las víctimas, omitiendo a los victimarios. Este tipo de educación se difunde con la idea de que así se podrán combatir manifestaciones contemporáneas de racismo y de neonazismo. La idea que subyace es que, si se habla en términos lo más drásticos y plásticos posible sobre los sufrimientos de las víctimas, el alumno, en una especie de catarsis, se transformaría en una persona mejor. Eso es muy ingenuo. Y además inútil. El espanto y la tortura no tienen ningún valor educativo. Si, por ejemplo, un chico de catorce o quince años, se enfrenta con esta temática y no es capaz de sentir empatía es porque ya falló algo mucho antes en su socialización.

—Dejando de lado las metas, ¿qué elementos separan teóricamente a “Aprender de la historia” de otros proyectos como el Museo del Holocausto de Washington o Yad Vashem?

RW: Nuestro proyecto va más allá del Holocausto, porque el Holocausto también es una cuestión de definiciones. Buscamos un concepto integral del Holocausto, de la política



Annegret Ehmann. En el lanzamiento del sitio en español.

genocida de los nazis. Por otra parte, Spielberg, por citar un ejemplo, tiene un enfoque muy norteamericano que se centra en los testimonios de los sobrevivientes y los recopila como si se tratara de una gran narración fílmica. Lo que no hay es un trabajo sobre los docentes.

AH: Básicamente, la diferencia es que nuestro proyecto es sobre el “cómo”, y el de ellos sobre el “qué”.

—¿El proyecto prevé algún tipo de interacción con lo que ocurre en las escuelas argentinas o se limitará al nazismo y el Holocausto?

RW: La base de datos no se limita al nazismo y el Holocausto, sino que hay ya ocho proyectos sobre racismo y xenofobia. Una de las opciones para abrir la mirada es la posibilidad de presentar proyectos. De hecho, ya se presentó uno argentino. Dos veces por año se reúne el comité asesor del proyecto para decidir sobre la posibilidad de documentar los proyectos que se realicen afuera, de modo que estén en igualdad de condiciones en todos los idiomas y con toda la documentación. Lo que advierto ahora es que acaso se llegue a un cambio estructural en el sitio, que se separen los diferentes idiomas, que cada versión tenga su funcionamiento autónomo. La idea es que, a partir de un funcionamiento más local, se brinde acceso a informaciones que tengan resonancia en cada país. ■

Cuando la escuela da la palabra

¿Cuáles son los reales alcances de la escuela en la enseñanza de la historia reciente y cuáles sus limitaciones? ¿Cómo decide la institución educativa recordar? Estos son algunos de los temas que se plantea este artículo a la luz de la experiencia del Área de Educación de la Comisión por la Memoria.

por Sandra Raggio

Ana tiene a su abuelo desaparecido. Miguel es hijo de un militar retirado. Magdalena es sobrina de una agente de la policía bonaerense. Los padres de Ignacio nunca han querido hablar de la dictadura. Los de Luciana la llevan a la plaza todos los 24 de marzo. Algunos han visto por televisión algún film relacionado con el terrorismo de Estado. Otros no saben qué significa la palabra “dictadura”, ni pueden reconocer una foto de Videla.

Muchos están de acuerdo con la pena de muerte, con la mano dura y el gatillo fácil. Otros son fanáticos de la cumbia villera y de “Los pibes chorros”. Hijos de obreros, de profesionales, de desocupados, de empresarios. Muchos de ellos comparten un aula. La casuística es infinita. Lo cierto es que múltiples percepciones del presente están allí para significar el pasado.

Cuando se habla del deber de recordar es recurrente ubicar a la escuela y a la educación como el espacio y la acción donde “debe” transmitirse la memoria. Lugar de encuentro intergeneracional, territorio usado para la creación y perpetuación de la tradición y la identidad nacional, institución clave en el proceso de socialización de los futuros ciudadanos. En fin, por múltiples y variadas razones, la escuela es estación obligada de la memoria.

Pensar las posibilidades y limitaciones de la institución escolar en relación con este tema remite por lo menos a dos tipos de problemas: uno relacionado a las plurales realidades que en la escuela se expresan como reflejo o recorte de la rea-

lidad social y el otro referido a las lógicas y prácticas institucionales, en sus diferentes niveles, desde la escuela hasta la autoridad educativa máxima. ¿Puede pensarse como los dos polos de una comunicación: quién transmite, a quiénes transmite? La cuestión es compleja e intentaremos dar cuenta de algunas dimensiones que permiten abordarla.

¿Tabula rasa?

La experiencia vivencial de cada persona, de su familia y su grupo de pertenencia supone también una forma de aproximarse al pasado y establece presupuestos previos al acto de aprendizaje escolar.

Para los docentes esto es identificado como un problema que muchas veces tiende a resolverse haciendo tabula rasa de las diferencias y construyendo un punto de partida del proceso de enseñanza ficticio, suponiendo al alumno una caja vacía a la que hay que llenar contando “lo que pasó”. O por el contrario, de la mano de la necesaria transposición didáctica, se construyen los relatos que se consideran adecuados para el público oyente, limpio, seleccionando los contenidos “pertinentes” en sintonía con la pretensión de generar empatía con los alumnos, tratando de encontrar el puente del pasado con el presente.

A propósito de esto, Hugo Vezzetti sostiene: “Las intervenciones sobre la memoria no se escriben sobre una tabula rasa y enfrentan relatos ya armados, estereotipos y leyendas que son la sustancia misma de la resistencia a las poten-

cias disruptivas de la verdad histórica: el motor de una rememoración capaz de cambiar a los sujetos implicados”. Lo cierto es que la verdad histórica no se revela por sí misma, no se infiere directamente del acontecimiento, el cual requiere para adquirir sentido ser interpretado, significado.

En el aula, el portador de esta verdad histórica a revelar debería ser el docente, que se supone en condiciones de hacerlo, en tanto ¿sujeto neutral? No. Aquí se presentan dilemas similares. Los docentes también portan supuestos, preferencias, experiencias vivenciales de ese pasado, pertenencias a grupos sociales e idearios de sociedad. No son tabla rasa.

Hay opciones variadas para resolver el dilema, aunque son significativas las dos opuestas: asumir el lugar propio y actuar en consecuencia -es decir “bajar línea”— o la neutralidad valorativa que, en muchos casos, ante su imposibilidad real termina traduciéndose en ese prolongado silencio tantas veces “escuchado” en la escuela frente a este tema.

Lo que es difícil asumir en la escuela, cuando se trabaja el pasado de la dictadura, es el conflicto que está implícito en el proceso de construcción de su memoria y la constatación, aún más problemática para la institución educativa, de la naturaleza política del conflicto. Presente sin dudas en cada período de la historia, lo cierto es que enseñar el pasado reciente se revela como una tarea más compleja que cualquier otra.

Ya sea porque los docentes estamos marcados por la experiencia, como víctimas o familiares de víctimas directas, como testigos, como protagonistas, como pasivos ciudadanos de una “pesadilla”. Más allá de los posibles niveles de afectación, el régimen dictatorial marcó a fuego las percepciones de ese tiempo, y su tratamiento en las aulas revisita esta incomodidad. El dolor, la perplejidad, la vergüenza.

El saber histórico

Pero más allá de las dificultades asociadas con la experiencia vital, hay otro problema adicional vinculado con la escasez de trabajos académicos basados en investigaciones sistemáticas y rigurosas. Entre los extremos que más arriba señalamos, la necesidad de “bajar línea” y la imposibilidad de hablar del tema, hay una extensa gama de matices donde muchos docentes hacen esfuerzos de creatividad para generar proyectos pedagógicos innovadores. Este compromiso crece. Pero se encuentra con el obstáculo de la ausencia de materiales adecuados para la tarea del aula y la formación.

Lo notable del esfuerzo por incorporar el tema en la escuela es que, a pesar de esta carencia, muchos manuales incluyen la temática, aunque su tratamiento sea desperejo e insuficiente. Dato interesante que da cuenta de este mandato del deber de memoria cada vez más presente en la

escuela y también de la carencia de una producción académica acorde con los imperativos vigentes en la sociedad. De la encuesta que realizamos a los docentes que cursan los seminarios que ofrece la Comisión por la Memoria, surge claramente ese dato: los tipos de materiales más usados para trabajar la temática son los films documentales y de ficción, testimonios de época, el Nunca Más y algunos manuales. La bibliografía que manejan y citan los docentes por lo general es muy reducida y a veces inexistente.

Efemérides de la memoria

La otra cuestión que hay que abordar se vincula a las políticas institucionales que han surgido desde el Estado y que regulan y prescriben algunas prácticas de gestión de este pasado dentro de la escuela. Si bien no creemos que las dificultades y silencios presentes se resuelvan exclusivamente en este nivel, es bien cierto que las directivas de la autoridad educativa máxima brindan matrices que modelan la acción pedagógica.

En este sentido, la memoria de la dictadura tiene presencia en las escuelas y en las aulas. Además de la iniciativa de los docentes, hay una serie de normativas que prescriben su tratamiento: tanto en el calendario escolar como en los documentos curriculares el pasado reciente tiene un espacio ganado.

En las escuelas de la provincia de Buenos Aires, la entrada del pasado traumático y devastador se dio a partir del recuerdo de la Noche de los Lápidos, suceso que remite en forma directa al terrorismo de Estado operando en el seno del sistema educativo, pues sus víctimas fueron, como es sabido, estudiantes secundarios. Producto de una apropiación política de los nuevos actores de la vida estudiantil secundaria durante la transición democrática, el evento fue el primero en ser reconocido por la autoridad educativa. En agosto de 1988 se sancionó la ley provincial 10671 que instituyó al 16 de septiembre como “Día de la Reafirmación de los Derechos del Estudiante Secundario”. En este día, las instituciones educativas del nivel medio, a través de un acto, deben “recordar la Noche de los Lápidos promoviendo la reflexión y las actitudes favorables en torno del respeto absoluto a los estudiantes secundarios y a su defensa”.

Por otra ley provincial, la 11782, sancionada el 7 de marzo de 1996, se prescribe que todos los años “se realicen actividades que contribuyan a la información y a la profundización del conocimiento por parte de los educandos, del golpe de Estado perpetrado el 24 de marzo de 1976 y las características del régimen que el mismo impuso”. La ley en su articulado define que deberán realizarse en la semana de cada aniversario y tendrán una hora cátedra de duración. Además, enuncia seis objetivos muy concretos que enmarcan para qué recordar y qué enseñanzas nos deja este pasado para el futuro. Entre ellos, además de la

reivindicación de la cultura democrática, son destacables el valor dado a la sentencia del Juicio a las Juntas Militares, la denuncia del terrorismo de Estado, el respeto a la labor de los Organismos de Derechos Humanos.

Sin embargo, cuando la Dirección General de Cultura y Educación incorpora el día al calendario escolar, no respeta la redacción original de la ley ni pauta la hora cátedra ni enumera todos los objetivos fijados en ella. Para las autoridades educativas, el objetivo de esta conmemoración será: "Condenar toda usurpación de los poderes surgidos legítimamente por imperio de la Constitución, poniendo el acento en un conocimiento profundo de lo establecido en los Artículos 22º de la Constitución Nacional y 3º de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires (ambas reformadas en 1994). Impulsar en la comunidad educativa actitudes de convivencia caracterizadas por el respeto, la libertad y la tolerancia, pilares fundamentales de una sociedad plural, de clara raigambre popular y de fuerte contenido democrático. Las distintas ramas de la Educación adaptarán las mismas a las características de sus alumnos".

A diferencia del recuerdo de la Noche de los Lápices, no se prescribe un acto, ni siquiera clases alusivas. El día está clasificado como "ítem 4.1" que es el de menor jerarquía, donde se convoca a las escuelas a realizar muy genéricas "actividades complementarias". Es sorprendente encontrar que en este mismo rango se encuentran por ejemplo, los días del animal, de la tierra, del árbol, de la minería, el día mundial de la poesía, de la Armada, del Ejército, del Bombero Argentino, de la escarapela y del escudo nacional... Los ejemplos son múltiples y variados son los comentarios que surgirían de cada comparación.

Pero las efemérides vinculadas a la dictadura no son sólo dos. En el mismo rango jerárquico que el 24 de marzo, el 30 de octubre es reconocido como Día de la Recuperación de la Democracia y aconseja "destacar la significación de este hecho, su preservación y consolidación."

El acontecimiento más destacado por la escuela del período de la dictadura, es sin dudas la Guerra de Malvinas. Allí están: el 1 de abril, Día del Veterano y de los caídos en la Guerra de Malvinas —decreto N° 2777/91 (Feriado Nacional)—. El 2 de abril, Día del Veterano y de los caídos en la Guerra de Malvinas —decreto N° 2777/91— cuyo objetivo es "resaltar el valor de los jóvenes que acudieron a la defensa de nuestra Patria". Se indican actos evocativos, en una hora de clase con la presencia del personal y alumnos de cada turno y se aconseja la apertura comunitaria. El 2 de abril, señalado como Día de la Hermandad Latinoamericana con motivo de la Recuperación de las Islas Malvinas y de los caídos en la Guerra en Malvinas, donde también se indica acto evocativo. El 2 de mayo, día del "Crucero General Belgrano" —RES. 1949/96— cuyo objetivo es recordar los hechos que provocaron el hundimiento

del Crucero, destacando el valor de quienes dieron su vida por la Patria (Ítem 4.1 igual que el 24 de marzo). El 10 de junio, Día de la Afirmación de los Derechos Argentinos sobre las Islas Malvinas, Islas del Atlántico Sur y Sector Antártico —Ley 20.561—, con el objetivo de "resaltar nuestros derechos sobre esta parte del suelo patrio", para el que se indica acto evocativo.

Sin menospreciar la importancia que la Guerra de Malvinas tiene en nuestra historia, y sin entrar en el debate acerca de su memoria, la forma preeminente en que está prescripto recordarla —en comparación con las otras fechas asociadas al período de la dictadura militar— hablaría de una cierta tendencia a empujar a la escuela a gestionar institucionalmente el pasado mediante la construcción de mitos, edificación de héroes y batallas, más que a una apropiación crítica de un pasado dictatorial que no tiene nada de gesta heroica y que revela zonas de la conducta social donde muy pocos quieren reconocerse y asumirse como parte. Habrá que preguntarse, entonces, qué dificultades y temores esconde el estado democrático, qué límites reconoce frente a este pasado y, en esta política particular de la memoria, de qué quiere olvidarse.

Dar la palabra

Como decíamos al principio, la memoria es el presente del pasado, y no puede constituirse en forma independiente de los dilemas del tiempo desde el cual es construida. Apropiarse significativamente del pasado marcado por la experiencia del terrorismo de Estado y del autoritarismo implica asumir el desafío del conflicto por el que hoy está atravesada su memoria. E implica el esfuerzo de apertura para que sean las nuevas generaciones que estamos formando en las escuelas las que se sumen a este proceso con sus propias preguntas y percepciones.

Los ejes de intervención para avanzar en el mejoramiento de la enseñanza del pasado reciente en la escuela son entonces múltiples. Por un lado, se trata de fortalecer las capacidades de los docentes tanto en lo referente a su formación académica como a la percepción y evaluación crítica de su práctica en tanto aprehensión de su subjetividad y la de los alumnos. Por otro lado, generar espacios institucionales dentro de la escuela donde el encuentro intergeneracional sea el punto de partida clave para pensar nuevas experiencias pedagógicas.

Recordar no garantiza no repetir, no obstante constituya su utopía. Recordar implica develar y asumir las condiciones que hicieron posible el pasado para reconocerlas en el presente.

No lograremos superar el pasado haciendo de la historia un monumento, sino formando nuevos ciudadanos que sean capaces de reflexionar sobre sí mismos y sobre las implicancias de sus conductas y sus opciones. Ese es el mandato de una escuela con memoria. ■

Una experiencia de los talleres de comunicación y memoria

Los docentes piensan el pasado

por Carlos Gassmann

Desde el inicio de los cursos de capacitación docente organizados por la Comisión por la Memoria se incluyeron instancias dedicadas al tema de la comunicación y su vinculación con la memoria social, especialmente en referencia a la traumática historia argentina reciente. Luego de la primera experiencia, llevada a cabo a fines del año 2000 en el Colegio Nacional de La Plata, se sucedieron dos cursos en la capital provincial y talleres en Berisso, Avellaneda, Necochea y Rojas. De los talleres participaron docentes de los niveles E.G.B. y Polimodal; de distintas asignaturas —con predominio de Historia y de Formación Ética y Ciudadana—; con diferentes trayectos de formación e incluso con dispares responsabilidades institucionales, asistiendo desde profesores en ejercicio de suplencias hasta directores de escuelas. El entusiasmo y la participación fueron un elemento constante. Además, estos talleres, al permitir el diálogo entre profesores de distintas ciudades ubicadas en una misma región, posibilitaron un intercambio acerca de las difíciles y complejas condiciones en las que desarrolla el trabajo y las estrategias para afrontarlas. En todos los casos, los talleres de comunicación y memoria se organizaron alrededor de tres preguntas. El intento de respuesta a la primera de ellas, de índole más general y teórica, sentaba las bases para los desarrollos posteriores: ¿Cuál es la relación entre las prácticas de comunicación y la conformación de la memoria social? La hipótesis de partida del curso fue que la constitución de la memoria es en definitiva un proceso de comunicación social y que, de las diferentes maneras de concebir los procesos de comunicación se derivan distintos modos de pensar la conformación de la memoria. Así, por ejemplo, si la comunicación es entendida como una transmisión de información, que consiste básicamente en transferirse unos a otros un mensaje con un significado unívoco, será factible hablar también de la "transmisión de la memoria". Ello supondría el establecimiento de una verdad histórica más o menos incuestionable y su traslado de unos integrantes de la sociedad a otros.

Diferente es el caso cuando la comunicación se concibe como un espacio de producción social de sentidos, donde cada nueva palabra se asienta siempre en dichos anteriores y el discurso resultante es, a su vez, pasible de distintas interpretaciones y reapropiaciones. En línea con esta perspectiva, se habla de la "construcción de la memoria colectiva", lo cual implica una pugna entre distintos sectores sociales por imponer sus propias representaciones de los acontecimientos pasados.

Que esta pugna por apropiarse del pasado se efectúe siempre —y necesariamente— bajo las condiciones del presente, garantiza el constante dinamismo de este proceso que, por otra parte, es también cambiante en tanto expresa —y constituye— simbólicamente los conflictos sociales.

La segunda pregunta, mucho más concreta y específica es: ¿Qué papel cumplieron los medios de comunicación en el surgimiento y la consolidación de la última dictadura militar? Aun teniendo en cuenta las restrictivas condiciones de producción, circulación y consumo de la información que imperaron entonces, es posible distinguir, sobre todo en la prensa gráfica que permaneció bajo propiedad y control privados, distintos comportamientos, que van desde la oposición y la resistencia, hasta la tolerancia y la complicidad con el terrorismo de Estado. En ese sentido, la revisión de diarios y revistas de la época es un ejercicio que se propone trasladar a las aulas. El horizonte último de la discusión que se instala es el debate acerca de la responsabilidad que les cabe por lo ocurrido a distintos sectores de la sociedad, entre los que se cuentan los empresarios de los medios y los periodistas.

La tercera pregunta es: ¿Qué rol están desempeñando actualmente los medios como proveedores de representaciones de ese período trágico de nuestra historia reciente?

La formulación de este interrogante no se basa en el supuesto de que los medios de comunicación son actores exclusivos o privilegiados en la construcción de la memoria colectiva. Por el contrario, se insiste en el papel que también juegan otras instituciones, como la escuela o la familia. No obstante, es innegable que las representaciones de los mass media van adquiriendo un peso considerable, tanto para el conjunto de la sociedad, como para las nuevas generaciones, que carecen de vivencias propias del período dictatorial. Mediante ejercicios prácticos surgen que los medios no ofrecen representaciones homogéneas del pasado, sino relatos diferentes que a su vez pueden ser objeto de interpretaciones. El propósito es promover una lectura crítica de los mensajes periodísticos que significa asumir que se trata de una perspectiva entre otras posibles y que todas participan de esa batalla simbólica que llamamos "construcción de la memoria colectiva", consistente en la pugna por imponer la propia interpretación del pasado. Finalmente, cabe destacar un dato esperanzador: el fuerte compromiso de los docentes que participaron de estas experiencias restando horas a su descanso, en momentos que padecen el deterioro constante de sus condiciones de trabajo. ■

La complicidad de Mercedes Benz con la dictadura

Autos brillantes, negocios sucios

A pocas semanas del Golpe de Estado, fueron secuestrados dieciséis obreros de la fábrica de Mercedes Benz en González Catán. Sólo dos de ellos sobrevivieron. Una periodista alemana investigó la complicidad entre el gobierno militar y la empresa y los Juicios por la Verdad de La Plata profundizaron esta trama de secuestros, torturas y desaparición de trabajadores.

por Silvina Frieria

En su libro Los desaparecidos de la Mercedes Benz, la periodista alemana Gabriela Weber¹ investiga minuciosamente el caso que da cuenta de uno de los tantos acuerdos entre grandes grupos económicos, de capital nacional e internacional —como Mercedes Benz—, y las Fuerzas Armadas para disciplinar a la clase obrera argentina durante la última dictadura. Publicado en alemán, el libro permitió vislumbrar cómo el mapa del terror trazado por los militares distaba de ser arbitrario. Como consecuencia, en setiembre de 1999, se realizó una denuncia penal en Alemania —presentada por Wolfgang Kaleck, de la Asociación Republicana de Abogados de Berlín—, donde se acusó por “asesinato, secuestro y lesiones graves” a Juan Rolando Tasselkraut, gerente de producción de la planta de Mercedes Benz, en González Catán. “Queremos demostrar que los autores de los crímenes bajo la dictadura militar no eran sádicos ni psicóticos, sino que siguieron un plan político-económico bien definido”, señaló Kaleck al exponer las causas de la denuncia. Lo que volvió a poner en escena el caso Mercedes Benz fue que, tras el golpe de 1976, se inició un proceso deliberado de secuestros, torturas y desapariciones de trabajadores. Actualmente, y a pesar de los contundentes indicios que arrojaron tanto la investigación de Weber como las sucesivas audiencias del Juicio por la Verdad de La Plata —impulsadas por su investigación—, la fábrica de González Catán (hoy Daimler-Chrysler) continúa negando su complicidad en la desaparición de catorce miembros de la Comisión Interna sindical, opuestos a la conducción del gremio de SMATA.²

Mirar para otro lado

En noviembre del año pasado, el Juicio por la Verdad interrogó a Juan Tasselkraut, gerente de producción de la planta de Mercedes Benz, en González Catán. Cuando se lo indagó sobre la relación existente entre la empresa y el gobierno militar declaró que en el interior de la fábrica “no había reuniones, bajo ningún concepto” entre los gerentes y los miembros de las Fuerzas de Seguridad. También negó que él le hubiera brindado el domicilio del operario Diego Núñez (después desaparecido) a un grupo de represores. Respecto a los motivos que impulsaron a la empresa a continuar pagando los sueldos a las familias de los desaparecidos, Tasselkraut se defendió: “Lo que ha hecho el directorio en esa época está fuera de mi conocimiento”. Con el amparo de este argumento, Tasselkraut manifestó que como Jefe de Producción sólo tenía el “manejo técnico” de la fábrica. Sin embargo, cuando el ex gerente aceptó entrevistarse con la periodista Gabriela Weber, tuvo otra actitud: “Me confesó que todos sabían lo que estaba pasando, que los que decían que ignoraban que desaparecían personas estaban mintiendo, que quien conocía más o menos a la Argentina tenía en claro que allí se violaban los derechos humanos y se eliminaba gente. Yo le pregunté si él sabía lo que le iban a hacer a los obreros que secuestraban en la fábrica o en sus casas. ‘Por supuesto que sabíamos —me contestó—. Si cerrás los ojos no ves nada, pero también tenés la opción de no mirar’”, reproduce Weber. En el Juicio por la Verdad, el ex gerente reconoció que las relaciones con los trabajadores opuestos a la conducción

de SMATA eran difíciles, “que los obreros hacían paro cuando querían y que la productividad bajó por culpa de ellos un 40 por ciento”. A la inmoralidad de una respuesta cuya traducción se asemeja al lema “un Mercedes Benz vendido vale más que una vida humana”, los jueces quisieron saber qué sucedió con la productividad después de la desaparición de los trabajadores. “Se normalizó”, fue la lacónica contestación del gerente de producción. El crimen perpetrado contra los catorce trabajadores de la Mercedes Benz pudo ser reconstruido gracias a los valiosos testimonios de los familiares de las víctimas y por los detalles aportados por dos de los sobrevivientes: Juan José Martín y Héctor Ratto (ver testimonio aparte). En julio del año pasado, también en el marco del Juicio por la Verdad de La Plata, el obrero Juan José Martín recordaba cómo fue detenido públicamente en su lugar de trabajo el 29 de abril de 1976, a sólo cinco semanas del Golpe de Estado: “Me subieron a una camioneta y me llevaron a mi domicilio, revisaron, revolvieron todo, me rompieron las fotos del casamiento y se robaron algunas cosas. Luego me trasladaron a la Brigada de Investigaciones de San Justo. Ahí me vendaron los ojos, me ataron las manos en la espalda y me dieron shocks eléctricos mientras me preguntaban cosas de la fábrica. Nos daban de comer cada tres o cuatro días y se escuchaban gritos y torturas”, relató el ex detenido.

Los compañeros, que suponían que Martín se encontraba en La Tablada, se movilizaron hacia el cuartel para exigir su liberación y levantaron un campamento. Esta actitud de resistencia masiva, que no fue registrada por la prensa, le salvó la vida y, tras 19 días de detención ilegal, fue puesto en libertad sin explicación alguna. “Me metieron en una camioneta y me dejaron en la puerta de mi casa. Mi señora me dio un telegrama de Mercedes Benz, que había llegado un par de días antes, y que decía que no me presentara a trabajar porque con todo lo que me había pasado necesitaba una semana en mi casa”, añadió el testigo. “Los de la empresa me dijeron que renuncie, que con todo lo que había sufrido me iban a pagar una indemnización. Renuncié, pero a la indemnización todavía la estoy esperando”, ironizó el hombre.

Un “ejemplo de humanidad”

Otro fue el destino de los catorce trabajadores desaparecidos. El 4 de enero de 1977, Esteban Reimer y Hugo Ventura, voceros de la comisión interna de Mercedes Benz —disidente a la conducción de SMATA, también llamada “Grupo de los nueve”— presentaron una larga serie de reivindicaciones a los ejecutivos de la casa central en la avenida Libertador. A pesar de las tensiones existentes, la reunión tuvo un carácter armónico y los ejecutivos aceptaron sin objeciones aparentes las demandas de los trabajadores. A la una de la madrugada, la tranquilidad hogareña de los Reimer se alteró definitivamente: ocho hombres armados, que primero se identificaron como de la policía de Cañue-

“El crimen perpetrado contra los catorce trabajadores de la Mercedes Benz pudo ser reconstruido gracias a los valiosos testimonios de los familiares de las víctimas y por los detalles aportados por dos de los sobrevivientes”.

las, pero más tarde señalaron que pertenecían al Comando Primero del Ejército, se precipitaron sobre la vivienda en busca de Esteban Reimer. María Luján, embarazada de cinco meses y con una beba de un año, quien dormía en una de las habitaciones, fue testigo de la violenta metodología de los grupos de tareas: tiraron discos y libros al suelo, rompieron una foto de Eva Perón y antes de secuestrar a Esteban, borraron su apellido de la lista. También esa misma madrugada desaparecía Ventura. La señora de Reimer, apodada la “Juana de Arco de la Mercedes” por la olla popular que había motorizado durante la huelga del 75, peregrinó por las comisarías de la zona sin saber dónde podría encontrar noticias de su marido. Nadie admitía haberlo visto. En su declaración en el Juicio por la Verdad de La Plata, el 23 de agosto de 2000, la señora de Reimer aseguró que el oficial Ramón Aurelio Campos, quien por entonces desempeñaba funciones en la comisaría de Laferrere, era quien encabezaba el grupo de hombres que se llevó a su esposo. El dato se lo había dado la abogada María Elena Algañaraz quien le dijo que Reimer estaba detenido en esa dependencia policial. Había sido el propio Campos quien le había comentado a la abogada el secuestro de Esteban Reimer. Aunque la mujer de Reimer fue dos veces a la comisaría de Laferrere, no pudo averiguar otros detalles sobre el destino de su marido. Pero en su última visita, el horror de aquella noche regresó en la imagen de un rostro que jamás olvidaría: de la comisaría vio salir a uno de los secuestradores, de apellido Proverbio. El 20 de marzo pasado, Arnaldo Ceriani, ex gerente de Personal de Mercedes Benz, admitió en el Juicio por la Verdad que había participado en la reunión del 4 de enero de 1977, en la que Reimer y Ventura consiguieron que la empresa aceptara las demandas laborales. “No me voy a olvidar de esa reunión —sentenció Ceriani—. Lográbamos normalizar la planta”. La sospechosa actitud de la empresa que, luego de enconadas disputas con los obreros, accedía a los reclamos de los trabajadores, fue desmentida por el ex gerente: “La señora de Reimer está equivocada. Respecto a la opinión de quien pueda decir ‘oh casualidad, hay una reunión, concesiones y a la noche desaparecen’. Un familiar de esa gente tiene todo el derecho a pensar eso y mucho más”. El miedo, el tiempo transcurrido y la impunidad de los verdugos, sembraron sus semillas en la moral de muchos de los familiares de los desaparecidos de la Mercedes Benz que hoy no quieren remover los escombros del pasado. María Esther Ventura, hermana de Hugo Ventura, otro de los obreros...

"La relación entre la empresa 'ejemplar' y el gobierno de la dictadura ha quedado demostrada en una suma de cuestiones que enhebran tanto la investigación de Weber como los testimonios recogidos en los Juicios por la Verdad de La Plata."

desaparecidos, prefirió no seguir hablando del tema. Entre los motivos esgrimidos, ante la consulta de Puentes, señaló que muchos de sus familiares se enfermaron y continúan sufriendo por la pérdida de su hermano. Sin embargo, cuando la periodista Gabriela Weber se contactó con ella a fines de 1998 reveló que, después del secuestro de su hermano, fue a la dirección de la empresa en la avenida Libertador. "Ella le pidió a los directivos que se presentaran ante las autoridades para hacer un habeas corpus. En lugar de ocuparse por el destino de los trabajadores desaparecidos, ellos le preguntaron acerca de los contactos de su hermano con la guerrilla. Sin duda, la prueba más evidente de la responsabilidad de Mercedes Benz reside en que continuaron pagando los sueldos de los obreros desaparecidos a sus familiares hasta 1986, como si ellos estuvieran trabajando. La hermana de Ventura considera que ésta fue la manera de asumir la responsabilidad por los asesinatos", aclara Weber. Por su parte, Tasselkraut, el gerente de producción en esos años, apeló a un eufemismo macabro para tratar de justificar los sueldos que pagó la firma: "Nosotros como empresa, realmente quisimos dar un ejemplo de humanidad".

Relaciones peligrosas

La relación entre la empresa "ejemplar" y el gobierno de la dictadura ha quedado demostrada en una suma de cuestiones que enhebran tanto la investigación de Weber como los testimonios recogidos en los Juicios por la Verdad de La Plata. Ricardo Hoffmann, contacto del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en la Mercedes Benz, trabajó en la fábrica hasta el 18 de mayo de 1977. Por cuestiones de seguridad, su casa había sido allanada; Hoffmann vivió las últimas semanas en la fábrica hasta que logró fugarse, pasó a la clandestinidad y, por recomendación de su partido, se exilió en Italia. Después de que se escapó fue despedido y le suspendieron los pagos del sueldo por "ausencia no autorizada del lugar de trabajo".

La contundencia del testimonio de Hoffmann, quien declaró en el Juicio de La Plata el pasado mes de abril, dismanteló la estrategia de los ex gerentes que repiten al unísono que el Ejército nunca ingresó en la fábrica. "La realidad es que entraban permanentemente a realizar rastrellajes. Desconocer eso es faltar a la verdad", se indignó. "Mi mujer fue a preguntar por mí a Mercedes Benz y le dijeron que se quedara tranquila, que yo no había desaparecido. En ese mismo momento le entregaron (a su esposa) el telegrama de despido", subrayó Hoffmann,

quien fue testigo ocular del secuestro de Juan José Martín. El derroche de "humanidad" de la empresa, en algunas circunstancias, superó los límites plausibles de la perversión. Juana Vizzini, esposa del obrero desaparecido José Vizzini, estaba embarazada cuando detuvieron a su esposo. No sólo siguió percibiendo el sueldo de su marido con cierta vergüenza: la empresa financió los estudios de su hijo Fabio en Stuttgart, Alemania, quien actualmente trabaja como operario de la misma fábrica que se encargó de expurgar al padre que nunca llegó a conocer.

Pero además de la "asistencia" a la represión, la empresa Mercedes Benz donó equipamiento neonatológico al Hospital Militar de Campo de Mayo, donde funcionó la maternidad clandestina en la que nacieron niños en cautiverio, quienes fueron apropiados y cuyas madres fueron asesinadas.

El gerente de Asuntos Jurídicos, Rubén Pablo Cueva, corroboró este dato el pasado abril en el Juicio por la Verdad. El testimonio muestra los estrechos vínculos entre los militares y la fábrica automotriz: Cuevas indicó que durante el Mundial del '78 la firma cedió al Comité Organizador "25 ómnibus y 55 autos (gestionados por el almirante Carlos Lacoste) para el traslado de las delegaciones".

Cuevas, de profesión abogado, minimizó la principal acusación que hay en su contra: cuando Montoneros secuestró al gerente general de Mercedes Benz, Heinrich Metz, en octubre del 1975, Cuevas se dirigió a la policía y denunció a toda la comisión interna de la fábrica y entregó los domicilios de cada uno de los integrantes, insinuando que tenían contactos con esa organización guerrillera. "Yo no le brindé nada a la Policía. Hice una denuncia con las circunstancias del hecho", afirmó. Cuando el fiscal Félix Crous le preguntó sobre la relación entre la comisión interna y el secuestro del gerente, Cuevas respondió: "No es que tuviera que ver. Da la casualidad que el secuestro se da en el marco de movimientos huelguísticos. Yo no acusé", respondió. En la denuncia presentada el mismo día del secuestro de Metz ante la División Delitos Políticos de la Policía Federal, se nombra primero a los obreros, acusando a algunos de "comunistas" y aportando su cédula de identidad. Cuando el tribunal le preguntó si la empresa tenía constancia de alguna relación entre la comisión y Montoneros, el ex gerente apeló a la teoría de los dos demonios: "En la empresa había gente que creía que sí. Acá había dos bandos que habían decidido conquistar el país. Uno que se llamaba 'Ejército Argentino' y otro 'Ejército de Liberación'".

Concepto laboral óptimo

En 1978, la empresa Mercedes Benz contrató como jefe de Seguridad de la fábrica de González Catán al represor Rubén Luis Lavallén, ex subcomisario de la brigada de San Justo, donde funcionó el centro clandestino de detención en el que estuvieron detenidos Mónica Grispon y Claudio Logares, después de que fueron secuestrados el 18 de mayo de ese

año en Montevideo.

Lavallén se apropió de la hija de este matrimonio, Paula Logares, cuando tenía apenas 23 meses. “El médico que suscribe el acta de nacimiento de Paula —por supuesto, falsa— es Jorge Vidal, el mismo médico reconocido como uno de los torturadores de la Brigada de San Justo, quien además certificó el falso parto de la mujer de Lavallén”, expresó Alberto Palacio, abogado de los familiares del matrimonio.

Cuando el centro de detención fue disuelto, en junio de 1978, Lavallén ingresó como jefe de seguridad de la empresa alemana. El ex policía fue el primer represor investigado por la apropiación de menores y, cuando los periodistas rondaban las puertas de la fábrica, Mercedes Benz decidió disolver el acuerdo laboral mediante una generosa indemnización y un certificado laboral fechado el 5 de abril de 1984, donde se asegura que “fue merecedor de un concepto laboral óptimo”. En 1988, el ex policía fue condenado a cuatro años de prisión por la falsificación del acta de nacimiento de Logares y luego, beneficiado por la Ley de Obediencia Debida (sólo estuvo preso veinte meses), no fue condenado por otros delitos cometidos durante la última dictadura. En abril pasado, en los Juicios por la Verdad de La Plata, al ser interrogado sobre la presencia de militares en la Mercedes, Lavallén respondió que sólo iba “un teniente coronel muy amigo de Tasselkraut a visitarlo con mucha frecuencia”.

Que el caso de la Mercedes Benz no es el único lo confirma una presentación de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) ante el juez de la Audiencia Nacional de Madrid, Baltazar Garzón, en la que denuncia la existencia de un “plan concertado por los grandes grupos económicos y las Fuerzas Armadas para implementar el terrorismo de Estado y el genocidio con el objetivo de disciplinar socialmente a la clase trabajadora para obtener una mayor tasa de ganancia y concentración económica”.

El escrito, firmado por Víctor de Gennaro, Marta Maffei, Víctor Mendibil, Alberto Piccinini, Juan Carlos Camaño y Alberto Morlachetti, sostiene que el principal objetivo de la dictadura consistió en “desarticular a la clase trabajadora, rompiendo todas sus formas de organización sindical y haciendo imperar el terror en sus familias. Que esos hechos eran dirigidos —en muchos casos— desde las mismas empresas en cuyo seno actuaban, financiados por los empresarios, los grupos de tareas que luego secuestraban y mataban; torturaban dentro de las fábricas, en lugares especialmente preparados para ello; confeccionaban las listas de los trabajadores luchadores, para que se los secuestrase; ponían a disposición de los asesinos hasta vehículos de las empresas en los cuales se secuestraban a los trabajadores”. Entre los casos pilotos, la CTA menciona la fábrica Ford, de General Pacheco; los Astilleros Astarsa y Mestrina de Buenos Aires; el Ingenio Ledesma, en Jujuy, y Acindar, en Santa Fe.

Si bien durante muchos años la Daimler-Crysler intentó ocul-



Weber. La periodista alemana que investigó el caso a fondo.

tar sus amigables relaciones con la dictadura militar argentina, Weber apunta que existe gente dispuesta a romper el cerco de silencio impuesto por la compañía¹. “Varias veces, Metz me dijo que no puede hablar porque podría perder su jubilación —detalla Weber—. Cuando consulté a la compañía me respondieron que hay cosas del trabajo que son confidenciales y que Metz tiene que mantener esa confidencialidad”. En la sede de la multinacional, en Stuttgart, a nadie le gusta hablar del caso y dicen que las acusaciones contra la empresa son “confusas e insostenibles”. Los testimonios recolectados por Weber pusieron en jaque la imagen de “sensibilidad social” construida por esta empresa, que es el mayor complejo industrial europeo —con 450.000 trabajadores— y uno de los productores de armas más importante en el mundo. ■

1. Gabriela Weber es doctora en filosofía y Master en filología y periodismo de la Universidad de Berlín. Vive en Montevideo y trabaja como corresponsal de la ARD para América Latina. Comenzó su investigación en 1998, a partir del testimonio de Héctor Ratto en el Juicio a las Juntas. Actualmente está realizando la pre-producción de un documental sobre el tema. El Juicio de La Plata, tomó elementos de su investigación sobre el caso Mercedes Benz.

2. Los obreros desaparecidos son: Esteban Reimer, Fernando Del Connte, Diego E. Núñez, Víctor H. Ventura, Floreal Vázquez, Alberto Gigena, Héctor Belmonte, Juan José Mosquera, José Vizzini, Alberto F. Arenas, Jorge A. Lechner, Rubén O. Caddeo, Miguel Grieco y Charle del Carmen Grossi.

3. La Asociación de Accionistas Críticos de Daimler-Chrysler intentó designar al premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel para investigar el rol de la empresa en la represión. “Mercedes mandó un espía a Buenos Aires que dijo que escuchó que Pérez Esquivel manifestó su apoyo a la fiscalía en Núremberg. Según la compañía, Pérez Esquivel no es confiable y lo rechazan para dirigir la investigación —cuenta Weber—. La propuesta es que Helmut Frenz, que fue un obispo luterano expulsado bajo la dictadura pinochetista por colaborar con los grupos de derechos humanos chilenos, se ocupe del tema”.

4. (Cita correspondiente al testimonio de pag. 52) Montoneros cobró una suma millonaria por el rescate del gerente. Ascendió a cuatro millones de dólares, según el gerente Rubén Cueva; o a siete millones y medio de dólares según lo investigado por la periodista alemana Gabriela Weber.

Héctor Ratto, obrero de Mercedes Benz ex detenido-desaparecido

“El de Mercedes no es un caso aislado”

Este es el testimonio de un hombre que ingresó a la fábrica de Mercedes Benz, en González Catán, el 2 de enero de 1967, como preparador de máquinas del departamento de motores y uno de los dos obreros que sobrevivió a su detención ilegal.

“En 1975 comenzamos a enfrentarnos con el sindicato porque nosotros pedíamos un incremento salarial, conscientes de que la empresa estaba en condiciones de darlo. Como no había paritarias colectivas, una comisión que era adicta al sindicato aceptaba lo que la Mercedes le ofrecía. Entonces rompimos con el sindicato y, con la complicidad de SMATA, quedamos cesantes 117 compañeros. Yo estaba entre ellos y, casualmente, también todos mis compañeros desaparecidos. El 8 de octubre de ese año, los trabajadores de la fábrica hicimos una huelga por tiempo indeterminado, que duró 24 días. Las esposas, encabezadas por María Luján Ramos (mujer de Esteban Alfredo Reimer, uno de los voceros de la comisión interna, disidente a la conducción de SMATA), organizaron ollas populares en la puerta de la empresa para reunir fondos para la caja sindical. A este conflicto se sumó el secuestro del gerente de la empresa⁴, Heinrich Metz, el 24 de octubre. Una de las condiciones que impuso Montoneros fue que se efectuara el aumento salarial exigido por los trabajadores y la inmediata reincorporación de todos los empleados cesanteados (3). La empresa aprovechó los servicios de los militares para efectuar una limpieza de todos los trabajadores que ellos consideraban como gente peligrosa o que el sindicato mismo les marcaba. SMATA, en solicitudes publicadas en los diarios nacionales, sostenía que la Mercedes Benz era un aguantadero de subversivos.

Excepto Juan José Martín, a los demás compañeros se los llevaron de sus casas. En la fábrica no tenían mi nueva dirección porque me había casado en marzo del 76 y no les informé el cambio de domicilio por razones de seguridad. El viernes 13 de agosto de 1977 estábamos en asamblea. Cuando regresé a la sección, gente de la vigilancia me comentó que me habían llamado de mi casa porque mi esposa había sufrido un accidente. Ese día había entrado en

el turno tarde porque un compañero me había pedido que le cambiara el turno para ir al dentista. Además, no había dejado el número de la fábrica en mi casa porque no teníamos teléfono y las pocas veces que había dado parte de enfermo siempre lo hice mediante telegrama. Esa misma mañana me enteré de que habían secuestrado a un compañero de la sección, Fernando Omar Del Connte.

Todos mis compañeros me pidieron que no saliera porque ni bien pusiera el pie afuera de la fábrica me llevaban. Una comisión de tres compañeros salió para averiguar si era cierto lo del llamado. En el interín, el capataz del turno tarde, de apellido Rockafull, me dijo que ellos ya me habían firmado el permiso de salida y que lo comprometía permaneciendo en la sección. Lo curioso fue que yo no le había solicitado el permiso. Le contesté que mi vida corría peligro y que me quedaba por mi seguridad. Cuando volvió uno de los compañeros que había salido, confirmó que no me habían llamado de mi casa. Finalmente, Tasselkraut, el gerente de producción, dijo que me buscaba gente de civil y que él había pedido que me llevara gente uniformada. Dos tipos de civil, que se identificaron como policías, aseguraron que tenían la orden de llevarme, no me dijeron por qué, ni me mostraron ninguna orden, aunque yo se las pedí. Mientras esperaba que llegara el ejército, llamaron de personal y Tasselkraut les dio la dirección de Diego Núñez, quien había sido secuestrado y liberado una semana atrás. Cuando llegaron los del Ejército con tres camiones, realizaron una recorrida por la fábrica para ver si habría otra persona más para llevarse.

Me alojaron en la comisaría de Ramos Mejía hasta el 17 de agosto. Me hicieron firmar una planilla como que me dejaban en libertad y en el mismo patio de la comisaría me encapucharon y trasladaron a Campo de Mayo. Me pegaron, me picaron, me preguntaban por los demás compañeros, si había

alguno que llevara propaganda subversiva, si había dentro de la fábrica gente con ideas de izquierda. Estuve cuatro meses sin poder mover los brazos. Tal es así que me tuvo que vestir el mismo que me estaba torturando. En un galpón escuché las voces de Gigena, Arena, Mosquera, Leichner. Con el transcurso de los días, identifiqué también la voz de Del Connte, que estaba en otro galpón cercano.

Gigena me preguntó si creía que íbamos a salir, si nos iban a largar. A los dos días de esta pregunta, nos llevaron a Gigena, a Leichner y a mí para simular un fusilamiento. Gigena se quejaba de que le habían pegado una trompada muy fuerte en el estómago. A fines de agosto, creo que el 31, empezaron los traslados. Para ellos no teníamos nombre ni apellido, nos nombraban por números, que iban subiendo al camión a medida que nos llamaban. Cuando me tocó a mí, el 478, uno de los represores, no recuerdo si fue el gallego, el turco o el alemán me dijeron que yo me quedaba. En ese momento pensé que los trasladaban a otro lugar. Nunca imaginé que los tiraban en los vuelos de la muerte. Los que vigilaban el galpón, que era personal de gendarmería, pidieron que todos los de Mercedes Benz se pusieran de pie. En el galpón estaba yo solo. Del otro galpón salieron dos más: uno era Del Connte y el otro presumo que sería Belmonte. A mí me subieron a un coche, donde escuché las voces de los mismos tipos que me habían ido a buscar a la fábrica. Jamás supe adónde llevaron a Del Connte y Belmonte. Me volvieron a alojar en la comisaría de Ramos Mejía el 2 de septiembre de 1977 hasta que me liberaron el 8 de marzo de 1979.

Mientras estuve desaparecido, mi mujer iba acompañada por mi padre al cuartel de Palermo y siempre le decían que no sabían nada. Era la impunidad total y no tenían muchas alternativas para pelear. El día anterior a que me secuestraran, los mellizos (Lorena Edith y Ricardo Daniel, que hoy tienen 25 años) cumplían cinco meses de vida. Estaba sola y con dos criaturitas de cinco meses; no sabía cómo luchar contra un enemigo tan poderoso. Ella quedó mal, con esa especie de síndrome o miedo de que me pueda pasar algo. Dentro de todo, tuvo la suerte de no sufrir la invasión del hogar como las otras mujeres de mis compañeros. Mujeres con chicos chiquitos tuvieron que soportar que les tiren y les

rompan todo, que las golpeen y les secuestren a los maridos. Inclusive en muchas casas les robaron.

Cuando me soltaron, un milico me dijo que no regresara a la Mercedes porque la próxima no volvía a aparecer. La comisión interna de la Mercedes vino a verme a mi casa. Llegamos a un acuerdo y me pagaron como si me hubieran despedido. Por agencia conseguí trabajo en la Deutz (fábrica de tractores) y cuando tuve oportunidad de quedar en la empresa como efectivo dije que había trabajado en Mercedes Benz, que fue la única empresa en la que había estado desde el 67 hasta que me secuestraron. Cuando la Mercedes les pasó el informe, “culpable” o “subversivo”, me echaron de la Deutz. Con la indemnización puse un kiosko de diarios, después una juguetería, y en 1987 empecé en una pequeña empresa electromecánica, donde actualmente trabajo.

Creo que hubo casos de familiares que no pudieron aceptar la desaparición de sus seres queridos y luchar como lo hicieron las madres de Plaza de Mayo. Algunos luchan, otros no se quieren meter. La madre de Arena, que ahora debe tener muchos años, era muy luchadora. Me acuerdo de que Arena me decía: “Si mi vieja fuera varón, sería guerrillera”. La hermana de Gigena quería saber qué había pasado con su hermano. Ella me comentó que había hecho la denuncia en el tribunal de Morón y fui a declarar para aportar datos sobre el tiempo que estuvimos juntos en Campo de Mayo.

Los hijos de Gigena sienten que el padre es culpable de todo lo que le sucedió... es totalmente inaudito que a un obrero que trabaja y reclama por sus derechos, se lo lleven como si fuera un criminal y que encima su familia vea mal lo que hizo él y bien lo que hicieron los que lo asesinaron.

Pero el caso de Mercedes no es un caso aislado. Todas las empresas colaboraron con la dictadura porque era una manera de sacarse a los obreros que molestaban. Como la fábrica estaba trabajando bien, exportaba y proveía al Ejército de unidades, nosotros aprovechábamos para reclamar mejores condiciones de trabajo, mejores salarios. Los militares se encargaron de hacer desaparecer a los obreros molestos y de paso meterle miedo al resto para que no siguieran reclamando.” ■

Los Juicios por la Verdad de La Plata

“Hoy sabemos mucho más”

por Lucas Miguel y Marta Vedio

La Verdad parecía un objetivo menor cuando, en marzo de 1998, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) de La Plata, junto a un grupo de familiares, promovió la demanda que dio origen al Juicio por la Verdad. Resultaba inadmisibles poner allí las energías, cuando los más grandes genocidas estaban libres. Pero era el primer paso de la estrategia de buscar la Verdad para alcanzar la Justicia. A cuatro años de aquella iniciativa, los Juicios por la Verdad se han multiplicado por todo el país, han reflatado la discusión en la sociedad sobre las consecuencias de la dictadura, han escocido nuestra conciencia y puesto en marcha, también, las estrategias de los enemigos de la Justicia para acallarlos.

Hoy sabemos mucho más. Conocemos centros clandestinos de detención nunca antes mencionados. Podemos ahondar en las cadenas de mando hacia abajo y tenemos la oportunidad de desenmascarar a los represores cuyo nombre no apareció jamás en ningún listado oficial ni extraoficial. Sabemos de más y más cómplices civiles. Con la legitimidad de siempre y la fuerza de los hechos incontestables, la prueba recabada en estos más de cuatro años nos permite plantear, ahora sí, Juicio y Castigo. Ahora, Verdad y Justicia.

La movilización de todos los factores dinámicos de nuestro pueblo ha conseguido poner en marcha este proceso, continuarlo y profundizarlo es nuestra responsabilidad. No sólo de los organismos de derechos humanos y de los jueces democráticos, sino de todas las fuerzas sociales e incluso de los organismos del Estado que tienen responsabilidad. El Consejo de la Magistratura, por ejemplo, debe hacerse cargo de este tema y dotar a las Cámaras Federales de los medios que requieren para cumplir con su objetivo: cargos, espacio físico, infraestructura, en fin, recursos de los que sí abundan para la Corte Suprema. La Corte debe dejar la cuestión fuera de sus especulaciones políticas para colocar a la Argentina de una vez en el primer nivel de cumplimiento de sus obligaciones internacionales. La Sala Militar de la Cámara de Casación Penal debe permitir que cada juicio continúe su marcha de la manera en

que organismos, fiscales y jueces lo han planteado y no detener la marcha de la Justicia.

Por otra parte, el avance firme de los Juicios por la Verdad de Bahía Blanca y Mar del Plata llevó a los amigos de la impunidad a utilizar un artilugio legal para detener estos dos procesos judiciales: con la excusa de analizar dos recursos presentados por militares seriamente comprometidos, Casación se llevó todos los expedientes de esos juicios, que quedaron paralizados aguardando una resolución, que está última en las prioridades de su Sala Militar, de la que además sólo pueden esperarse condicionamientos. En Mendoza, algunos de los jueces de la Cámara Federal, que debe impulsar la investigación, fueron recusados por su presunta complicidad con los principales autores de la masacre. En este cuadro, los gobiernos nacional y provinciales deben dejar de ser refugio y protección de genocidas para transformar a sus fuerzas de seguridad internas en garantes de la vigencia de los derechos humanos.

Gracias a los Juicios por la Verdad tenemos listas con nombres de policías que participaron de la represión ilegal y que hoy siguen reprimiendo al pueblo, escudados en el anonimato y la impunidad que les otorgaron mandatarios, legisladores y la Justicia complaciente. Hoy tenemos la posibilidad de acercarle esos datos a los funcionarios responsables, que ya no tienen más crédito para prometer. O avanzan con la expulsión de los genocidas o siguen siendo sus cómplices. El Parlamento Nacional debe abandonar sus infames negociaciones para declarar de una vez y para siempre la nulidad de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida y de los decretos de Indulto, para que todos los canallas, con y sin uniforme, vayan a la cárcel. Cada uno tiene un rol que jugar para que este proceso desemboque en el final que anhelamos: la paz como fruto de la Justicia. ■

Lucas Miguel es el secretario de Prensa y Marta Vedio la Secretaria de Asuntos Jurídicos de la APDH La Plata.

Comentario sobre el libro de Hugo Vezzetti

Una reflexión sobre la sociedad

El texto que publicamos a continuación fue leído en la presentación del libro *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, de Hugo Vezzetti. En él se analizan los ejes de este ensayo sobre la construcción de la memoria.

por Hilda Sábato
ilustraciones Martín Barrios



De la serie *Fuera de las palabras*. Pintura asfáltica sobre madera, de Martín Barrios.

El libro de Hugo Vezzetti, sin duda va a representar un hito en la reflexión sobre la Argentina reciente. En un plano más personal, me da un gusto enorme poder expresar públicamente mi admiración por el trabajo de un amigo con quien, en el seno del Consejo de Redacción de Punto de Vista hemos compartido muchas de las preocupaciones de este libro. No puedo dar cuenta en tan breve espacio de la densidad y la complejidad de este libro, ni transmitir hasta qué punto me ha resultado provocador y estimulante. Voy a intentar, en cambio, presentar lo que entiendo son sus principales núcleos de reflexión en el marco de un abordaje que se instala en un territorio de cruces. El texto es, por una parte, un ensayo sobre las formas de construcción de la memoria, y en ese punto se conecta con el vasto campo actual de estudios sobre la memoria social y colectiva. Por otra parte, es también una indagación histórica sobre las representaciones del pasado y sobre ese pasado mismo, en el terreno político y cultural. Finalmente, es sobre todo una reflexión profunda sobre la sociedad argentina reciente. Estamos, entonces, frente a un producto original que avanza decididamente sobre otras intervenciones hechas en este campo, aun por el propio Vezzetti. En la primera frase del prólogo, el autor dice: “Este libro trata sobre un acontecimiento y una experiencia únicos, el terrorismo de Estado...” y más adelante especifica que “se propone indagar ampliamente un espacio de representaciones y explorar... la experiencia social de la irrupción de la violencia y el terrorismo de Estado en la Argentina”. En particular, le interesan las representaciones que se fueron generando a partir del ocaso del régimen militar, es decir, después de la derrota en la guerra de Malvinas y sobre todo, las que se inauguraron como consecuencia de ese momento de corte con el pasado constituido por el Nunca más y el Juicio a las Juntas. Y lo guían el interrogante acerca de cuáles fueron las condiciones sociales que hicieron posible la dictadura y lo que enuncia como su idea fuerza: “esa etapa de extrema barbarie expuso rasgos presentes en la sociedad... y en general sacó a luz lo peor”. Desde allí, Vezzetti ensaya una estructura expositiva original: aquel interrogante se transforma en un tema que recorre todo el texto, una preocupación constante a la que busca responder desde diferentes lugares. Esos lugares los construye a partir de la definición de ciertos núcleos de indagación, cada uno de los cuales se intersecta con el resto, a la manera de círculos parcialmente superpuestos que tienen su centro propio pero a la vez se cruzan con los demás. De manera que va poniendo sucesivamente el foco en esos diferentes centros y, desde allí, por una parte vuelve a su pregunta central sobre las condiciones sociales en las que la dictadura fue posible y, por otra, ilumina las zonas de superposición con los otros núcleos. El efecto es el de una trama muy densa y articulada, en la cual todos los hilos se cruzan y vuelven a cruzar. Es imposible reproducir aquí ese efecto, por lo que quiero advertir que, al comentar lo que considero son las propuestas más interesantes y provocativas del libro, estaré desgajando analíticamente

los temas de la trama en que Vezzetti las presenta. Entre los círculos que mencioné arriba, no todos tienen la misma proyección: Uno de ellos, ubicado en la mitad del texto, se constituye en el punto de mira desde donde se llega a los demás. Se trata del que refiere al Juicio a las Juntas y al Nunca Más, hechos que constituyeron “un núcleo propiamente formador de la experiencia social de(l) pasado” de la dictadura, como dice Vezzetti. Lo llama “escena bisagra”, que “anudaba un núcleo de significaciones que no sólo rearmaba la memoria completa de la dictadura, sino que incorporaba las bases de una nueva memoria de la democracia”. No es la primera vez que el Juicio y el Nunca Más son colocados en ese lugar fundamental. Conocemos también otras interpretaciones del Juicio que tienden a quitarle centralidad: para ello se argumenta que sus efectos se disolvieron debido a las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y al Indulto y se habla en consecuencia de “impunidad”. Otras echan sobre el Informe de la Conadep un manto de sospecha al acusarlo de haber “inventado” la teoría de los dos demonios. Vezzetti, por su parte, avanza sobre la primera interpretación: muestra cómo el Juicio y el Nunca Más reordenaron las significaciones sobre el pasado a partir de la introducción de la figura del terrorismo de Estado, que ubicó a la dictadura en el marco de los estados criminales del siglo XX y a sus acciones en línea con el Holocausto y el genocidio nazis; la colocación de los desaparecidos en el centro de la narración y su representación como víctimas, que cancelaba otras representaciones posibles como la más politizada de combatiente, por ejemplo; y la focalización de la responsabilidad criminal enteramente sobre el actor militar, que, dice Vezzetti, devolvía a la sociedad “una imagen de tranquilizadora inocencia”. En ese sentido, el imperativo de búsqueda de la verdad se orientaba al qué y no al cómo, es decir a indagar qué había pasado y no cómo había sido posible, pregunta que en cambio sí se formula el autor. En cuanto a su capacidad proyectiva, eso hechos contribuyeron a generar un consenso acerca del pasado que debía servir de fundamento para la construcción de una memoria reparadora; introdujeron la temática de los derechos humanos como constelación de valor clave en la refundación democrática; pusieron en escena a la ley como actor central de esa refundación; e impulsaron un rechazo a la violencia como forma de resolución de los conflictos políticos. En ese marco, Vezzetti aborda lo que se conoce como “la teoría de los dos demonios”: la equiparación de la represión estatal y los actos de la guerrilla armada. Este es uno de los momentos más atractivos del libro, ya que explora no sólo las representaciones presentes en el Juicio y el informe de la Conadep, para mostrar toda su complejidad, sino que descubre que la imagen de los dos demonios: “ya estaba presente en la visión de muchos en las vísperas del golpe militar de 1976”. Esa imagen no era patrimonio de los militares, la derecha o, más tarde, del gobierno de Alfonsín, sino que también formaba parte del imaginario de la izquierda insurgente: estaba presente en

la fe militarista que ésta compartía con los represores y en la común exaltación de la violencia. Vezzetti descarta cualquier pretensión de equiparar la acción de las FFAA y la de la guerrilla, y por lo tanto, la validez de la figura de la guerra para describir lo que pasó. Pero no se conforma con ello: el problema lo encuentra en el terreno de las representaciones, y en las percepciones comunes a todos los actores del momento. "Las figuras de la guerra" se llama el capítulo anterior. Aquí se combinan dos planos de análisis, el de los discursos y el de la acción. La dictadura es puesta en contexto y se vuelve sobre el interrogante más general sobre sus condiciones sociales de existencia y sobre la responsabilidad colectiva o lo que Jaspers designó como "culpabilidad política y moral". Sin concesiones, y partiendo de la constatación de la buena recepción que el golpe del 76 tuvo en sectores amplios de la población —incluso entre los militantes que consideraban que la mayor represión provocaría la rebelión generalizada y abriría las puertas de su encumbramiento revolucionario—, Vezzetti reconstruye cómo se había llegado a ese "desbarranco de la política hacia la justificación de la violencia sistemática y sin límites", hacia una visión del antagonismo entre partes que sólo podía resolverse con el aniquilamiento del enemigo, hacia la representación de la inminencia y la necesidad de una confrontación total, imágenes compartidas por la sociedad toda. Los discursos del orden, las acciones Perón y el peronismo y lo que denomina sin eufemismos "los fracasos del voluntarismo insurgente" constituyeron la condición de posibilidad sobre las cuales se armó, literalmente, la salida dictatorial. Y contribuyen a explicar la pasividad y aquiescencia de la mayoría de los argentinos frente a lo que vino después. La mirada de Vezzetti es incisiva y productivamente impiadosa. ¿Cómo tematizar la masacre? ¿Cómo hablar del terror? En este núcleo, la radicalidad de la experiencia de los campos es puesta en contrapunto con la de la "normalidad social", no para acentuar su contraste ni buscar los parecidos, sino para mostrar hasta qué punto "el campo argentino revelaba, del lado de los perpetradores, algo que no estaba ausente en la sociedad". Para llegar a esa provocativa conclusión, Vezzetti sigue dos caminos paralelos. Por una parte, se interroga sobre la desmesura del sistema de represión argentino sintetizada en la figura del desaparecido. Partiendo de las interpretaciones más frecuentes para otros casos, en particular el alemán, establece similitudes y diferencias, descarta la explicación centrada exclusivamente en la tesis de la maldad de los perpetradores o en la que pone el acento en la maquinaria de terror burocrática; se pregunta por la productividad de la aplicación del término "genocidio" —se inclina por el de masacre planificada—, y encuentra una serie de rasgos específicos del terror local que lo llevan finalmente a dirigir su mirada hacia el afuera del terreno represivo, hacia la sociedad misma. Se interna así en un segundo camino guiado, nuevamente, por la pregunta sobre la responsabilidad social, sobre las condiciones de posibilidad de la dictadura y también sobre los efectos del

terror. Lejos de la representación de una sociedad aterrorizada, propone un conjunto de imágenes que combinan la subordinación, el miedo entendido "como anhelo de encontrar una posición de sumisión protegida frente a las amenazas de un desorden que era, a su vez, real e imaginario", el consentimiento a las acciones represivas fundado en creencias sobre el orden y la seguridad, y los silencios interesados y aun cómplices, en donde no estaba ausente la búsqueda de beneficios corporativos y el oportunismo. Se refiere también a los apoyos explícitos y conformidades implícitas que se dieron en todo el arco social y tuvieron como protagonistas a los medios de comunicación, la Iglesia, los partidos, los sindicatos, y otras instituciones.

En el cruce de estos dos caminos, ¿qué es lo que revelaba el campo argentino que no estaba ausente de la sociedad? En sus palabras: "una combinación de obediencia y revancha, de adhesión ideológica y oportunismo de facción, incluyendo la disposición a obtener los máximos beneficios en condiciones de impunidad". En este punto, la idea fuerza anunciada al principio se manifiesta en toda su crudeza pues se confirma que "la dictadura puso a prueba a la sociedad argentina y... muy pocos pasaron la prueba". Y el interrogante sobre la responsabilidad social, sobre la culpa política y moral, interrogante que se formula una y otra vez a lo largo del texto, encuentra una frase que da la respuesta: "la imagen de una sociedad mayoritaria y permanentemente aterrorizada frente a una violencia extendida en la vida cotidiana es una construcción retrospectiva que vino a alimentar el viraje hacia un ánimo opositor cuando la dictadura ya estaba derrotada; y sobre todo promovió la tranquilizadora creencia de que no había nada que hacer frente a un poder que habría convertido completamente la escena cotidiana en un gigantesco campo de concentración".

Volviendo al núcleo central: el Juicio a las Juntas y el Nunca Más abrieron un ciclo de representaciones sobre los años de la dictadura que se asoció con la instauración de la democracia. Esas representaciones formaron un piso compartido en la interpretación del pasado que sirvió de base a la construcción de una memoria colectiva, operación cultural que fue, en principio, bastante exitosa. Sin embargo, esas interpretaciones han sido materia de disputa y nuevos relatos han venido a poner en cuestión aquellas narraciones. Vezzetti analiza y discute algunos de esos relatos en el último capítulo del libro, pero el tema queda abierto. En la situación actual de la Argentina, algunos de los valores que estuvieron en el centro de la refundación democrática del 83 están puestos en cuestión; la idea misma de democracia está en disputa. ¿Cómo se verá el pasado de la dictadura a partir de este presente? ¿Qué relecturas se generarán y se pondrán en circulación? ¿Con qué efectos? Estas son las preguntas que se abren al cerrar este libro y que Vezzetti seguramente abordará en uno próximo. ■

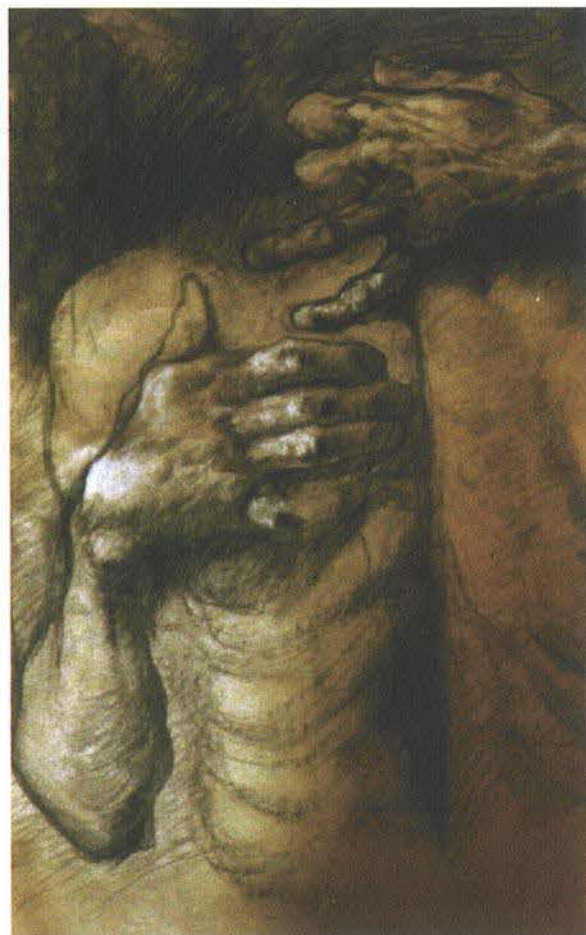
Texto leído con motivo de la presentación del libro *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, de Hugo Vezzetti, en el Instituto Goethe, 12 de junio de 2002.

Una lectura de Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad

La voluntad democrática

Tras la lectura del libro de Hugo Vezzetti, recientemente editado, el autor de esta nota confronta con algunos ejes centrales del texto. Para Dalmaroni, se trata de un libro “extremadamente discutible” y, a la vez, “extraordinario”.

por Miguel Dalmaroni
Ilustraciones Martín Barrios



Pasado y Presente es un libro extremadamente discutible. Me gustaría anotar además que se trata de un libro extraordinario. Y lo sería por varias razones. La principal es ésta: Vezzetti ha escrito un texto que toma partido, casi en cada página y de manera muy definida, y en que la pasión se involucra tanto como en otras intervenciones sobre el problema del horror dictatorial y la historia argentina reciente. Pero esos fuegos y definiciones se encarrilan casi siempre, con una autoexigencia inusual, sobre la construcción de argumentos. La pasión del libro es una pasión razonada. Una pasión sometida, con un rigor casi sin altibajos, a las responsabilidades de la razón. Vezzetti se mueve, y lo sabe, en un terreno donde, inevitablemente las voces del análisis que son con frecuencia las voces de los protagonistas, suelen crísparse en los ardores de una disputa de sentidos donde a veces interesa, más que un consenso hipotético o deseado, la fuerza con que el discurso sea capaz de defender e imponer las posiciones políticas y morales de los contendientes. Vezzetti procura que efectos de esa clase se produzcan por añadidura, por la fuerza sustantiva de sus argumentos, de los argumentos en tanto tales. En ese sentido, es un libro que se apega todo lo que puede a una concepción del conocimiento crítico, de la interpretación histórica y de la toma de partido sobre lo público, que podemos situar con claridad: el que elaboraron en la Argentina, entre el fin de la dictadura y durante la llamada transición democrática, ciertos grupos de intelectuales provenientes del campo de la izquierda cultural y universitaria, especialmente el que se reúne en torno de la revista Punto de Vista (en la que se publicaron las primeras versiones de algunos capítulos de este libro). Esa concepción de la crítica es una reconstrucción selectiva de las tradiciones de la modernidad (precisamente de lo que suele llamarse “teoría crítica”) en la

que ocupan un lugar central las nociones de “democracia” y “consenso racional”, además de una impugnación ética y jurídica del vínculo entre política y violencia fundada en una racionalidad clásica sobre la conexión entre medios y fines. Anoto “casi siempre” y “casi sin altibajos”, porque hay por lo menos un momento del libro en que, para fundar posiciones políticas, ese apego responsable al discurso de argumentos parece ceder algo a un discurso de efectos —ironía por sobre seriedad, figuración por sobre predicación—, cuando Vezzetti discute el libro de Miguel Bonasso sobre Cámpora y procura desarticular las inconsistencias inaceptables de lo que denomina “una memoria montonera”. En ese apartado del libro aparece uno de los enunciados más endebles de Vezzetti, cuando polemiza especularmente con Bonasso y propone que “si se trata de evocar analogías en los estilos políticos”, Cámpora se parecía menos a Illia que a Fernando De la Rúa; una conjetura innecesaria aunque no tan desafortunada como el lugar que Lanusse tiene en el libro: apenas mencionado, el texto nos lo presenta al pasar como el gestor de un “acuerdo de gobernabilidad” saboteado permanentemente por Perón. Si de lo que se trata es de vincular pasado y presente, Vezzetti no puede ignorar la implícita pero clara asimilación que efectúa su texto entre el oportunismo estratégico del ex dictador y una noción como la de “governabilidad”, privilegiada por el discurso político de la transición latinoamericana cuando se trata de pensar proyectos de democracia posible en un contexto muy diferente al de principios de los 70.

El texto de Vezzetti es, entonces, extremadamente discutible porque prodiga y articula aseveraciones muy definidas mientras intenta que la confrontación de posiciones quede sometida al intercambio de argumentos. Uno de los ejemplos más claros está en su reflexión sobre el concepto de “genocidio”, que para el caso del terrorismo de Estado argentino el autor prefiere reemplazar por el de “masacre o exterminio planificados”. El argumento es la necesidad de destacar la significación política de la “tragedia de los desaparecidos”, es decir, el hecho de que aquí los exterminadores imaginaran y argumentaran que las víctimas siempre lo eran por razones antes que nada ideológicas o políticas (y no, como en los casos modélicos del siglo XX usualmente denominados “genocidios”, por pretextos imaginados en primera instancia como de otro orden, por ejemplo: étnico o religioso).

La operación es muy eficaz en función del tipo de intervención que Vezzetti se propone, porque en las nociones de “masacre” y “exterminio” no se perdería el tipo de impulso discursivo que efectúa “genocidio” —su, digamos, fuerza impugnatoria y dramática, su performatividad—; lo que permite al autor conducirnos hacia la descripción específica y el análisis histórico del caso particular (es decir, desplazarnos del terreno del combate discursivo al campo del debate de ideas).

Un aspecto tal vez subestimado en este punto del análisis, no obstante, está en la asimilación de la “subversión” política a la subversión religiosa que la propia imaginación de los

exterminadores efectuaba (y sobre la que el propio Vezzetti insiste en otros momentos, como señalo más abajo), una operación que no parece excesivo vincular con la sólida tradición antisemita que cultivaron vastos sectores de las Fuerzas Armadas argentinas (y que probablemente hubiesen hecho intervenir en el discurso antisubversivo de un modo más franco y brutal que el que emplearon, si las circunstancias —entre otras, las internacionales— lo hubiesen permitido).

El libro de Vezzetti es además discutible (es decir, invita de modo frontal a una discusión demasiado postergada), porque casi en ninguna página morigera la claridad de sus planteos por las incomodidades o incluso las irritaciones que inevitablemente están destinadas a provocar en muchos interlocutores del presente, en otras memorias presentes del pasado. Me refiero sobre todo a las interrogaciones e hipótesis que insisten con severidad sobre las responsabilidades históricas, no sólo de las Fuerzas Armadas, sino de los partidos políticos (no hay reserva ni eufemismos en los juicios contra el modo en que Balbín y sobre todo Perón legitimaban e impulsaban la “guerra”), los sindicalistas, los empresarios, el clero católico y, sobre todo, las organizaciones guerrilleras.

Esa franqueza polémica se articula con uno de los principales argumentos críticos del libro: el Nunca Más y el Juicio a las Juntas, que Vezzetti valora enfáticamente al atribuirles la función implantadora de una nueva memoria, se describe a la vez como constitución de la forma de olvido social más significativa de la posdictadura.

Resumo el planteo del libro: para cortar con lo sucedido y refundar un consenso democrático en torno al derecho, el Nunca Más y el Juicio a las Juntas Militares concentraron su relato del pasado en la figura del desaparecido, es decir, en la inocencia de la víctima de los crímenes del terrorismo de Estado que era preciso condenar. Ahora bien, cuando Vezzetti explica el advenimiento de la dictadura (aunque como veremos, no su imprevisible desmesura criminal) en relación con “ese período de ascenso de los extremos, desde 1973 a 1976, en el que el clima y el discurso de la confrontación alimentaban parejamente propósitos de exterminio recíproco”, señala a la vez que “la visión básica de un antagonismo que sólo podría resolverse por la aniquilación del enemigo” era compartida por “la sociedad”. Aquel consentimiento social, no obstante, vino a disolverse en el olvido, invertido en rechazo, por la adopción de la “teoría de los dos demonios” y por efecto del Juicio a las Cúpulas Militares, que “devolvía a la sociedad una imagen de tranquilizadora inocencia”.

La memoria corregida de la democracia —que prefirió una “recuperación defensiva desde un estado de inocencia”— tomó algo de la “teoría de los dos demonios” cuando olvidó tanto la adhesión generalizada a los vínculos entre política y violencia de principios de los 70, como el extendido reclamo social de un orden que condujo a consentir —o a ignorar— los crímenes con que el terrorismo de Estado pretendía reestablecerlo.

A mi entender, la principal debilidad de esta tesis reside en

esa noción de "sociedad", muy recurrente en el libro y cuya importancia puede comenzar a medirse desde que es una de las que elige el autor para titular la obra: por momentos analítica, por momentos prescriptiva, la idea implícita de que pueda hablarse, tanto si se trata del pasado como del presente, de un sujeto social unificado, complejo pero uno, crea de hecho más dificultades de las que resuelve en el análisis de un caso y un período histórico tan marcado por, precisamente, la fractura y el conflicto social (sea que, en términos teóricos, se piense que ese sujeto habría sido históricamente posible, sea que se lo imagine como el horizonte deseado o deseable de un modo colectivo de vida).

Si el sujeto en que se piensa es "la sociedad", cualquier cosa que se diga sobre el vínculo que mantuvo con el terrorismo de Estado en la Argentina y luego con la transición —asentimiento, co-responsabilidad u olvido; combate, resistencia o memoria— será falsa o, tal vez mejor, históricamente confusa. En ese sentido, parecidos reparos pueden interponerse a la voluntad de Vezzetti por atribuir a "la sociedad" la adopción del Nunca más como matriz de memoria para un nuevo comienzo colectivo, una tesis que, no obstante algunas matizaciones con que el autor la complejiza, no alcanza a librarse de los malentendidos históricos que introduciría.

A riesgo de asimilarlo inmerecidamente a una etiqueta del mercado académico y editorial de los últimos años, creo que Pasado y Presente es uno de los más incitantes resultados del uso del llamado "giro cultural" del pensamiento crítico. El libro toma la perspectiva que concede a las significaciones, las representaciones, las creencias, los imaginarios y las prácticas culturales una importancia determinante sobre la acción colectiva y sobre el movimiento histórico, para retomar en el caso argentino una pregunta ya clásica del pensamiento del siglo XX a partir de la Shoa y otros genocidios: ¿Cómo ha sido posible? Vezzetti descarta con argumentos históricos (apenas desarrollados pero convincentes a la luz de la experiencia histórica misma) la mera explicación económico-imperialista: para imponer la forma socioeconómica de dominación que se terminaría de desplegar en la Argentina tras el golpe de 1976, no eran necesarios el colmo de violencia ni los extremos de la criminalidad sin precedentes a que llegó el "Proceso". Descartando a la vez "la irrisoria victoria sobre la guerrilla, que en lo central ya estaba derrotada [antes del 24 de marzo de 1976]", Vezzetti propone que "en el fundamento del plan de exterminio" desmesurado, hubo "un sistema de creencias que fue eficaz en la construcción ideológica de un enemigo irrecuperable".

En ese sistema de creencias, Vezzetti concede una particular importancia a varios factores: por una parte, la convicción militar sobre la necesidad de una "venganza social" y, sobre todo, de una "revancha corporativa". Por otra parte, y apoyándose varias veces en el libro de Emilio Mignone Iglesia y dictadura, hace intervenir como elemento decisivo la sacralización de la masacre, el mesianismo de secta que "impulsó una visión redencional del exterminio" y la figuración de una

"guerra" que en términos militares no era tal, y que contó con la decisiva legitimación no sólo institucional sino sobre todo discursiva y doctrinaria de los vicarios castrenses y capellanes militares (cruzada, "guerra sagrada" y "guerra de religión" son algunas de las nociones que utiliza la argumentación).

El poder de ese imaginario desmesurado para impulsar las acciones resultaría confirmado además por los proyectos megalómanos tanto de las cúpulas guerrilleras como, sobre todo, de los militares del "Proceso": por una parte, la convicción de que habían sido "ungidos" para ejecutar una "reorganización" completa de la nación, su depuración hasta física y su tutelaje definitivo; por otra, la aventura de Malvinas. "Cuesta imaginar —anota Vezzetti— a un general chileno o uruguayo iniciando una guerra contra Inglaterra. Los militares argentinos, en cambio, parecían creer que también en el terreno internacional todo les estaba permitido".

Ahora bien, la importancia concedida a este orden de la creencia, y específicamente a las "representaciones" o "figuraciones de la guerra", cuya naturaleza alucinatoria y ficcional no impedía que funcionasen como poderosos "principios de acción", es para Vezzetti una "significación general", compartida no sólo por militares y sectores sociales más o menos asociados a ellos, sino sobre todo por las organizaciones del "terrorismo insurgente" (para Vezzetti, Montoneros más que otras, aunque también conceda singular importancia al ERP).

Por más que el conflicto se haya resuelto menos por factores subjetivos que por la superioridad militar de las Fuerzas Armadas, la expansión desquiciada de la masacre más allá de la derrota militar de la guerrilla se vincula en el planteo del libro a una guerra que también se libró en el terreno "propia-mente imaginario": "Patria o Muerte", la consigna de Montoneros, también describía la mentalidad de las Fuerzas Armadas, "mejor formadas y penetradas de esa creencia inmovible" que el "voluntarismo insurgente". Lo que se agregaba en 1976, respecto de situaciones semejantes del pasado, era —sostiene Vezzetti— una convicción de "inminencia" revolucionaria extremadamente sólida: "militares y guerrilleros, cada uno a su modo, compartían esa fascinada convicción de que una situación revolucionaria estaba a la orden del día". No es posible para Vezzetti explicarse cómo es que sucedió el horror de la masacre (y sus análisis son especialmente convincentes en este punto), sin advertir la dimensión inédita de esa alucinación, que si para los guerrilleros justificaba la prosecución de la lucha armada contra todas las evidencias de una derrota segura, para los militares proyectaba al extremo "el fantasma de humillación y revancha" de la amenaza comunista que se creían destinados a conjurar como fuese.

Una matriz interpretativa de inspiración similar utiliza Vezzetti cuando analiza el Nunca Más y el Juicio a las Juntas: formación discursiva, nuevo relato, operaciones sobre las representaciones del pasado, dimensión teatral, escena fundadora, efecto simbólico y construcción mítica son algunas de las categorías preferidas para razonar la importancia histórica

que tuvieron el informe de la CONADEP y el juzgamiento de los comandantes para “implantar” o “instaurar” una “significación ampliamente consensual”. En este sentido, el libro de Vezzetti —no importa lo intenso que pueda ser el desacuerdo que provocan muchas de sus tesis y tomas de posición— es un verdadero aporte a los debates sobre los modos de interpretar la historia argentina del último cuarto del siglo XX. Pasado y Presente razona y defiende, a la vez, lo que podríamos llamar una narrativa de la memoria, sobre todo hacia el final del texto, cuando analiza algunos libros de testimonios de “los protagonistas de la aventura guerrillera” (entre los que se destaca, además del de Bonasso, *La voluntad* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós). Por una parte, mientras recuerda la opacidad de los acontecimientos del pasado, Vezzetti propone un criterio de “inteligibilidad” o, más bien, de confiabilidad historiográfica que vaya “más allá de la conciencia de los actores”; para Vezzetti, el problema reside en que esa conciencia corresponde a una “memoria testimonial” que se pretende transparente cuando, como toda memoria, no es sino una construcción selectiva.

Por otra parte, Vezzetti propone reemplazar el tipo de memoria predominante en los testimonios de los sobrevivientes —casi siempre orientada, según él, a clausurar, totalizar o repetir un sentido de los hechos más o menos autojustificatorio— por “nuevas representaciones del pasado que pueden ejercer una función disruptiva o presionar en el sentido de la revisión de las certezas previas”. Esa narrativa tiene, en un momento del libro, una referencia literaria destacada: la novela publicada en 1980 por Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, en la que se leería una memoria histórica que se hace cargo de “la incertidumbre y la perplejidad”, que escribe sobre todo “lo que no fue” mediante “vacíos y ausencias”. La dificultad para evaluar esta preferencia de Vezzetti reside en que los modos de narrar el pasado que su reflexión caracteriza como repetitivos o anclados en las “certezas previas” al horror dictatorial, parecen coincidir con (o incluir siempre) las intervenciones de los testigos con los que mantiene, sencillamente, diferencias políticas e ideológicas fuertes o incluso irreductibles no sólo respecto de los acontecimientos de los 70, sino también acerca de los sucesos posteriores y del presente. Una revisión algo más amplia del vasto repertorio de “testimonios” publicados desde 1984 —y que no podemos, por supuesto, desarrollar aquí, siquiera sintéticamente— permitiría saber si esas posiciones que no coinciden con la razón democrática y consensualista de Vezzetti se corresponden siempre, o en qué medida, con una forma de relato en que el sentido se clausura en la claridad de las certezas pretéritas o, en cambio, discurre en narrativas diversas que, no por trabajar con vacíos, incertidumbres e interrogaciones sin respuesta, habrán de coincidir con las posiciones políticas ni con un tipo de voluntad democrática como la que defiende el autor de este texto.

No puedo detenerme aquí en un problema que Pasado y Presente no alcanza a plantear en toda su conflictiva dimensión.

Un soplo de vida

Martín Barrios nació en 1960, en La Plata. Perteneció al grupo Las patas en la fuente, junto a Roberto Crespo, Virginia D'Angelo, Santiago Vilas, a quines conoció en la Facultad de Bellas Artes. Con ellos para el cincuentenario del 17 de octubre realizó una intervención urbana: las siluetas de todos los personajes del peronismo rodeaban la pirámide de Plaza de Mayo, menos Perón. Evita y Discépolo que estaban sentados en la fuente.

“La gente ponía flores o fotos de familiares asesinados o desaparecidos”, recuerda Barrios. En las series *Fuera de las palabras* y *De los abrazos*, los retratos expresan aquello a lo que se refiere Barrios cuando se le pregunta por los personajes que habitan sus cuadros: “Trato de no olvidarme de nadie, de los que tienen cuerpo y desde ese cuerpo sueñan. No puedo resucitar a los muertos, por eso trato de mantenerlos vivos.”

El Juicio a las Juntas de 1985 es para Vezzetti un “nuevo comienzo”, un nuevo “mito político” con el que se establece una “nueva alianza social”, en la medida en que socava y corroe las “escenas de la guerra” desde la “escena de la ley”. Las consecuencias de esa corrosión llegan, para el autor, hasta el presente, como “cimiento” y “escena reactivable”. Pero, aunque señale con claridad la interrupción operada tras los Juicios por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y por el Indulto, el libro no termina de plantear en qué medida sucede que también, hasta el presente, sea la escena de la guerra la que siga corroyendo a su vez la escena de la ley, cada vez que las desafiantes declaraciones de alguno de los actuales comandantes de las Fuerzas Armadas nos recuerdan cuán inmovibles y persistentes siguen siendo para ellos algunas de las convicciones que los condujeron a ejecutar el exterminio. ■

Miguel Dalmaroni es docente e investigador de la Universidad Nacional de La Plata.

1. Pp. 214 y 64 respectivamente, de *Pasado y presente. Guerra, Dictadura y sociedad*, de Hugo Vezzetti, Siglo XXI.

2. P. 163.

3. En un contexto como el que trata Vezzetti, además, la noción de “masacre” puede asociarse a una tradición narrativa acerca del asesinato de opositores políticos por parte de las dictaduras militares en la Argentina: la remisión al célebre título de Rodolfo Walsh sobre los fusilamientos de 1956, *Operación masacre*, no es obligada pero posible.

4. Creo que Vezzetti no presta suficiente atención a algunas de las razones de esa postergación: no sólo la voluntad de muchos sobrevivientes por construir una memoria selectiva que olvidara qué parte de la responsabilidad les cabía sobre los hechos del pasado reciente —en lo que Vezzetti sí insiste—, sino también el prolongado miedo social, a la repetición de la dictadura y al regreso del horror, renovado por la amenaza militar hasta mucho después de 1985.

5 a 13. En referencia al libro de Vezzetti.

Biblioteca

por Federico Lorenz

Estos libros están disponibles en la Biblioteca del Proyecto Memoria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Puán 470, de lunes a viernes de 13 a 16 hs.). El catálogo puede consultarse en www.filo.uba.ar.

Schacter, Daniel L., *Searching for Memory*, Nueva York, Basic Books, 1996. “¿Cuál es la causa de que recordar el pasado a veces se parezca a intentar la captura de un fantasma? ¿Esto es una evidencia de lo imperfecto de la evolución? ¿O, más bien, de los efectos laterales de sus ventajas? Imaginémonos por un instante teniendo acceso inmediato a todo lo que alguna vez supimos o experimentamos: ¿es la protección del caos que resultaría el precio pagado por la incapacidad ocasional para recuperar información que queremos o necesitamos en el momento? (...) ¿Por qué es que la memoria tiene semejante poder en nuestras vidas?” Estas son algunas de las preguntas que orientan *Searching for memory*, el libro en el que Daniel Schacter busca dar un panorama de las respuestas que desde el campo científico se vienen dando a estos interrogantes, transformando los estudios de memoria en un campo de una creciente complejidad, a partir de la asunción de que la memoria “no es una facultad simple o unitaria de la mente humana” sino que “está compuesta de una gran cantidad y variedad de procesos y sistemas disociables”. En consecuencia, el libro ofrece una discusión acerca de diferentes tipos de memorias que permiten al ser humano retener información por breves períodos de tiempo, aprender técnicas y habilidades y adquirir hábitos, reconocer objetos

cotidianos, retener información conceptual y recordar eventos específicos, escrito por alguien que se posiciona como testigo y actor de esas dos décadas de avances científicos. No obstante, advierte que su objetivo va más allá de describir la síntesis actual en la investigación de temas relacionados con la memoria y el relato de sus propios descubrimientos e ideas, pues lo que busca es poner a consideración el “rompecabezas” que muchos de esos descubrimientos revelan.

Marchesi, Aldo, *El Uruguay inventado*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2001. El discurso de la dictadura uruguaya es el objeto de este trabajo histórico, enfocado en el análisis de los noticieros cinematográficos “Uruguay hoy”, creados por la DINARP (Dirección Nacional de Relaciones Públicas) y difundidos entre 1979 y 1984. Desde el espacio de la historia cultural, y centrándose fundamentalmente en el análisis del discurso, el autor propone una caracterización del Uruguay imaginado por los militares, en el poder en ese país entre 1973 y 1984, en el recorte particular de sus políticas de difusión. El objeto elegido busca estudiar el imaginario dictatorial a partir de “temáticas no convencionales de la agenda política”. En ese sentido, los informativos “Uruguay Hoy” permiten recuperar imágenes “fuertes” que constituyeron aspectos destacados en el discurso dictatorial: la juventud, el papel del turismo, las grandes construcciones y el discurso tradicionalista. El estudio enfocado de esta forma permite realizar señalamientos muy interesantes, como es el de la contradicción palpable entre el “marcado perfil neoliberal” del gobierno militar y la fuerte presencia estatal cinematográfica, por un lado, pero, también, entre este perfil y la visión “fundamentalista” de la

cultura que tenían los militares. Este apoyo en el pasado se legitima, según el autor, dado que “la pretensión revolucionaria y fundacional que algunos sectores de la dictadura promovieron, encuentra una de sus mejores expresiones en los materiales publicados por la DINARP. La intención de crear un nuevo orden político implicaba también la construcción de un nuevo pasado que legitimara el futuro que se intentaba construir”.

Koonz, Claudia, *Mothers in the Fatherland. Women, the Family and Nazi Politics*, Nueva York, St. Martin's Press New York, 1987. Sobre el nazismo, sostiene la autora, se han escrito millares de textos. Sin embargo, este trabajo, de una riqueza impresionante de fuentes, tiene por objeto un aspecto poco estudiado del fenómeno: el rol desempeñado por las mujeres en la Alemania Nazi. Durante la lucha por el poder, y luego entre 1933 y 1945, el partido nazi constituyó dos organizaciones femeninas: La BDF (Bund Deutscher Frauen, asociación alemana de Mujeres) y la BDM (Bund Deutscher Mittelstelle, Asociación Juvenil de Mujeres Alemanas). El estudio de las mujeres inmersas en el Estado nazi y en estas organizaciones es relevante porque, durante su trabajo de campo, Koonz comprobó que, en el sentido común de millares de alemanes, “la historia registraba las malas cosas, mientras que la memoria preservaba un rostro benigno del fascismo”. La autora consiguió, incluso, entrevistar a Gertrud Scholtz-Klink, la jefa de la Oficina de la Mujer en el gobierno de Hitler, y por lo tanto, organizadora de la mayor agrupación de mujeres en la historia del mundo, “la visión del futuro de las feministas del siglo XIX transformada en una pesadilla”. En el transcurso de su encuentro, la autora percibió que no había sido invitada para escuchar una

confesión y que no se enfrentaba a “una ex nazi, sino que ella seguía siendo tan nazi como lo había sido en 1945 o en 1933”. En esa actitud de la vieja militante nazi está el origen del libro: “No tenía sentido discutir. Estaba sentada cara a cara, té y tortas de por medio, con la cotidiana banalidad del mal, contemplando a una mujer que había abrazado una ideología y entregado su responsabilidad a un sistema cerrado que no dejaba dudas. Ella siempre había seguido la ley. Ella había traducido las órdenes provenientes del vértice de la organización en obediencia de abajo”. Desde esta convicción, entonces, el libro se revela como un análisis complejo del modo en el que la “gente normal” llevó las creencias nazis a su hogar, a partir de su pensamiento y acción cotidianas, poniéndolo en un más amplio contexto que analice el impacto de la misoginia y el antisemitismo en la vida cotidiana.

Sarah Farmer, *Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane*, Berkeley and Los Angeles (California), University of California Press, 2000. El 10 de junio de 1944, seis días después del desembarco aliado en Normandía, tropas de las SS masacraron a los habitantes del pueblo de Oradour-sur-Glane, en una supuesta represalia por los ataques a los que las venían sometiendo los maquis. Los hombres fueron apartados y ametrallados, mientras que a las mujeres y los niños se los fusiló tras encerrarlos en la iglesia de la localidad, a la que luego se le prendió fuego. Murieron 642 personas y el pueblo quedó en ruinas, sus casas derruidas y sus muros ennegrecidos como un testimonio de la tragedia. En 1946, el Estado francés expropió el terreno ocupado por las ruinas de la antigua población para transformar ese espacio en un sitio de conmemoración, en la “aldea mártir” de Francia. Hasta

la actualidad, la villa derruida ha sido mantenida en el mismo estado en el que la dejaron las tropas nazis, y el objetivo principal del libro de Sarah Farmer es el de “analizar el papel que desempeñó la masacre en la comprensión francesa de su experiencia bajo la ocupación alemana”. Es un texto acerca de la importancia de las conmemoraciones como vía de acceso al estudio de la memoria como objeto histórico, y la elección del caso de Oradour se debe, como señala la autora, a la adopción del concepto de lieux de mémoire desarrollado por Pierre Nora, entendidos como aquellos lugares que no son lo que la memoria recuerda, sino donde ésta trabaja. ¿Por qué se eligió Oradour, y no otro de los sitios significativos para concentrar la experiencia francesa de la Segunda Guerra Mundial? Farmer lo atribuye al carácter controversial de la experiencia bélica francesa: derrotada en 1940, Francia fue ocupada y, si bien se desarrolló la Resistencia, la colaboración —y sus grados de compromiso y punibilidad— se alzaron como un problema político a medida que avanzaba la liberación. Para la autora, de Gaulle optó por presentar a una nación víctima y mártir de la ocupación nazi, en un cambio de las formas de conmemoración iniciadas al finalizar la Primera Guerra Mundial, que se concentraron en la imagen del sacrificio individual del soldado. La ciudad en ruinas, “como los sitios de los campos de concentración” —también preservados en distintas partes de Europa— “no sólo simbolizaba la pérdida sino que proporcionaba un testimonio inmediato de la destrucción de comunidades humanas enteras”. La “nación”, reverenciada tradicionalmente como “sagrada” agregaba ahora la categoría de “mártir”, revelando “a importancia de la ideología” en la Segunda Guerra Mundial y el mundo de la posguerra.

David E. Lorey and William H. Beezley (eds.), *Genocide, Collective Violence, and Popular Memory. The Politics of Remembrance in the Twentieth Century*, Wilmington, Delaware, SR Books, 2002. Durante el siglo XX se produjeron episodios masivos de violencia seguidos por distintos intentos de incorporación de semejantes experiencias a las historias colectivas. El genocidio nazi, el terrorismo de Estado en diversos países y las matanzas étnico-religiosas fueron seguidos por diversos procesos: juicios internacionales, comités de reconciliación, aperturas de archivos secretos, enjuiciamiento y castigo de responsables oficiales. Cada una de estas alternativas respondió a particulares coyunturas históricas y desencadenó procesos específicos de respuesta y superación. Este libro estudia una variada gama de casos de distintas partes del mundo: América del Sur (Chile y Argentina), América Central (Guatemala), África (Ruanda y Sudáfrica), Asia (Camboya, Indonesia, China, Japón) y Europa (Alemania). Analizando las consecuencias de procesos de violencia colectiva, genocidio y terrorismo de Estado, el tema central de la recopilación está constituido por las tensiones entre la memoria individual y colectiva, producidas en el transcurso de un proceso social de recuperación de las experiencias traumáticas. En un plano diferente, también se analiza la relación entre los contextos nacionales que avalaron la violencia colectiva y los debates internacionales sobre los derechos humanos y la vigencia de leyes internacionales. Por último, un tercer punto de enfoque es aquel que se concentra en los desplazamientos que se producen durante los procesos de transmisión generacional de las experiencias de violencia colectiva.

Comisión por la Memoria



De visita

Desde el mes de mayo, la Comisión por la Memoria abrió las puertas de su sede —ubicada en calle 54 número 487 de la ciudad de La Plata— a estudiantes de escuelas de EGB y Polimodal, con un servicio de visitas guiadas a la institución. La propuesta consiste en un recorrido por la casa - se cuenta la historia de la misma, ya que allí funcionó la ex Dirección de Inteligencia de la Policía bonaerense-, se informa a los visitantes sobre el trabajo de digitalización de los archivos que se está realizando y, ya en el Auditorium, se recorre la muestra “Los Paisajes de la memoria” —producida por la propia Comisión- y se proyecta el video educativo “Recordamos para el futuro”.

Quienes quieran realizar esta visita guiada, deben solicitar turno con anticipación a los teléfonos 0221-483-1737, 489-1132 o por mail a cmemoria@speedy.com.ar.

La Red Provincial

La Comisión realizó actividades regionales en distintas ciudades del interior de la provincia, con el objetivo de ampliar la convocatoria a distintos sectores de la sociedad para reflexionar sobre el pasado reciente. El 18 de mayo, en Rojas, junto a los Integrantes del Foro por la Memoria local, se lanzó el taller de capacitación para docentes del nivel polimodal. Participaron más de 40 personas de distintos lugares. Ese mismo día, en el Centro Cultural Ernesto Sábato, se inauguró la muestra fotográfica “Los Paisajes de la Memoria”, producida por la Comisión.

El 23 de mayo, se acompañaron las actividades realizadas en el Concejo Deliberante de Marcos Paz al cumplirse los 25 años de la desaparición de seis personas del lugar, y del hecho conocido como “la matanza de la casona”. La Comisión por la Memoria local declaró junio como el mes de la memoria.

En la ciudad de Tandil, el 1 de junio se comenzó a dictar el curso de capacitación docente que finalizó el día 29. El fin de semana del 8 y 9 de junio, junto a la APDH de Azul, se dictó en esa ciudad el taller de Reconstrucción de la Identidad de los Desaparecidos, coordinado por el equipo del Archivo Biográfico Familiar de Abuelas de Plaza de Mayo. El encuentro tuvo un carácter regional y convocó a más de 50 personas de Olavarría, Tandil, Bolívar y Chillar. Además, se presentó la Comisión por la Memoria. La jornada del domingo finalizó con la presentación de la obra teatral “Contracciones”, del ciclo Teatro la Identidad. Estos encuentros, forman parte de los trabajos que se realizan en el marco de la Red Provincial por la Memoria, integrada por grupos y organismos de la provincia, con el objetivo de promover proyectos de investigación específicos y reflexionar sobre el pasado reciente.

Encuentro en marcha

Ya se encuentra en marcha la organización del III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva, a llevarse a cabo los días 6, 7 y 8 de setiembre próximo. Este año, la idea es realizar un Foro con intelectuales, académicos y reconocidas personalidades del mundo cultural a fin de pensar el presente de las democracias latinoamericanas y sus opciones para el futuro. Además de conferencias, eventos artísticos y encuentros de diversos sectores, en esta instancia se exhortará a la construcción de un pensamiento crítico frente a los diferentes embates que están padeciendo las democracias de esta región. Para obtener mayor información, comunicarse con la Comisión al 0221-4895191 o por mail a cmemoria@speedy.com.ar.

En Internet

Con un nuevo diseño e información actualizada, la página web de la Comisión por la memoria ofrece al visitante un menú variado de materiales. Por un lado, todos los programas y proyectos que se están llevando adelante en las diferentes áreas de trabajo de la Comisión: Comunidad e Identidad; Arte, Comunicación y Memoria; Investigación y Enseñanza; y Archivo y Documentación. Por otro, una selección de notas de todos los números de la revista Puentes, así como los dossiers de educación para trabajar en el aula. Además, se ofrece el servicio de consulta a la biblioteca y videoteca de la Comisión, donde se puede solicitar más información sobre los materiales citados o realizar consultas específicas sobre alguno de los temas. La biblioteca cuenta con un servicio de alerta al que pueden suscribirse para estar al tanto de las novedades bibliográficas y las nuevas adquisiciones. Una selección de enlaces con diversos sitios relacionados con los Derechos Humanos, completan las opciones. La dirección es www.comisionporlamemoria.org.



El procurador general de la Nación, Nicolás Becerra visitó la sede de la Comisión por la Memoria, donde fue recibido por Estela Carlotto, Sara Derotier de Covacho, Elizabeth Rivas, el diputado Alejandro Mosquera y el senador Eduardo Sigal. Becerra concluyó una jornada que había comenzado en la Cámara Federal de La Plata, donde se reunió jueces y fiscales. La visita fue todo un gesto del compromiso de la procuración con los juicios por la verdad. Pero mucho más que eso. Consultado por la prensa Becerra afirmó que los juicios son "indispensables" y además dio precisas instrucciones a los fiscales federales para que le impongan mayor dinamismo a su actuación y avancen en la apertura de nuevas líneas de investigación.

Recordamos para el futuro

En su primera etapa, el Programa Jóvenes y Memoria que lleva adelante la Comisión, convocó a las escuelas polimodales de la provincia de Buenos Aires, para la presentación de proyectos de trabajo sobre la temática "autoritarismo y democracia". De este modo se busca fortalecer a la escuela como la institución donde pueden encontrarse las distintas generaciones para construir la memoria colectiva y ejercer la valoración crítica del pasado reciente. Además, el programa busca articular a docentes de Ciencias Sociales, Literatura y Educación Artística partiendo de los acontecimientos más significativos que marcaron la historia de las comunidades locales en torno al eje autoritarismo y democracia. El corolario de los proyectos será una producción donde a través de la expresión artística (cine, literatura, música, teatro, plástica), los jóvenes puedan dar cuenta de lo investigado.

Finalizado el plazo de inscripción, 50 escuelas presentaron sus proyectos. En su mayoría son del interior de la Provincia de Buenos Aires, un dato alentador y un indicador de las necesidades y expectativas que hay sobre el tema en las comunidades más pequeñas. A modo de ejemplo, se han presentado escuelas de San Cayetano, Vedia, Villa Ventana, Leandro M. Alem, Daireaux, Carlos Casares, Sierras Vallas, Jeppener y Labardén entre otras. Del número total de inscriptos se seleccionarán 20 proyectos, a los cuales se les brindará asesoramiento, insumos y capacitación docente. Para fines de noviembre está prevista la realización de encuentros de intercambio por regiones donde será posible una puesta en común de los trabajos desarrollados por las distintas escuelas.